



Primera edición: Buenos Aires, Peña Lilo, 2018.

Diseño de tapa: Luciano Tirabassi
Armado: Lucila Domínguez

© Los autores, 2022

© Editorial Biblos, 2022

Pasaje José M. Giuffra 324 (C1064ADD), Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com.ar

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro sin el permiso previo y escrito de la editorial. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición fue impresa en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina,
en noviembre de 2022.

Índice

¿Por qué Emilio Becher?	9
Los Becher y los Irigoyen	11
Los Becher	11
Los Irigoyen.....	16
Los años de esperanza	23
La niñez.....	23
La adolescencia	27
Buenos Aires y las primeras incursiones literarias.....	41
El hallazgo del dolor.....	45
Amistades y trabajos juveniles	47
En la Facultad de Derecho	47
En el periodismo	51
La revista <i>Ideas</i>	59
La sombra íntima.....	62
En la bohemia	70
La hora de la política	79
Un crítico espectador	79
La huelga en la Facultad de Derecho	83
El socialismo y las elecciones de diputados de 1904.....	97
El cambio de presidente.....	108
La angustiada profecía	117
En <i>La Nación</i>	117
Becher <i>antimoderno</i>	120
Becher, un descendiente de los hombres del 80	135

<i>Diálogo de las sombras</i>	139
La primera guerra y el último clamor	155
La muerte, imagen de toda belleza	173
Cronología.....	183
Bibliografía.....	185

¿Por qué Emilio Becher?

La historia, incluso la gran historia, puede ser abordada desde la perspectiva de una vida. De la de un solo hombre, si ha sido vivida con lucidez e intensidad. Aun cuando el personaje no haya actuado públicamente, sus pensamientos y afectos, odios y pasiones, van develando, desde su mismo interior, la trama de una época.

Así sucede con la existencia de Emilio Becher, un argentino casi olvidado hoy, fino prosista y delicado poeta, que nació en Buenos Aires en 1882 y murió en la misma ciudad en 1921.

Es uno de los hijos de la generación de 1880, compuesta por hombres exitosos que hicieron realidad aquel sueño de cambiar totalmente el país: su gente, su economía, su política y hasta su paisaje. Seguros de sus creencias positivas y de su capacidad de acción. Convencidos hasta el punto de entregar con calma el poder al caudillo opositor elegido en los libres comicios organizados por ellos.

¿Qué fue de sus hijos? Porque con los descendientes de los hombres del 80 comienza la explicación de la Argentina desorientada que, desde hace tantos años, no sabe encontrarse a sí misma. Cómo pensaron y actuaron frente al cambio total que en todos los órdenes vivía el país: he aquí una investigación que todavía no ha sido casi comenzada.

Becher fue uno de ellos. Es más: él constituyó, por su excepcional penetración y el valor simbólico de su vida, un anticipo de la Argentina contemporánea.

Los Becher y los Irigoyen

Los Becher

El fundador de la familia paterna de Emilio en la Argentina fue George Philipp Becher, su bisabuelo. Había nacido en la ciudad alemana de Hanau en 1783. Las perspectivas de riqueza que el Río de la Plata, con sus posibilidades mercantiles, ofrecía a los comerciantes de las naciones europeas más avanzadas facilitaron la instalación de numerosas familias de ese origen, especialmente inglesas, pero también francesas, norteamericanas y alemanas.

Entre estas últimas se encontraba la de George Becher, quien puso su negocio en 1829 en la importante calle Chacabuco, de la ciudad de Buenos Aires, y lo trasladó al año siguiente a la no menos principal calle Florida. Era consignatario y comerciaba con Holanda, donde había vivido largos años. Luego, hacia fines de la década de 1840, enviaba mercaderías locales a la costa occidental de Estados Unidos, especialmente a California, que vivía la fiebre del oro. Tuvo varios socios, entre ellos conocidos comerciantes alemanes, como Federico Dörr y Federico Reineke.

George Becher fue uno de los consignatarios más importantes durante las décadas de 1830 y 1840. Y, como tal, estuvo entre los selectos ciento cuarenta y nueve caballeros que firmaron, el 21 de mayo de 1841, el acta de fundación de la Sociedad de Residentes Extranjeros.

Corrían los duros tiempos del gobernador Juan Manuel de Rosas, quien el año anterior, sospechando que los corredores de bolsa conspiraban en favor de su enemigo Juan Lavalle y hacían subir el precio del oro, los puso en prisión. Por este motivo, los comerciantes extranjeros

decidieron fundar la aludida sociedad, que haría las veces de club y de bolsa de comercio, pero a la cual solo ellos tendrían acceso, para que así el celoso gobernador no pudiera desconfiar de sus propósitos. Se instalaron pues en el hotel de mister Beech, de la calle Piedad (hoy Bartolomé Mitre) 36, importante finca de altos y bajos. En sus salones los socios podían concretar las especulaciones financieras, y alternarlas con la buena lectura en una silenciosa y bien provista biblioteca, donde se recibían también los diarios y periódicos ingleses, franceses, alemanes, uruguayos, brasileños y argentinos. Gozaban asimismo de la amable conversación masculina –la presencia de damas estaba prohibida– y de las siempre atrayentes partidas de whist y Boston. Entre los concurrentes había varios alemanes de gran relieve en la vida porteña, como Carlos y Hugo Bunge, Francisco Halbach, Claudio Stegmann y el socio de Becher, Federico Dörr. Todos ellos se encontraban con agrado entre negociantes de otras nacionalidades, ingleses en su mayoría. Es que los alemanes, carentes de un Estado unitario que apoyara con su diplomacia –como Gran Bretaña o Francia– sus intereses económicos, sacaban fuerzas de esta flaqueza y aprovechaban su falta de compromisos políticos para prosperar bajo las condiciones más variadas. No vacilaban en unirse con los demás extranjeros. El común de la gente no los distinguía de los ingleses, por ejemplo, aunque conservaban sus propias tradiciones culturales, adaptándolas ligeramente a las del país. Muchas veces se casaron con argentinas de familias distinguidas y solo ellos, ya no sus hijos, continuaron practicando la religión protestante en que se habían formado. La buena fortuna acompañó a George Becher, y le permitió viajar en 1846 a Alemania y Holanda. En 1849 estaba ya de vuelta en Buenos Aires, donde murió, anciano, el 30 de marzo de 1863.¹

Antes de partir de su tierra natal, Becher había tenido en Ámsterdam dos hijos: Guillermo y Enrique Carlos, que nacieron en 1817 y 1829,

1. Sobre George P. Becher véase Jorge Navarro Viola, *El Club de Residentes Extranjeros: breve reseña histórica en homenaje a sus fundadores*, Buenos Aires, Coni, 1941, especialmente las pp. 115-116. Asimismo, Wilhelm Lütge, Werner Hoffmann y Karl Wilhelm Córner, *Geschichte des Deutschtums in Argentinien*, Buenos Aires, Deutschen Klub in Buenos Aires, 1955, especialmente la p. 142.

respectivamente. Ambos vinieron a Buenos Aires con su padre. Guillermo se dedicó al comercio, y el 4 de abril de 1850 contrajo matrimonio con Estanislada Domínguez, de la cual tuvo seis hijos. Murió en 1875, dejando en herencia un patrimonio de cierta significación.²

Enrique Carlos, que fue el abuelo de Emilio, era protestante como su padre y, también como él, continuó en el comercio, regenteando un negocio en la esquina de San José y Estados Unidos. El 19 de febrero de 1849 se casó con Mary Elisabeth Miller, nacida el 28 de junio de 1828, hija del hacendado Andrew Miller y su esposa Julia. María Miller era anglicana, y su matrimonio con Becher se celebró ante el capellán británico de Buenos Aires, con la licencia del gobierno de Rosas. Esta pareja tuvo cinco hijos y todos fueron educados en el protestantismo. En ello se nota no solo la influencia paterna sino especialmente la de los Miller, a pesar de que María murió a los cuarenta y tres años, el 24 de diciembre de 1871, cuando sus hijos eran chicos todavía. Es que en la Argentina, por lo general, la formación religiosa es dada por la mujer. Así se explican las creencias de los Becher Miller, que no eran compartidas, en cambio, por sus primos Becher Domínguez. Estos, siendo su madre católica, también lo fueron.³

Enrique Carlos Becher murió alrededor de 1886, dejando a sus cinco hijos una fortuna discreta. El segundo de ellos, que había nacido el 13 de febrero de 1856, llevaba su nombre y fue el padre de Emilio. Formó parte de una generación muy distinta a sus antecesores, que habían combatido por la independencia o se habían dividido en luchas banderizas que solo cedieron después de forjada la unidad política de la nación.

Los hombres que, como Enrique Carlos Becher (h.), despertaron a la vida consciente cuando los viejos partidos argentinos ya no movían las pasiones cívicas, y la Europa industrial estaba dispuesta a hacer participar a países como este de los novedosos adelantos técnicos, vieron a la nación de una forma diferente. Su propósito era hacer del Estado no solo

2. Domínguez de Becher, Estanislada y Becher, Guillermo *s/ juicios ab intestato*, legajo 3.451 del Archivo General de los Tribunales de Capital Federal.

3. Miller, María *s/ testamentaria*, legajo 6.945 del Archivo General de los Tribunales de Capital Federal.

un ente jurídico, sino también un poder que tuviese la fuerza suficiente para imponer su ley en los rincones más distantes del territorio, y los recursos necesarios para educar al pueblo y promover la riqueza. Transformar un país pobre y criollo en una rica nación rebotante de gente trabajadora, de eficaces transportes, de campos cultivados, de puertos y frigoríficos: esta era la tarea que la generación del padre de Emilio se propuso y llevó a cabo con un éxito parcial pero suficiente para justificar su orgullo y su seguridad. El año 1877 encuentra a Enrique Carlos en Dolores, provincia de Buenos Aires, ejerciendo la procuración. Lo movió a establecerse allí la creación reciente, en 1875, del Departamento Judicial del Sud, con asiento en dicha ciudad. Por ese motivo se erigió en ella el primer Juzgado Civil y Comercial y se creó también la Cámara de Apelaciones. Muchos procuradores de Buenos Aires, entonces, se dirigieron a esa población para continuar o iniciar los pleitos que allí se radicaban. El ejercicio de la procuración en aquel tiempo tenía una jerarquía que relacionó a Becher con las personas más significativas del lugar, como el distinguido médico Fermín Irigoyen, el abogado Pedro Bourel y el procurador Cosme Mariño. Con este último trabó una estrecha amistad que se prolongaría en el tiempo. Mariño, que fue importante personaje de la época, recuerda en sus memorias que “antes de partir a Dolores tuvo la precaución de mandar imprimir tarjetas con su nuevo domicilio y personalmente recorrer los estudios de los doctores Manuel Quintana, Bernardo de Irigoyen, Isaac P. Areco, Victorino de la Plaza y Juan Carlos Gómez”. Señala también que todos ellos le prometieron ayudarlo dándole poder para la atención de los asuntos en los Tribunales de reciente creación. Luego de las previsibles dificultades iniciales, Mariño consiguió una posición segura, se convirtió en apoderado del Banco de la Provincia gracias a su relación con el doctor Vicente Fidel López y logró representar en juicio a importantes estancieros de la zona como Aguirre, Pradère, Leloir y Martínez de Hoz. Becher, como su amigo Mariño, también tuvo éxito en el ejercicio de su profesión y de este modo consolidó una estable situación pecuniaria. Hacia 1880 ambos volvieron a Buenos Aires, donde al año siguiente Becher contrajo matrimonio con Matilde de Irigoyen, en la parroquia de San Nicolás de Bari. Pero como Enrique Carlos seguía siendo un buen protestante, el

mismo día la pareja también se casó en la Iglesia evangélica alemana. Y en apariencia las convicciones religiosas de aquel perduraron hasta el fin de sus días, ya que en su testamento agradecía “al Ser Supremo, porque en medio de las vicisitudes y dolores que había debido soportar en sus últimos años, le dio el consuelo de la fe”. Que esta era auténtica lo prueba su propia naturaleza oscura y conflictiva: allí mismo decía haber comprendido el misterio del hombre, en el cual se conjugaban las miserias y las flaquezas con el soplo divino que Dios había puesto en su espíritu. Durante su vida, el padre de Emilio viajó a Europa, se dedicó a los negocios luego de abandonar la procuración judicial, y continuó las relaciones familiares y comerciales preferentemente extranjeras. En 1908 quedó viudo. Hacia el final de su vida dejó al resto de la familia –Emilio y sus dos hijas– y fue a vivir a Niza. En 1921 murió su único hijo varón, Emilio, y sus hijas Virginia y Matilde fueron a vivir con él a Europa, donde falleció el 16 de agosto de 1926 rodeado de la soledad y la tristeza que manifiesta su testamento.⁴ De este modo, Emilio Becher, por su padre, pertenecía a una familia originada en el comercio extranjero, estrechamente vinculada por su procedencia, su cultura y sus negocios a Europa.

Pero es en especial la Europa del norte la que vive en los Becher, con su protestantismo, su espíritu conflictuado y pesimista, su tendencia a la introversión. Ella también estará presente en Emilio, a pesar de su admiración por la literatura francesa.

Por el lado materno, en cambio, entroncaba en una familia bien argentina y antigua.

4. Becher, Enrique Carlos s/testamentaría, legajo 19.283 del Archivo General de los Tribunales de Capital Federal. Cosme Mariño, *Memorias inéditas*, cuya consulta agradecemos a la gentileza del nieto del autor, el ingeniero Carlos Lanús. Atilio Roncoroni, *Historia del Municipio de Dolores*, La Plata, Municipalidad de Dolores, t. I, 1967, y t. II, 1970, especialmente pp. 119 y 135 de este último. Del mismo autor, *Centenario de la Creación de los Tribunales del Departamento Judicial del Sud*, Buenos Aires, Peuser, 1953, especialmente la p. 102.

Los Irigoyen

Como muchos otros significativos linajes vascos radicados en el Río de la Plata, los Irigoyen venían del valle de Baztán, en la provincia de Navarra.

Don Ignacio de Irigoyen Echenique (1725-1787) fue el primero en establecerse en Buenos Aires. Era enviado como agente de la Corona, en un gesto corriente de la administración borbónica. Esta recurría a la burguesía y a los pequeños hidalgos para reclutar una nueva burocracia eficiente y técnica con que revitalizar el imperio y los vínculos entre la metrópoli y América.

En el Río de la Plata realizó una distinguida carrera y ocupó cargos de regidor y alcalde del Cabildo y capitán de milicias. Se casó con la hija de un oficial del rey, Francisca de la Quintana y Riglos.

Este matrimonio dio origen a una típica familia de funcionarios del gobierno, quienes se mantuvieron dentro de las codiciadas actividades oficiales, sin tener necesidad de volcarse a otras como el comercio o la incipiente y rústica ganadería.

De sus hijos, Matías (1781-1839) estudió en España como cadete de la Armada Real, siguió su carrera bajo la monarquía hispana y la continuó después de la revolución, alcanzando distinguidísimos cargos, como el de ministro de Guerra del director Juan Martín de Pueyrredón.

Su hermano Miguel (1764-1832), mientras tanto, fue alférez del Regimiento de Dragones y, luego de pronunciarse, al igual que Matías, por la destitución del virrey, fue encargado de diversas tareas de delicada naturaleza por los sucesivos gobiernos patrios. Esta flexibilidad ideológica, que favoreció a los hermanos Irigoyen para el desarrollo de sus carreras, admitió sin embargo dos excepciones: la de una de las hijas mujeres, Petrona, casada con el gobernador de Córdoba José Gutiérrez de la Concha, quien cuando su marido corría ya serio peligro por su actitud contrarrevolucionaria, le dijo con valentía: “Mantén tu resolución, sin que en ella te quebrante la memoria de tus hijos ni de tu mujer”.

Y la de Manuel Mariano (1762-?), el tatarabuelo de Emilio Becher. Fue un abogado recibido en Charcas y alcanzó, bajo la monarquía, los puestos más relevantes: relator de la Audiencia de Buenos Aires y oidor de las de Guadalajara en México y Santiago de Chile. Estos cambios de destino

muestran que su fidelidad, afectos y compromisos no estaban unidos a la ciudad en que naciera, sino al imperio mismo y a su rey. Su lealtad se tradujo en la ayuda económica que envió a la metrópoli con motivo de la guerra que mantenía con la Francia revolucionaria en 1793; en su escrupuloso cuidado por mantener la pureza de la sangre de los abogados del foro porteño y, por fin, en su radical negativa a aceptar la separación de estas tierras de la Corona española, en mayo de 1810.

La arriesgada y difícil nobleza de su antepasado halagaba a Emilio Becher, según lo relata Ricardo Rojas. Cierta vez, cuando este lo visitaba en su casa familiar, la quinta Betanzos, de Caballito, fue recibido en la sala, donde había “un antiguo retrato de un hidalgo encorbatado”. Se trataba de un cuadro de don Manuel Mariano, y Becher, con un dejo de orgullo, hizo saber a su amigo que aquel era ascendiente suyo y había sido monárquico durante la revolución.⁵

A pesar de la actitud intransigente de Manuel Mariano Irigoyen, los hijos que nacieron de su matrimonio con Paula Calderón y Velasco debieron adaptarse a las circunstancias novedosas que el movimiento de Mayo trajo consigo, aun cuando por largos años se mantuvieron alejados de la vida política. Recién en el segundo gobierno de Rosas, uno de ellos, Fermín Francisco (1795-?), aparecía como miembro de la Legislatura porteña, mientras que su hermano Manuel Mariano (1794-?) se limitaba a las actividades privadas. Fermín Francisco se casó con María Bustamante y Manuel Mariano –que sería el bisabuelo de Emilio Becher–, con Ana de Salas. Solo un hijo de cada matrimonio se dedicó a la política. El primero de ellos es nada menos que Bernardo, nacido en Buenos Aires, en 1822, donde se graduó de abogado en 1843 y practicó su profesión en el estudio de Lorenzo Torres, destacado miembro del Partido Federal. Poco después fue oficial de la Legación argentina en Chile a cargo de Baldo-mero García, otro relevante rosista. Luego de estudiar en Mendoza, por encargo del gobierno, los antecedentes para fundar la defensa de nuestros derechos sobre el estrecho de Magallanes, volvió a Buenos Aires, en

5. “Evocación de Emilio Becher”, en *Diálogo de las sombras y otras páginas de Emilio Becher*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina, 1938, p. XXX.

vísperas de Caseros, y el general Justo José de Urquiza lo comisionó para convencer a los gobernadores provinciales de concurrir al acuerdo. Se destaca así la estrecha vinculación que en años de su juventud mantuvo con la administración del gobernador Rosas.

Esta misma característica, aun más acentuada, se encuentra en su primo hermano, el hijo mayor que Manuel Mariano tuvo de Ana de Salas. Manuel Bernardo, abogado, periodista de *La Gaceta Mercantil* –órgano que oficialmente defendía al gobierno de la provincia de Buenos Aires–, también fue oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1835 y luego subsecretario de don Felipe Arana en esa repartición, además de componer la Legislatura porteña en distintos períodos. De este modo, los descendientes de Manuel Mariano –el único antirrevolucionario de los Irigoyen en 1810– se alejaron temporalmente de la vida pública, para volver a ella recién al restablecerse un orden firme en el segundo gobierno de Rosas. Y dentro de este régimen, en que los hombres de armas y los estancieros tuvieron un papel protagónico, los Irigoyen –al igual que un Pedro de Angelis, un Dalmacio Vélez Sarsfield o un Tomás Manuel de Anchorena– le prestaron, ya fuera en el periodismo o desde una banca de la Legislatura, el imprescindible apoyo intelectual.

Es entonces explicable que, después de Caseros, el joven Bernardo, sus hermanos y primos pusieran distancia con aquellos de los triunfadores que militaban en el más crudo antirrosismo. Tiempo después encontrarían en el autonomismo de Adolfo Alsina un movimiento en el cual reencauzar sus inquietudes políticas. No todos ellos, sin embargo, incurrieron en las actividades oficiales. Así, dos prestigiosos hermanos de don Bernardo, si bien conservaron las simpatías ideológicas que eran comunes a la familia, mantuvieron cordiales relaciones y compartieron diversas actividades con decididos militantes del Partido Liberal. Son Fermín Mariano (1838-1869) y Manuel (1819-1886), médico y abogado respectivamente. En 1867 se establecieron en Dolores, donde el primero fue director del hospital San Roque y presidente del Consejo Escolar, en tanto que su hermano se desempeñó como juez del Crimen y luego como miembro de la Cámara de Apelaciones desde 1875.

El mismo año de su llegada a Dolores reunieron en su casa a destacados vecinos y fundaron el club Unión, que fue durante años el principal

centro de la vida social dolorense. Un singular testigo de esos días, el doctor Alberto Palomeque, relata que la mayoría de los miembros de ese club eran mitristas, “a cuyo alrededor se movían personalidades distinguidas del centro político contrario, como los cultos e inolvidables doctores Manuel y Fermín Irigoyen”.⁶

Estos hermanos, soltero uno y viudo el otro, vivían solos con gran boato en una inmensa casa solariega y daban con su prestigio y refinamiento un tono atractivo y elegante a Dolores. En la década de 1870 esta era todavía una rústica aldea, recién alcanzada por el ferrocarril, de calles polvorientas por las cuales muchas veces al día cruzaban paisanos galopando para “probar sus fletes”. La iluminación de los hogares era a kerosene. Existían ya signos de un impulso progresista, como la construcción de la Casa de Justicia. Pero en realidad era la plaza, un potrero sembrado de alfalfa donde pastaban los caballos de la policía, todo un resumen de la vieja Dolores que subsistía. En este marco, el paseo vespertino de los doctores Irigoyen, que salían de su residencia en gran cupé con cochero y lacayo negro, era algo llamativo y pintoresco para los habitantes de este pueblo campesino. Diez años después de que Manuel y Fermín se instalaran allí, y precisamente cuando sus figuras cobraban el mayor prestigio local, llegaba Enrique Carlos Becher, el padre de Emilio, a quien ya se vio ejerciendo la procuración en los tribunales de esa ciudad.

Trabó una buena relación con los doctores Irigoyen, compartiendo incluso tareas de bien público en el Consejo Escolar, del que Fermín era presidente. También se vinculó con los primos de aquellos, anudando una duradera amistad con uno que también llevaba el nombre de Fermín, hijo de Manuel Mariano Irigoyen y Ana de Salas, que vivía en el mismo pueblo.

Enrique Carlos en 1878, al año de vivir en Dolores, conoció a Matilde Irigoyen, hija de Emilio y Carolina Antonini Pueyrredón, una joven nacida el 1 de diciembre de 1856. Ella por entonces tenía, como Enrique, veintiún años. El padre de Matilde era otro hijo de Manuel Mariano y Ana de Salas, menor que Manuel Bernardo y Fermín. Había fallecido en

6. Atilio Roncoroni, *Historia...*, t. I, p. 16.

1877 y durante su vida había trabajado a las órdenes de Anacarsis Lanús en el banco de su propiedad, como subgerente, siendo su jefe inmediato Marcó del Pont.

Matilde, cuyo nombre completo era Matilde Ana María del Sagrado Corazón de Jesús Irigoyen, tenía una hermana menor, Carolina María de la Paz, nacida el 23 de enero de 1859. Esta se casó el 3 de junio de 1874 con Alejandro Augusto Halbach, hijo de Francisco, el cónsul de Prusia, importante comerciante porteño y propietario de la famosa estancia Los Remedios del partido de Cañuelas, que fue la primera en el país en contar con un alambrado perimetral. Hombre de importantísimo patrimonio y vasta actuación social, Francisco Halbach fue, como George Becher, fundador del Club de Residentes Extranjeros, y sus descendientes se relacionaron con las más distinguidas familias porteñas.

Al fallecer el padre, Matilde quedó viviendo con su madre, Carolina, en Buenos Aires, pero ocasionalmente viajaba a Dolores a visitar a sus tíos. Allí conoció a Enrique Becher, con quien en 1878 labró una “simple amistad”, confirmada por el envío de una camelia. Esta amistad luego se transformó en “sincero amor”. Al punto de que al año siguiente Enrique solicitó a Matilde autorización para pedir su mano a su madre, Carolina. Los novios se casaron el 8 de junio de 1881 en Buenos Aires. Fueron los padres de Emilio Becher.⁷

¿Cuáles son los caracteres más acusados que pudo haber recibido de su tronco materno? Este linaje vasco está constituido con puros injertos hispánicos y recorrido por una savia de fe católica que alimenta una permanente actitud de servicio, primero a la Corona y luego al naciente

7. Becher, Enrique Carlos s/testamentaría, legajo 19.283; Irigoyen, Emilio; Antonini, Carolina y Paz de Halbach, Carolina María de la s/testamentaría, legajo 1.503 e Irigoyen de Becher, Matilde s/sucesión, legajo 1.482, todos del Archivo General de los Tribunales de Capital Federal. Y Atilio Roncoroni, *Historia...* Documento del 21 de junio de 1869 en virtud del cual Bernardo de Irigoyen y otros se constituyen en garantes de cualquier daño que infriese Emilio Irigoyen, como subgerente del banco de propiedad de Lanús. Carta de Emilio Irigoyen a Anarcasis Lanús del 25 de abril de 1876 en la cual Emilio pide a Anarcasis datos sobre el sueldo que percibía en 1873. Respuesta de Anarcasis Lanús a Emilio Irigoyen, sin fecha. Cartas de Enrique Becher a Matilde Irigoyen, desde Dolores, todas ellas de 1879, una sin fecha y el resto fechadas 28 de mayo, 21 de junio, 23 de agosto, 15 de septiembre, 15 de octubre y 5 de noviembre.

Estado argentino. La lealtad caballeresca y silenciosa de don Manuel Mariano al seguir a su rey resulta así todo un símbolo de su estirpe, que renace en su mejor estilo en la límpida, digna y perseverante entrega a la labor pública de su nieto Bernardo. La figura de este es también un emblema de la familia a la que perteneció:

Su elegancia fue personal, propia. Nunca encargó su ropa a Londres o a París; ni siguió estudios en ninguna universidad europea; no ajustó su conducta a patrones extraños ni tuvo por modelo la actitud de los extranjeros, ni siquiera conoció a fondo otra lengua que la propia. Y cuando le tocó gobernar o actuar públicamente, buscó inspiración en los viejos archivos o en su conocimiento profundo de los problemas y las necesidades de su patria. Fue dulce como la paloma y cauto como la mula. Su cortesía ingénita fue a la antigua española, tan delicada, y preciosa que jamás humilló a nadie.⁸

De este modo, en Emilio confluyeron la sangre comerciante, nórdica y protestante de los Becher con la española, católica e hidalga de los Irigoyen. De sus semejanzas y contrastes recibió huellas que marcarían su espíritu y definirían más de un rasgo de su personalidad. Esta unión de dos familias tan notablemente diferentes –que en cualquier otro lugar del mundo sería excepcional– añade a Becher una característica que acusa aun más su perfil de porteño típico de la clase superior. A través de los Irigoyen se encontraba relacionado con el ambiente de la alta política argentina; por los Becher, con los más distinguidos comerciantes de la sociedad porteña; y hasta por sus parientes afines, con el poderoso núcleo de la ganadería de la provincia de Buenos Aires.

Un íntimo amigo de Emilio –Ricardo Rojas– señala que la indiferencia que aquel ponía al recordar sus orígenes ocultaba una vaga complacencia en ellos.

8. Pilar de Lusarreta, *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires, 1943, pp. 128-129.

Los años de esperanza

La niñez

El 7 de mayo de 1882, poco tiempo después de casados Enrique y Matilde Becher, nacía su primer hijo, Emilio Carlos. Fue bautizado el 13 de febrero de 1883 en la iglesia de San Miguel y el padrino fue aquel antiguo amigo de su padre en Dolores, Cosme Mariño, cuya personalidad tendría más adelante influencia en la del ahijado.

Emilio tuvo dos hermanas: Virginia Magdalena Carolina, nacida el 10 de diciembre de 1885, y Matilde Isabel, el 23 de mayo de 1888.

El padre volvió con prontitud, tras su actuación como procurador en Dolores, a la tradición de los suyos, ejerciendo el comercio, pero con poca fortuna y a las férreas órdenes de Federico Carlos Cook, un importante hombre de negocios del rubro de la carne. Enrique comenzó una vida de múltiples viajes que lo “atacaban de nostalgia” por la ausencia de su esposa y de sus “idolatrados hijos”.¹

En el verano de 1891 Enrique hizo una recorrida por distintas provincias, en busca de un lugar donde residir con su familia y lograr un pasar económico independiente y favorable, que hasta entonces se le había negado. La mudanza a un lugar del interior, que él calificó de “una exigencia fatal de nuestro destino”, lo hizo pasar por Córdoba y Mendoza y llegó hasta San Juan y La Rioja. Para él, su “tierra” era Buenos Aires y, a medida que se alejaba, “la barbarie” que existía “entre la gente” era “tremenda y

1. Carta de Enrique Becher a Matilde Irigoyen, desde Bahía Blanca, 23 de julio de 1886. Sucesiones de Enrique Carlos Becher y Matilde Irigoyen de Becher, ya citadas.

superior a lo imaginado”. Ello lo entristecía mucho, máxime al verse alejado de sus seres queridos. Volvió habiendo fracasado en su intento.²

Entretanto, crecía el pequeño Emilio en la residencia que sus padres habían puesto en el barrio de Caballito, calle Rivadavia 277. Era una quinta ubicada en la esquina de Campichuelo, con sus ventanales sobre esta calle, y que llevaba sobre el frente la leyenda “Betanzos”.

Caballito hasta 1887 no integró la ciudad de Buenos Aires. Para llegar hasta allí en aquel entonces podía tomarse el pintoresco tranway Argentino, tirado por caballos, que desde 1871 partía de la Plaza de Mayo y, luego de atravesar Lorea, Balvanera y plaza Once, se internaba, una vez dejada la ciudad, en el camino de Flores. El pasajero, algo sacudido por el traqueteo del vehículo, podía contemplar entonces el suburbio de Almagro, con sus viejas casonas coloniales, corralones deshechos, conventillos, almacenes con frontones de pelota vasca, ranchos, tambos, curtiembres y terrenos baldíos.

Pero cuando el tranvía cruzaba un sinuoso zanjón que cortaba la vieja senda Real, el panorama se enriquecía. Se había entrado en “El Caballito” –nombre que provenía de una pulpería allí instalada en 1804, con una veleta que remedaba la forma de ese animal. Comenzaban a aparecer entonces sobre el camino de Flores las lujosas residencias con quintas, las mansiones con jardines de árboles añosos, las rejas y los portones que enmarcaban casas señoriales. Los Peña, los Lezica, los Guerrico, los Devoto y otras distinguidas familias residían allí o pasaban sus fines de semana o veranos entre cuidados parques y arboledas. Por esos años, Gervasio Videla Dorna construyó en aquel lugar el magnífico palacio que alcanzó fama mundial por su belleza.

Precisamente en esas cuadras vivían los Becher, pero los niños de corta edad, como Emilio, no gozaban tanto de la plácida armonía de la arquitectura que los rodeaba como de la agreste naturaleza que aparecía al norte y al sur del camino de Flores. Allí, los solitarios quintones, las chacras y los potreros cercados con palo, o simplemente abiertos y baldíos, hacían la delicia de los chiquilines, que también se maravillaban viendo pasar

2. Cartas de Enrique Becher a Matilde Irigoyen de octubre a diciembre de 1891, escritas desde las localidades mencionadas.

al recién llegado y estrepitoso ferrocarril del Oeste, o mirando a los ingleses jugar al polo por primera vez en el país en el Flores Polo Club, o contemplando con miedo los misteriosos parajes de la quinta de Lezica y su noria, donde aseguraban que se había ahogado una negra.

También corrían dando alaridos tras el lechero que llevaba consigo la productiva vaca; hurtaban los sabrosos duraznos, peras y frutillas de las quintas vecinas; hacían muecas a las negras de vestidos chillones y escuchaban el cantar de los morenos guitarristas; para huir –una vez hecha la travesura– de sus familias, cómodamente sentadas en la vereda o tomando el fresco en sus magníficos jardines.

No serían estos, sin embargo, los entretenimientos preferidos de Emilio niño. En su hogar se vivía un ambiente de refinamiento cultural que se traducía en la esmerada técnica y musicalidad con que, tanto su padre como su madre, tocaban el piano. Eran dos excelentes concertistas, y la música fue la primera emoción estética que Emilio recibió en su niñez y también la primera enseñanza. Maduro ya, decía detestar la música y haber rehuido las lecciones de la infancia, pero sin duda cada uno de sus poemas y párrafos prosados llevaron en sí la armonía que Matilde le enseñó entonces.

Y aunque también de hombre mayor le decía a su hermana, que estaba en Mar del Plata: “La naturaleza me ataca los nervios. Dejame tranquilo en Buenos Aires”,³ cuando chico disfrutaba enormemente de su estancia anual en La Jacinta, un campo ubicado en Sauce Corto, en las cercanías de Coronel Suárez, donde su padre trabajaba los veranos con míster Cook. Enrique lo encontraba allí “desconocido de salud y de espíritu”. “Todo el día juega y anda al aire libre desde la mañana”, decía, y el mismo míster Cook estaba sorprendido de lo bien que Emilio lo pasaba.

Este tenía por entonces diez años y escribía a su madre, que permanecía en Buenos Aires con sus hermanas: “Aquí todos los días estoy viendo cosas nuevas: el otro día me levanté con las estrellas, a las 4.20, y vi la salida del sol. Aquí hay cuatro perros y dos son cachorros y por consiguiente muy juguetones. Yo corro mucho con ellos y cuando se les tira un pedazo

3. Carta a su hermana mayor Virginia (“Tota”), verano de 1914-1915.

de ladrillo van corriendo a agarrarlo. No creas que ando con el sombrero puesto porque como hay percha para entrar lo cuelgo y para salir me lo pongo. El kepí va a ir como lo he traído porque ni una sola vez me lo he puesto; en cuanto al rancho creo que no va a ir porque ha pasado más aventuras que don Quijote. Tutti salutti e tutti ricordo a la familia [...] Estos días pasados he estado viendo bañar ovejas. Anoche hemos hecho un barrilete bastante grande, como de un metro de alto, hoy lo vamos a remontar de día y después de noche con un farolito en la cola”.

Padre e hijo por entonces sonaban al unísono: Enrique tenía puestas en Emilio grandes expectativas y se esforzaba por darle lo mejor. Cuando compartían estadias y paseos en los veranos de La Jacinta, no solo Emilio, también el padre se sentía inusualmente feliz: “Yo también estoy gozando de una salud admirable”, informaba. “Emilio está loco de contento y parece haber ya engrosado. Nos acompaña a todas partes y se ha tostado con el sol de un modo extraordinario. La salud es inmejorable. La mía lo mismo”, le explicaba a Matilde. En cambio, cuando Emilio quedaba solo con la madre, esta informaba a Enrique sobre la debilidad del chico, y el padre aconsejaba darle descanso y alimentación, aun a costa de la educación que por lo demás, para él, era vital.⁴

Otro hecho importante aproxima al alma de Emilio y lo muestra como un chico algo diferente del resto. Su madre tuvo seis hijos que murieron poco después de nacer, según lo revela el testamento paterno. La impresión de la muerte, tan presente siempre en Becher, fue también –junto con la de la música– de las primeras que recibió y más hondamente sellaron su sensible espíritu. Tan aguda era su percepción de la muerte, que repetidas veces en su niñez tuvo premoniciones sobre su advenimiento, fenómeno que solo ocurre en naturalezas extremadamente receptivas.

En la infancia de Emilio influyeron también, en forma decisiva, las lecturas. Pareció nacido para escribir y la belleza verbal fue para él siempre el más intenso de los gozos. Sorprendía a sus maestros de la escuela

4. Carta de Enrique Becher a Matilde Irigoyen, desde La Jacinta, 17 de febrero de 1893. Cartas de Emilio Becher a Matilde Irigoyen, desde La Jacinta, 14, 20 y 25 de febrero de 1893.

primaria por la forma clara, firme, raramente precisa, con que desarrollaba sus composiciones, recuerda su amigo Joaquín de Vedia.⁵

No es extraño entonces que ya en sus primeros años fuera un novelista quien diera el inicial rumbo cierto a su vida interior. Él mismo cuenta así el episodio:

Niño todavía, en los bancos de la escuela, había leído los libros de Zola. Nadie ignora lo que significa la novela para un colegial, esa novela comprada en secreto, devorada en un rincón de la clase o en los recreos, el libro que no se permite leer y que hay que llevar consigo a todas partes, disimulado entre los textos o debajo del chaleco, como una cosa vergonzosa y querida. Más tarde he conocido muchísimos otros libros, pero a ninguno he amado como a esas horribles ediciones españolas de *Los Rougon Macquart*, esos pobres volúmenes sin tapas, desencuadernados y harapientos, que me enseñaran el glorioso y torturante camino de la Belleza –y en cuyas márgenes existen quizá todavía las palabras de mis primeros versos y mis primeras confesiones inconfesables.⁶

El gran escritor francés impresionó hondamente a Emilio por su tentativa de unir la verdad experimental y la belleza artística. Pero más aún por su visión colosal de la humanidad, su doctrina de la alegría de vivir, su inagotable esperanza; en suma, por el romanticismo que en el creador de *Naná* yacía bajo sus pretensiones científicas.

La adolescencia

En marzo de 1894, cuando Emilio estaba próximo a cumplir doce años e ingresar al colegio secundario, la familia Becher, debido al giro de

5. Emilio Becher, *Diálogo...*, pp. 382-383.

6. Artículo publicado en *Preludios*, 5 de octubre de 1902.

los negocios de Enrique, se trasladó a Rosario. Desde fines de 1893 este se había asociado con G. J. van Oppen y juntos, en esa ciudad, llevaban adelante un corralón de maderas y aserradero a vapor. De este modo Enrique había logrado salir fuera de la “férula” de Federico Cook, y podía deírse de “sus malos humores”, según decía.

En febrero de 1894 Enrique se ocupaba de buscar una vivienda y no le ocultaba a su esposa, que permanecía en Caballito con sus hijos, lo difícil que era encontrar una adecuada. Las que se encontraban en el centro y cerca de la oficina donde trabajaba Enrique eran chicas, y las de doble frente –como era el gusto de Matilde– o estaban ocupadas por sus dueños o eran “viejas ratoneras sin más comodidades que las habitaciones peladas, un mal fogón y el legendario WC a la antigua usanza española”. Las casas de los suburbios eran más nuevas e higiénicas, pero “estos barrios en el Rosario son terribles a toda hora y de noche intransitables hasta por la inseguridad personal”, informaba. Estas consideraciones de Enrique se recortaban sobre el telón de sus personales convicciones: “No hay que olvidarse”, decía, “que en nuestra tierra saliendo de la capital todo es deficiente y la policía de aquí es tan mala como en cualquier pueblo de la provincia de Buenos Aires. No hay todavía tampoco un sentimiento de obediencia a la autoridad y amor al orden en que reposan las poblaciones grandes, ni el personal encargado del orden público llena las necesidades de su objeto”. Un médico consultado por una grave descompostura de vómitos y dolor de cabeza aconsejó a Enrique sobre la elección de vivienda: “Gaste todo lo que pueda en alquilar lo mejor que haya en Rosario”, le dijo, “porque con ello hará usted economía de médicos y de botica. Deben ustedes vivir en altos y bajo ningún concepto entrar en una casa vieja. Las pocas enfermedades que hay aquí son debidas a las aguas malas que se beben y el desagüe defectuoso de las casas antiguas”⁷

En marzo Enrique había alquilado ya una casa en la calle San Lorenzo y se disponía a hacer algunos arreglos en ella. Comenzó entonces a ocuparse de elegir el colegio secundario al que asistiría Emilio. “Yo creo que conviene”, le manifestaba a Matilde, “que curse sus estudios en

7. Carta de Enrique a Matilde, desde Rosario, 25 y 27 de febrero y 11 de marzo de 1894.

algún colegio particular porque el Colegio Nacional está muy apartado del centro y la educación moral de los muchachos y hombres es aquí muy deficiente. En el Colegio Nacional de Rosario no hay disciplina. A este respecto hasta el colegio de Buenos Aires, con su mala fama, sería ejemplar, por consiguiente ya te podrás imaginar que estas malas juntas serían capaz de echar a perder todo el cuidado que hemos tenido con nuestro hijo. De los colegios particulares no sé nada, pero supongo que ha de haber alguno regular y como Emilio es estudioso pasará bien de cualquier modo”. Una vez más, los juicios de Enrique estaban coloreados por sus ideas morales y sociales: “El ambiente moral de esta ciudad no es nada bueno”, reflexionaba. “Quizá sea pesimismo mío, pero yo lo aprecio así. Me dicen que es porque es chico el pueblo y por esa causa se trasluce el vicio más que en una ciudad grande como la nuestra. Será como se quiera pero la verdad es que allá, en el centro donde uno rola no se siente la relajación del tono moral que parece percibirse aquí en todas partes”.⁸

En la última década del siglo pasado, Rosario era la segunda ciudad de la República. Las estadísticas y crónicas de la época no se cansan de señalar el rápido crecimiento de su población, su alto porcentaje de inmigrantes y el incremento de su volumen comercial. Todas estas eran las consecuencias del ferrocarril, que había transformado al de Rosario en puerto de entrada y salida de mercaderías para el norte y oeste del país, y de gran parte de la pujante riqueza pecuaria y agrícola de la provincia de Santa Fe. Este ímpetu algo repentino había hecho de la ciudad una inmensa factoría, que recordaba a las colonias fenicias, según uno de sus hijos más ilustres, Estanislao Zeballos.⁹ Fábricas de cerveza, de aceite y otras de toda índole, los comercios más variados, colegios, clubes y teatros pululaban en las rectas y empedradas calles de Rosario, alumbradas a gas. Algunos de sus edificios eran suntuosos, otros bonitos, su urbanización en general se iba modernizando en el aspecto estético e higiénico. Pero el mismo Zeballos advertía que este enriquecimiento era acompañado de una fuerte disgregación social. Si bien profetizaba que ese rasgo no

8. Carta de Enrique a Matilde, desde Rosario, 7 de marzo de 1894.

9. Véase su relación sobre la ciudad en *Descripción amena de la República Argentina*, t. II: *La región del trigo*, Buenos Aires, 1883, p. 41-71.

persistiría más adelante, el futuro no le dio la razón: pocos años después otro buen observador, Juan Biale Massé, encontró en la ciudad santafesina la misma característica, más acentuada aún. Con las viejas familias patriarcales emigradas a Buenos Aires, la antigua savia social del Rosario languidecía, mientras esa ciudad se convertía en tierra propicia para los recién enriquecidos. Ni siquiera los obreros eran ya rosarinos sino cordobeses, correntinos o entrerrianos.¹⁰ La natural consecuencia de esta situación era la vaciedad de la vida intelectual. “Nunca se pudo establecer un centro literario y las manifestaciones del arte son muy aisladas y pocas”, relata Biale Massé. Y agrega: “Si alguno lee, lo calla, le parecería desmerecerse entre sus colegas del ramo si apareciera ocupándose de frivolidades científicas”.¹¹

Emilio, desde Buenos Aires, expresaba a su padre su preocupación por la elección de colegio, y se asesoraba por su cuenta. Un tal míster Jammes le había elogiado la enseñanza que se impartía en el Colegio Nacional. Enrique contestaba a su hijo que “el colegio nacional de aquí, como todos los de la República, es excelente en cuanto al personal docente, pero malísimo en lo que respecta a disciplina. Esta última circunstancia y la de hallarse el Colegio en un barrio apartado y solitario de la ciudad, han contribuido a que me forme una opinión adversa a la de Mr. Jammes y me inclino a creer que, a lo menos por el primer año, será conveniente que curses tus estudios en algún colegio particular anexo al Colegio Nacional. Me dicen que existen varios y algunos gozan de buen nombre. No te preocupes del tiempo que pierdas en empezar, porque no hay motivo para apurarse, al contrario, después de la tarea que has tenido para prepararte para el ingreso, conviene que tengas un buen descanso. Procura salir y distraerte de los estudios lo más que puedas para ganar fuerzas”.¹²

Finalmente la casa estuvo lista a fines de marzo, los Becher se mudaron y Emilio fue inscripto en el Colegio Nacional de la ciudad. Era uno de los más acreditados del país, gracias al prestigio y dedicación de su

10. Juan Biale Massé, *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, Universidad Nacional de Córdoba, 1988, pp. 238-239.

11. Ídem.

12. Carta de Enrique a Emilio, desde Rosario, del 11 de marzo de 1894.

primer rector, Enrique Corona Martínez, quien lo dirigió desde el 19 de julio de 1874. Otros conocidos intelectuales, como Pedro Nolasco Arias, continuaron la labor de aquel y dieron al colegio la justa fama que ya tenía cuando Becher, en 1894, ingresó a sus aulas.

El rector, a partir de 1896 y hasta que Emilio se recibió, fue Nicolás de Vedia. Este distinguido educador, nacido en Buenos Aires en 1853, organizó el Colegio Nacional Sur de la ciudad porteña y tuvo también cátedras de matemáticas en la Escuela Militar de la Nación, de la cual su padre, el general Julio de Vedia, guerrero de Paraguay, había sido el primer rector.¹³

Bajo estas direcciones, el Colegio Nacional de Rosario, junto con los demás establecidos en las más importantes poblaciones del país, cumplía la misión que Mitre –el primero que tuvo la intención de fundarlo– adjudicara a la enseñanza secundaria: “[E]lvar el nivel intelectual, de modo que el saber condensado en determinado número de individuos obre en la masa de la ignorancia, difunda en ella una luz viva y sostenga con armas mejor templadas las posiciones desde las cuales se gobierna a los pueblos”.¹⁴

Cuando Emilio cursaba en Rosario su bachillerato, era un muchachito flaco, de aspecto físico algo aninado y enfermizo. Una fotografía tomada en 1898 lo muestra con la clásica chaqueta estudiantil, de cerrado cuello, que no oculta del todo el amplio moño. Suave y fino cabello rubio corona una amplísima frente bajo la cual aparecen los pequeños ojos azules en medio de hondas y sombreadas concavidades, la nariz algo fuerte y aguileña y la boca triste. La imagen toda, y en especial su mirar, tiene esa concentración y esa melancolía que solo llegan con la madurez, y sugiere la inquietante presencia de quien, sin dejar de ser un adolescente,

13. Falleció en Belgrano, Buenos Aires, el 7 de enero de 1914. Había contraído matrimonio con doña Dolores Mitre y García, hija del general Emilio Mitre, guerrero de Paraguay, y de doña Dolores García Martínez, prima hermana de su esposo y del general Bartolomé Mitre. Nicolás de Vedia fue padre de muchos hijos, entre ellos Mariano de Vedia y Mitre, escritor, profesor, magistrado e intendente de Buenos Aires. Debemos estos datos al doctor Jorge Durañona y Vedia.

14. Discurso en el Senado pronunciado el 16 de julio de 1870, en *Arengas*, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1902, t. II, pp. 65-66.

ha penetrado algo del misterio del dolor. Su aspecto exterior coincidía con la naturaleza de su alma sensitiva que percibió, durante su adolescencia, fenómenos metapsíquicos que luego se repetirían en vísperas de la muerte. En conjunto, tenía algo del europeo del norte, heredado de su familia paterna, por su tez sonrosada y sus cabellos y ojos claros. Pero su conversación recatada y sus modos corteses y naturales hacían acordar a don Bernardo de Irigoyen.

Dentro del enciclopedismo que sus fundadores impusieron a la educación secundaria, Emilio se inclinaba decididamente por las materias humanísticas. Lograba brillantes notas en literatura, filosofía, historia, geografía y francés, que contrastaban con las mediocres o harto bajas que obtenía en química, aritmética, geometría o física.¹⁵

Estas calificaciones no solo señalan una acusada vocación, sino también otras tendencias de su espíritu que se ahondaron en su madurez. Emilio mostraba, por primera vez, que la coerción o el estímulo social no lograban romper su indiferencia y mover su voluntad hacia aquello que no lo cautivaba. La opinión de los demás, sus sanciones y premios, no eran suficientes para encuadrarlo en los marcos normales de la vida real y apartarlo del mundo de su imaginación y sus sueños, que lo atraía, y en donde habitaba con facilidad y placer.

La filosofía y la literatura eran su fuerte, al punto de que cuando cursaba el primer año se le acusó de plagiarlo por la magnífica redacción de un escrito, y fue necesaria una nueva prueba sobre un tema inesperado, para disipar la duda.

Leía con avidez, especialmente a los autores franceses. Conocía a los medievales con sus canciones de gesta y sus romanceros, a los clásicos como Rabelais y Racine, y a los románticos, naturalistas y simbolistas del siglo XIX. Se encantaba con las novelas de Victor Hugo y las series de Émile Zola: pocos años después diría que sus obras “aparecerán mañana colosales, no por las ideas que hayan expresado, sino por las que

15. Legajo 22 de 1899, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

suscitarán, en las generaciones sucesivas, estos dos cuadros totales de la vida moderna”.¹⁶

Recordaba sin duda la inspiración que él mismo había recibido de ellos. Un deber escolar redactado por Emilio, el “Canto simbólico a la paz”, lo muestra empapado de la lectura de aquellos autores, así como de la de los poetas modernistas, en especial Rubén Darío. Pero la forma en que encaró el tema propuesto: su odio al belicismo, criticado incluso bajo la forma de amor a la patria, que según él asume, demuestra también reflexiones personales y lecturas de otra índole. Asimismo descollaba en historia. En segundo año, un trabajo suyo sobre la Capital Federal era tan nutrido, completo y bien escrito que fue honrado con una mención y guardado en la biblioteca del colegio.¹⁷

En plena mercantil Rosario, el adolescente Emilio centraba su interés en la sabiduría inútil de las letras y la filosofía. Su recuerdo de aquella época de colegial no es, sin embargo, hostil, sino lleno de la piedad y la ternura que caracterizará su personalidad madura. Así se expresó en una carta dirigida a su exprofesor Alejandro Murguiondo, en febrero de 1900:

El segundo momento de mi vida, ya lo sabéis, es el Colegio Nacional. No lo olvidaré nunca. He dejado un pedazo de mi alma –el mejor– adherido a la vieja casa, a los árboles, a los bancos de la clase, al aire mismo, a todo lo que es capaz de hacer vibrar un recuerdo, y despertar la pasada ilusión. Y cuando vuelvo a verle, con su aspecto de viejo caserón colonial, me parece sentir algo que hubiera salido de mí mismo y que volviera a recuperar.¹⁸

Cuando por primera vez le vi, recordaba, parecía un cuartel. Estaba en medio de un potrero inculto, entregado a la invasora fecundidad de las plantas y de los yuyos salvajes, que se

16. Comentario a *Linutile effort* de Edouard Rod, aparecido en *Ideas*, junio de 1903, reimpresso en *Diálogo...*, p. 54.

17. Véase Alejandro V. Murguiondo, “Emilio Becher”, en *Diálogo...*, p. 383 ss.

18. Citado por Alejandro V. Murguiondo, “Emilio Becher”, p. 388.

procreaban desordenadamente y como en tumulto en los campos abandonados. La casa era enorme, chata, con largas paredes, acribilladas de ventanas, bajo la llanura de tejas rojas de los techos. Después todo eso se arregló, surgió un jardín florecido del antiguo jardín salvaje; los muros se pintaron de nuevo, las ventanas parecieron menos cuadradas, menos regulares y menos ridículas. Entonces el colegio pareció un hospital.¹⁹

Si el ambiente de Rosario no colaboraba para estimular las inquietudes de sus jóvenes estudiantes, fue allí en cambio donde Emilio realizó los primeros encuentros con algunos muchachos que luego lo acompañarían en su vida intelectual bonaerense.

El más importante de ellos sería Emilio Ortiz Grognet. Este rosarino, tres años mayor que él, y fue a lo largo de su vida su mejor amigo. Extrovertido, bromista y jaranero, locuaz y simpático, Ortiz Grognet era lo opuesto del recatado y espiritual Becher. Después, en Buenos Aires, creció entre ellos la amistad iniciada en el Colegio Nacional.

Otro encuentro trascendente fue el de Alfredo Bianchi, luego redactor en jefe de la revista *Preludios*, aparecida en 1901, y más adelante fundador, con Roberto Giusti, de *Nosotros*. En ambas escribió Emilio. Su encuentro en el Colegio Nacional es recordado por Bianchi de esta manera:

Penetré en el gran patio de la vieja casa colonial y me dirigí a los corredores, en cuyas paredes pendían, en pequeños cuadros, junto a las puertas de cada habitación, las listas de nombres de los alumnos que comprendían las distintas divisiones. Los corredores estaban desiertos. Solo un jovencito rubio, de más o menos mi edad, miraba también las listas, pero con una curiosidad más desenvuelta, como de quien ya conoce la casa y quiere saber quiénes serán los nuevos inquilinos. Seguramente me vio cara de neófito, pues en seguida se acercó, y solícito se ofreció a ponerme al corriente de las costumbres del Colegio.

19. Citado por Alejandro V. Murguiondo, "Emilio Becher", p. 369.

Al rato éramos ya amigos, sabía que entraba a tercer año y que se llamaba Emilio Becher.²⁰

Los años que pasaron los Becher en Rosario no les trajeron, a pesar de los esfuerzos de Enrique, la prosperidad que este esperaba. El año 1896 lo encontró en un viaje comercial del cual volvió “algo así como derrotado”. A su vuelta terminó pidiendo dinero a quien nunca había “defraudado la esperanza que tenía en su buena voluntad para nosotros: don Bernardo” de Irigoyen, pero este le pidió un plazo para responderle, pues tenía que consultar el asunto con sus hijos.

Matilde, ya en diciembre y terminado el período escolar de ese año, viajó a Buenos Aires con la prole y se alojó en lo de una familia amiga, la de Eduardo Olivera. Ante el silencio de don Bernardo, Matilde pidió la gruesa suma prestada a la tía Emilia, pero recibió una negativa. “No es un tema de sorpresa”, comentó Enrique, “porque la misión es de aquellas que en pocas ocasiones dan resultado satisfactorio. Tan decepcionado estoy de todo esto que si no fuera porque el asunto es tan apremiante y lo que interesa al bien de todos te rogaría que lo dejaras de mano”. Y a los pocos días añadió: “De mis asuntos tócame hoy darte la nueva triste. Todas nuestras esperanzas han fracasado”.

Enrique debió resignar un tercio de su capital accionario para pagar las importantes sumas que adeudaba. Esto fue, según él, “fatal y necesario”, pero aun llevado a cabo el acuerdo sus penas no habían terminado: todavía lo atormentaba que la situación iba a ser conocida de la gente, que “siempre está dispuesta a ver el lado peor de las cosas” y le haría sentir “el peso de la crítica”. Él tendría que pasar “tragos amargos” y recomendaba a Matilde que permaneciera en Buenos Aires esos días porque así “se libraría de malos ratos”. Enrique pasó esa Navidad en Rosario, solo y vencido; “las más tristes pascuas que he pasado en mi vida”, escribió.²¹

Lo que conservaba enhiesta a la familia Becher, aun en medio de las incertidumbres y las desgracias, eran los estrictos principios morales

20. Alfredo A. Bianchi, “Emilio Becher”, en *Diálogo...*, p. 349.

21. Cartas de Enrique a Matilde, desde Rosario, 25 de septiembre, 26 de octubre y 19, 22, 23, 24, 26 y 30 de diciembre de 1896.

que estaban presentes en toda su vida. Matilde y Enrique se mantenían tan unidos entre sí y en torno de aquellos como lejanos de quienes los rodeaban, y esta afectuosa unión involucraba también a sus hijos: “Si la existencia nuestra pudiera limitarse a los muros de la casa podríamos considerarnos los seres más felices del mundo”, escribía Enrique a Matilde, y al referirse al primogénito Emilio, aseguraba: “Cuando pienso todo lo que hay en esa cabecita, me prometo muchos gustos y triunfos para nuestra vejez en compensación a los grandes trabajos que hemos tenido que subvenir en la vida. Pienso que estamos bien recompensados en nuestra vida doméstica”²²

Pero era sin duda la fe en el progreso y la militancia espiritista de Enrique y Matilde un apoyo muy sólido para que la familia mantuviese la frente alta. La fortuna que tuvo el espiritismo –y la teosofía, que usualmente lo acompañaba– en el mundo europeo de fines del siglo XIX se vio facilitada por el ansia que pensadores y artistas tenían de hallar una salida al estrecho marco espiritual que creaba el obsesivo culto por las ciencias biológicas. La religión había sido desacreditada porque sus dogmas no podían ser probados por la especulación racional ni la experimentación. La respuesta a los enigmas de la existencia, a la posibilidad de una vida más allá de la muerte, no podían venir entonces sino de los esfuerzos que el hombre, librado a sí mismo, realizara. Así, las novedades espiritistas causaron una honda conmoción, porque a la vez que proporcionaban la certeza sobre una vida futura y un mundo que sobrepasaba el físico, venían avaladas por la autoridad indiscutida de lo constatado. Dieron aparente satisfacción, al menos por un tiempo, a las angustias del hombre moderno. Y si esto ocurrió en las principales capitales del Viejo Continente, Buenos Aires no podía dejar de recibir su influjo.²³

La vinculación de los Becher con el espiritismo se confunde casi con el origen de esta doctrina en el país. Alrededor de 1870 llegó a Buenos Aires un caballero venido de Málaga, España, llamado Justo de la Espada. Traía en su alforja las maravillas espiritistas, entonces de moda entre los

22. Carta de Enrique a Matilde, desde Rosario, 23 de diciembre de 1896.

23. Véase el estudio preliminar de Antonio Pagés Larraya a los *Cuentos fantásticos* de Eduardo L. Holmberg, Buenos Aires, Hachette, 1957, p. 39 ss.

intelectuales hispanos. Prontamente fundó una sociedad de experimentación, entre cuyos pocos miembros se encontraba Francisco Casares, quien luego creó a su vez, en su casa, un centro para el estudio serio de los fenómenos, resultando él mismo un excelente médium escribiente. De aquí salió el grupo que fundó *Constancia*.²⁴

Casares era un viejo amigo de la familia Becher. Había sido un íntimo del abuelo de Emilio, padrino de su padre, y tutor de su tía Rosa, que quedó huérfana menor de edad. Es probable, entonces, que Enrique Carlos (p.) se haya interesado por el espiritismo llevado de la mano por su amigo Casares.²⁵

Sin duda transmitió esta inquietud a su hijo, el padre de Emilio, ya que Cosme Mariño recuerda en sus memorias que, durante su estadía en Dolores, Enrique Carlos Becher (h.) realizaba con otros vecinos experiencias espíritas. Al ponerse de novio y casarse luego con Matilde Irigoyen, esta se transformó primero en una discípula conversa y luego en una ferviente difusora de la doctrina y de la práctica espíritas. Este grupo se encontraba bajo la influencia de Rafael Hernández, devoto espiritista, hermano del autor del *Martín Fierro* y escritor también él, además de ingeniero, académico y legislador; hombre de espíritu progresista y decidido.

En enero de 1897, en medio de su debacle económica, Enrique disponía cómo Emilio debía buscar obras espíritas de William Crookes y Alfred Russel Wallace en la biblioteca, para entregárselas a Eduardo Olivera, el jefe de la familia donde los Becher vivían durante las vacaciones. Debía recomendarle también otros libros de mayor enjundia como *Roma y el Evangelio*, de José Amigo y Pellicer, y los de Eugène Nus: *Choses de l'autre monde* y *Les grands mystères*. “Sería una conversión importante que podría compensar tus veleidades doctrinarias”, le decía a Matilde, “y abreviar tu turbación más tarde cuando seamos llamados a dar cuenta de nuestros actos según el precepto evangélico de que a cada uno se le pedirá según lo que hubiera recibido”.²⁶ Solo cuatro días después Enrique le escribía a

24. Cosme Mariño, *Memorias inéditas*, pp. 8-10.

25. Miller, María s/testamentaria, legajo 6.945 del Archivo General de los Tribunales de Capital Federal, fs. 8 y 103.

26. Carta de Enrique a Matilde, desde Rosario, 16 de enero de 1897.

su esposa haciéndole saber que había leído con mucho gusto lo que ella le contaba sobre Olivera. “Me parece”, agregaba, “que con las creencias que tiene es un candidato seguro para iniciarlo en nuestra doctrina que llama especialmente a esta clase de personas de juicio sano e independiente que van rezagándose de nuestros convencionalismos sociales y buscando una verdad racional que satisfaga también al sentimiento. Esta clase social es en todas partes más numerosa de lo que se piensa, pero no se hacen notar porque están alistados entre los raros y ellos mismos se excluyen para evitar el contagio de la época. La Historia del mundo registra varias épocas del todo idénticas a la nuestra, que han señalado reacciones favorables del progreso, y la que estamos presenciando hará sentir pronto sus efectos porque vemos ya a la cabeza del movimiento a los grandes de la ciencia y a los elegidos de todas las jerarquías sociales cuyo prestigio asegura desde luego el éxito de esta evolución, al revés de lo que ha sucedido con las reformas anteriores que siempre han sucedido entre los desheredados, necesitando por eso de mayor tiempo para hacer imperar la verdad contra los convencionalismos establecidos”.

Concluía Enrique su misiva insistiendo en que Emilio obtuviese los folletos que pedía Eduardo Olivera, y añadía: “Si el señor Olivera es partidario de Darwin le gustaría la obra de Alfred Russel Wallace, porque él sabrá que este llegó a las mismas conclusiones de aquel, en el mismo tiempo y sin que existiera comunión de ideas. Además reparto esta obra como la mejor defensa que se haya escrito sobre el espiritismo”.²⁷

A pesar del fervor de Enrique, Matilde estaba aún más comprometida que él con la doctrina. “Ayer te escribí sobre temas doctrinales”, le decía Enrique, “pero tú tuviste la culpa con tus disertaciones morales. Veo que la realidad de la vida moderna te espanta, lo que no me extraña. Nosotros, con nuestras costumbres sencillas, no sabemos lo que pasa a nuestro alrededor sino de oídas y pensando lo mejor, creemos que se exagera la verdad; pero desgraciadamente no es así, y es preciso observar estas cosas de cerca para persuadirse que estamos en plena disolución. Jesús dijo a las generaciones de su tiempo: el que ame la vida perderá su alma.

27. Carta de Enrique a Matilde desde Rosario, 20 de enero de 1897.

El dilema subsiste hoy lo mismo que entonces, y para los que tenemos el consuelo de la fe, no puede haber vacilación. Dejemos correr la vida, que es un tránsito doloroso, y vivamos para el espíritu que es nuestro porvenir. Concentrémonos con los tesoros que poseemos y miremos solo al exterior para valorar mejor aquellos. Sigamos edificando sobre la base del cariño que hemos tenido la dicha de mantener hasta ahora y confie-mos que en esta obra hallaremos más tarde la recompensa prometida”.²⁸

Mientras tanto, la situación de Enrique en Rosario se hacía “cada vez más difícil”. “Tendría que reaccionar”, decía al comenzar 1897, “sé que es mi deber y todo lo que se quiera pero no puedo, estoy vencido y me falta apoyo”.²⁹ La situación era angustiosa y se preveía el regreso de la familia a Buenos Aires, pero varios obstáculos lo impedían y además antes Emilio debía terminar su bachillerato. Él seguía siendo el apoyo del padre y en las vacaciones de ese año viajó con Enrique a Buenos Aires, mientras Matilde y las hijas permanecían en Rosario. Emilio acompañaba a su padre visitando a las amistades que habían labrado antes de ir a Rosario, pero consideraba que era imprescindible que Enrique recibiese todos los días una carta de Matilde: “No te molestes en contestarme”, le decía a la madre, “pues me contento con que le escribas a papá”.³⁰

Aun antes de terminar su bachillerato, en septiembre de 1898, Emilio comenzó a publicar en la revista *Constancia*, el órgano de difusión de la sociedad espiritista del mismo nombre. El primer artículo, llamado “Disquisiciones sobre la patria y el patriotismo”, vio la luz el 25 de ese mes, y fue su iniciación como publicista. Tres meses más tarde, a ese chico de dieciséis años le escribió el influyente escritor espírita Rafael Hernández una conceptuosa carta en que lo felicitaba y decía que esperaba que “un día la Patria lo cuente en el número de sus hijos más ilustres y distinguidos”.³¹

Y cuando Emilio, al finalizar 1898, terminó el Colegio Nacional, fue laureado en unos juegos florales literarios y pronunció un discurso “que

28. Carta de Enrique a Matilde desde Rosario, 21 de enero de 1897.

29. Carta de Enrique a Matilde desde Rosario, 29 de enero de 1897.

30. Carta de Emilio a Matilde, desde Buenos Aires, 22 de diciembre de 1897.

31. Carta de Rafael Hernández a Emilio Becher, desde Buenos Aires, 31 de diciembre de 1898.

dejó la convicción de que en aquel chico de apenas diecisiete años había ya la pasta de un gran escritor”.³²

En 1899 los Becher comenzaron a movilizarse para retornar a Buenos Aires. Enrique lo hizo anticipadamente, casi huyendo. Quedaron en Rosario Matilde y los hijos, viviendo en casas de amigos y ocupándose de la mudanza. “Hoy hemos recibido tu carta en la cual puede leerse entre líneas un Eureka!”, le escribía Emilio a su padre. “Efectivamente se acerca ya el término, no solo de esta nuestra infausta estadía en la «segunda ciudad» sino también de la posición movediza y falsa de las últimas semanas. Y aunque Buenos Aires todavía no es tierra firme... Deseo grandemente salir del Rosario, no porque sea muy lindo vivir en Buenos Aires sino porque algo se adelantará, aunque sea la tranquilidad de vida”. Mientras Emilio escribía estas líneas, el exsocio de Enrique, van Oppen, le negaba al chico los pesos que el padre aseguraba que la sociedad le debía, necesarios para la mudanza. Estas incertidumbres dejaban a Matilde y a Emilio “aterrados”, según decía esta.

A pesar de estas dificultades, que incluían vivir en casa ajena durante semanas enteras, Matilde se las ingeniaba para concurrir a la “sesión espiritista” que terminaba después de las diez de la noche, lo que la obligaba a buscar un lugar donde dormir ese día, ya que la familia donde lo hacía habitualmente cerraba sus puertas a las nueve. Tampoco retaceaba esfuerzos Matilde en levantar el caído ánimo de su esposo: le informaba que el cónsul en Rosario era “un amigo verdadero que dice que ahora que no estás tú, no sabe qué hacer de sus noches y que en el Rosario has sido para él la mejor sociedad que hubiera podido encontrar”. Pero ella sabía que lo mejor para Enrique serían las noticias sobre Emilio, de modo que a la par que le manifestaba que estaba “muy delgado, las tareas y sinsabores han sido grandes, como siempre un hijo ejemplar, se puso muy contento con tu carta”, le contaba también que en lo de Marcó del Pont, el hijo de la dueña de casa había conversado con Emilio, “luego vino a felicitarme diciéndome que cuando fuera estudiante de derecho podía contar con él y con su estudio, el mismo ofrecimiento recibí en nombre

32. Alfredo A. Bianchi, “Emilio Becher”, en *Diálogo...*, p. 350.

de Rodríguez Larreta, que le regaló un ejemplar de su tesis [...] Adiós mi querido Enrique, concluía su misiva. Confiemos en Dios y de los hombres no esperemos nada. Deseo muy de veras tus noticias, no me ocultes nada”, le rogaba.³³

Buenos Aires y las primeras incursiones literarias

En 1900 la familia Becher volvió a Buenos Aires, donde Emilio se había inscripto en la Facultad de Derecho. La gran ciudad era por entonces el único centro intelectual del país, donde las ideas filosóficas, estéticas y científicas provenientes de Europa se recibían y asimilaban velozmente. Era también el lugar donde se congregaban los profesores universitarios de valer, los políticos que aspiraban a participar de la conducción del país, los más distinguidos profesionales, los artistas y pensadores que recorrían los primeros tramos de nuestra cultura.

“Ciudad santa de la civilización argentina” la llamó Emilio poco después de llegar.³⁴ El poderoso estímulo que significaba vivir en ella hizo de él un escritor, y sus lecturas, que ya eran singularmente vastas para su edad, se completaron con aquellas que las nutridas librerías porteñas ofrecían. Pero ya antes de su arribo a Buenos Aires, a partir de septiembre de 1898, enviaba desde Rosario artículos que aparecían en la revista *Constancia*, donde continuó publicando con asiduidad después de su llegada a la capital de la República.

La militancia espírita de los progenitores de Emilio, la amistad que unió a Cosme Mariño con Enrique y el hecho de que aquel fuera el padrino de Emilio explican, entonces, que su ahijado haya recibido de su padre, de su madre y de sus amistades más dilectas la doctrina en que durante años creyó. En *Constancia* escribió y pronunció conferencias Emilio Becher desde 1898 hasta 1903, y fue también subsecretario de redacción de la revista entre 1900 y 1904. Al año siguiente se retiró de

33. Carta de Matilde a Enrique, Rosario, 17 de enero de 1900, y otra incompleta, sin fecha.

34. Citado por Alejandro V. Murguiondo, “Emilio Becher”, p. 370.

la sociedad por motivos de conciencia, según dice Ricardo Rojas. Pero Cosme Mariño asegura que mantuvo sus ideas y siguió colaborando, aunque bajo seudónimo, para no comprometer su nuevo puesto en el diario *La Nación*.³⁵

Durante esos años, entonces, Emilio era un convencido y respetado espiritista, y además de las actividades que desarrolló en *Constancia*, fue redactor de la revista *Lumen*, de Barcelona, que sustentaba las mismas ideas. Mantuvo discusiones de fuste con otros correligionarios de envergadura reconocida, como Felipe Senillosa, Ovidio Rebaudi, Miguel Navarro Murillo y el mismo Cosme Mariño, de las cuales salía siempre airoso gracias a sus conocimientos de historia de las religiones.³⁶

Los temas tocados por Emilio en la revista *Constancia* fueron de índole política y religiosa.³⁷ Su ideología lo situó, en esta primera etapa de su vida intelectual, como un exaltado partidario, muy en el estilo de Zola, del socialismo romántico, liberal y cientificista tan en boga a fines del siglo pasado y principios de este. Su dios era, naturalmente, la humanidad, que se había ido liberando paulatinamente de sus cadenas y aún luchaba con fiereza contra la opresión de los dogmas, de la fuerza y del capital.

La Iglesia, el ejército y la burguesía cayeron bajo la condenación del casi adolescente Emilio, quien desde 1898 hasta 1901 fustigó severamente al militarismo y al mito de la patria que, según entendía, le servía de sustento; a la religión, que juzgaba decadente por ser incapaz de encarnar el espíritu moderno; al capital, que esclavizaba al proletariado universal. Reconocía la obra que esas instituciones habían cumplido en el pasado, pero en la actualidad la liberación era conducida, para el joven escritor,

35. Cosme Mariño, *El espiritismo en la Argentina*, Buenos Aires, Constancia, 1963, especialmente pp. 210 y 212-217.

36. Cosme Mariño, *El espiritismo... y Memorias inéditas*.

37. Los artículos más importantes publicados por Becher en *Constancia* fueron "Disquisiciones sobre la patria y el patriotismo" (25/9/1898), "El socialismo y los católicos" (22/1, 16/4 y 23/4/1899), "Al correr de la pluma" (2/7/1899), "Mi justificación" (6/8/1899), "Al correr de la pluma" (10/3/1900), "Cristianismo y espiritismo" (23 y 30/9/1900), "Nuestro siglo" (30/12/1900), "El siglo XX" (15/1/1901), "Le roi s'amuse" (11/5/1902), "La obra del cristianismo" (13/7/1902), "La evolución del cristianismo" (27/7/1902), "La acción civilizadora del cristianismo" (10/8/1902) y "Los liberales y las procesiones" (11/10/1903).

por la ciencia positiva, que alentaba la emancipación obrera y redimiría a una humanidad unificada y sin fronteras.

De su condena de las ideas de patria y patriotismo como vetustas banderas destinadas a justificar un militarismo reaccionario concluía su repulsa a quienes se condolían “del desmoronamiento de la vieja raza hispanoamericana, representada por el gaucho”. “Nuestra patria es grande”, decía, “precisamente porque no es patria, porque en las otras gentes no ve pueblos, sino la misma humanidad, igual en todas partes”³⁸

Y se lamentaba de que, a pesar de ser el siglo XIX la centuria de las luces, la fuerza jugara un tan importante papel. Toda su indignación adolescente acompañaba a Zola en su defensa del capitán Dreyfus, convertido en Francia, súbitamente, en el símbolo del combate contra la burguesía, la Iglesia y el ejército. La revisión de su condena fue para Emilio el final grande de un poema heroico: “Ha sido la cruzada de la verdad y del derecho; hemos vuelto a las empresas caballerescas de honor y de justicia; es el siglo XX, feliz y glorioso, que vive antes de haber nacido”³⁹

Estas convicciones firmes y gozosas fueron el camino para expresar su alegría y la irresistible necesidad de fe y de trabajo que vivía en su alma adolescente, según él mismo lo confesara después.

En ese enemigo del ocio y de la religión, admirador del progreso y de la ciencia, es difícil reconocer al Becher ya maduro. Salvo que se encuentre una sutilísima ironía en esta frase que escribió a los diecisiete años: “El hombre moderno no se contenta ya, como antes, con las promesas del Catecismo, sino que aspira a una felicidad positiva, radicada en el mundo. ¡Nuevo Esaú que prefiere el plato de lentejas de la vida terrestre a sus derechos sobre el reino de Dios!”⁴⁰

A partir de 1901 su acidez anticlerical se aplacó y al año siguiente escribió tres importantes artículos sobre el origen, la evolución y la acción civilizadora del cristianismo. Era el cristianismo vivo del pasado, en especial el del Medioevo, el que comenzaba a atraerlo. En ese período

38. Artículo del 25 de septiembre de 1898.

39. Artículo del 2 de julio de 1899.

40. Artículo del 22 de enero de 1899.

histórico encontraba la verdadera obra de la Iglesia, salvadora de las doctrinas antiguas, que resumió en la propia, y de la unidad y tradición europeas, frente al ardor destructivo de los bárbaros y la desintegración en feudos. Más adelante esta admiración lo llevaría a una rigurosa comparación de esa rica época de la humanidad con la civilización moderna, que antes viera con jubiloso optimismo, y a un duro enjuiciamiento de esta.

En sus artículos sobre el nacimiento y desarrollo del dogma se encuentra bien presente la influencia del protestantismo liberal y sus exégetas alemanes, recibida sin duda de la lectura de su muy admirado Ernest Renan y de las que su padre, que siempre practicó la religión reformada, le proporcionaría.

Se echa de ver también la enorme influencia que sobre el medio intelectual en general, y sobre los espiritistas en particular, ejercía en aquellos tiempos la doctrina teosófica, expuesta por Elena Blavatsky. En su vasta obra, esta curiosa intelectual de origen ruso había procurado conciliar los descubrimientos científicos, y en especial el evolucionismo darwiniano, con las verdades que, bajo diferentes símbolos, contienen todas las religiones.

La presencia de su pensamiento se encuentra, por ejemplo, en el nacionalismo de Ricardo Rojas.⁴¹ También los poetas Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Arturo Capdevila, el pintor cordobés Octavio Pinto y el político socialista Alfredo Palacios compartieron en algún momento de sus vidas, junto a muchos otros, las creencias teosóficas.

Pero en el fondo de la exégesis protestante y de la teosofía que nutrían a Becher, se encontraba la filosofía del idealismo alemán, que Emilio bebió en aquellas fuentes. Participó así del pensamiento según el cual el cristianismo es ante todo un notable hecho cultural en el que se hallan simbolizadas, con extraordinaria belleza, las ideas modernas de la inmanencia de Dios en la historia, el progreso indefinido, la fraternidad universal, la igualdad y otras semejantes.

En julio de 1902 un exaltado Felipe Senillosa le envió una conceptuosa carta sobre “su magistral conferencia sobre la reencarnación. Le

41. Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.

aseguro”, le decía, “que sus declaraciones y conclusiones las considero de la mayor lucidez”.⁴²

Emilio evolucionó mucho con posterioridad. Poco tiempo antes de morir consideraba a la obra de Blavatsky como “una gran macana”.⁴³ Pero de sus lecturas de aquel tiempo conservaría para siempre su sentido del valor de lo religioso, un aprecio por los elementos culturales y sociales de las creencias históricas y un gusto por la profunda belleza de las obras que el hombre ha realizado en homenaje a su Dios. Todo ello lo ayudaría a alcanzar más tarde una posición más madura y definitiva.

Hasta entonces, este Becher de menos de veinte años era un convencido de la verdad científica. Su espíritu profundo lo inclinaba decididamente hacia lo misterioso, pero esto no lo llevaba todavía a dar el gran salto que su vida intelectual le deparaba. Intentaba conciliar lo invisible y la ciencia; es uno de los muchos que buscaban hacia 1900 ensanchar el campo del saber experimental para que iluminara también las zonas oscuras y espirituales de la realidad. De ahí su espiritismo, de ahí su orientación hacia la teosofía, de ahí también sus estudios de exégesis bíblica y de historia de las religiones.

Pero algo había de sucederle, que sería lo crucial; lo que haría del de Emilio un espíritu atípico entre los de su generación.

El hallazgo del dolor

Corría 1902 cuando, quién sabe por qué causa, se disipó aquel entusiasmo y alegría que animaban al joven Emilio y que se reflejaban en su pensamiento lleno de esperanza. “He cambiado mucho”, dijo. “He comprendido que ese gozo de vivir no es en realidad más que una noble ilusión; y por mucha meditación y experiencia he llegado a verificar que

42. Carta de Felipe Senillosa a Emilio Becher, 7 de julio de 1902.

43. Ricardo Rojas, “Evocación de Emilio Becher”, p. XXVIII.

toda la opulenta decoración optimista no es más que una máscara de *cold-cream* puesta sobre la cara demacrada y gesticulante del dolor humano”⁴⁴

La cara demacrada y gesticulante del dolor humano: he aquí el tremendo descubrimiento de Becher en 1902. Detrás de la imagen expresionista que utiliza para describirlo, ¿no se encuentra acaso algo del grotesco y exagerado estilo de los artistas alemanes, de las exaltadas vehemencias de un Martin Lutero, de los lacerados y sangrantes Cristos españoles, de todas las emociones, abismos y tristezas que circulaban en sus venas, traídas por su familia y su educación?

Sin duda nuevas lecturas colaboraron en su cambio de actitud, y tal vez algún episodio de su vida que su pudorosa discreción siempre ocultó. Pero lo cierto es que a partir de entonces fue abandonando su posición confiada y progresista en política y su ánimo hostil frente a la religión.

La revelación de la fragilidad y miseria del hombre, a quien no podía rescatar del abismo la obra de su propia razón, descubrió paulatinamente a este sensible joven la futilidad de las creencias según las cuales la humanidad se salva a sí misma, y lo acercó a mirar con otra acción el mundo de lo inasible y del misterio. De este modo, el descubrimiento del dolor lo llevó con el tiempo a comprender la religión, a descreer de los engaños del progreso y, por último, a recluirse en sí mismo.

44. Artículo en *Preludios*, octubre de 1902.

Amistades y trabajos juveniles

En la Facultad de Derecho

Al volver de Rosario en 1900, la familia Becher ocupó nuevamente su quinta Betanzos, del entonces distante barrio de Caballito. Emilio se matriculó el 16 de noviembre de 1899 en la Facultad de Derecho, quizá por sugestión paterna, o tal vez –conforme a su filosofía– admitiendo que la vocación profesional, como todo acto importante de la conducta, se realiza de modo exclusivo por azar.

No cabe abrigar ninguna duda, en cambio, sobre su clara antipatía por la ciencia jurídica, pues reconoció con los años que veía en el derecho la cosa menos poética del mundo.

Cursó sus estudios en la vieja Facultad de la calle Moreno. A ella se entraba flanqueando la alta verja de hierro que limitaba el pequeño jardín del frente, donde se levantaban las estatuas de José María Moreno y Antonio Malaver, a la sombra de dos elegantes palmeras.

La construcción tenía el aire de discreta suntuosidad que caracterizaba a los edificios del viejo Buenos Aires, anteriores a la lujosa arquitectura del Centenario. En su primer patio, al que daban la mayor parte de las aulas, o en su más vasto jardín interior, a cuyo fondo se encontraba la biblioteca, se reunían los alumnos de los distintos cursos, que escasamente alcanzaban a setecientos por esos días.

El tono de la casa estaba dado por la paternal bonhomía del decano casi perpetuo, el doctor Manuel Obarrio, “inconfundible figura vestida siempre de levita, con su rostro de expresión grave con tupidos bigotazos

blancos, a través de los cuales se abría paso el sonido de su voz bronca, que contrastaba con la suave mansedumbre de su alma”¹

La conducción más enérgica del popular secretario Enrique Navarro Viola y la camaradería del prosecretario Hilarión Larguía no variaban el clima familiar que caracterizaba a la institución.

Su claustro de profesores incluía a hombres de gran relieve en la política y la cultura del país. En las clases en que Emilio Becher cursaba su carrera, Juan Agustín García enseñaba la introducción al derecho, Weigel Muñoz y Wenceslao Escalante eran profesores de filosofía, el derecho romano era dictado por José María Rosa y Raimundo Wilmart, mientras que Amancio Alcorta y Estanislao Zeballos tenían a su cargo la cátedra de derecho internacional público. Entre los profesores de derecho civil se destacaba Juan Antonio Bibiloni, Antonio Piñero era el titular de derecho penal y, a pesar de ejercer las funciones de ministro del Interior, Joaquín V. González seguía a cargo de su asignatura, derecho constitucional.

El alumnado estaba sujeto al régimen de asistencia obligatoria, de modo que el contacto diario hacía nacer con mayor facilidad las relaciones amistosas entre los jóvenes de los primeros cursos. Luego de las clases matutinas, y especialmente a partir de la primavera, era habitual ver por la calle Florida los grupos de tres o cuatro estudiantes con sus ligeros sombreros de paja caminando hacia sus casas en animada conversación.

Las aulas de la Facultad de Derecho eran todavía el lugar de paso casi obligado de los hijos de las familias dirigentes de la nación. Así, entre los condiscípulos de Emilio, se encontraban Mariano de Vedia y Mitre –hijo de quien había sido el rector de su Colegio Nacional–, Adolfo Bioy, Roberto Bunge, Marco Aurelio Avellaneda, Enrique Ruiz Guiñazú, José Evaristo Uriburu (h.), Salvador Orla, Mario Rivarola y Eduardo Labougle. Muchos otros, sin que luego se destacaran personalmente, pertenecían sin embargo a hogares rectores de la vida política y social de Buenos Aires y del interior.

1. Carlos Ibaguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955, p. 113.

Pero a su lado se sentaba ya un pequeño número de alumnos cuyos apellidos recién comenzaban a nombrarse en la ciudad porteña. Debían su origen al importante flujo inmigratorio que había comenzado hacía unos años, o eran hijos de antiguas familias provincianas que, sin dinero casi, llegaban a estudiar y a relacionarse.

La Facultad era, entonces, para algunos, un sitio de paso hacia posiciones destacadas, y para otros una oportunidad de ascenso social; pero en definitiva eran muy pocos los que aprendían allí con auténtica vocación. Muchos contemporáneos describieron este ambiente, y entre ellos Ricardo Olivera lo hizo de este modo: “Es una simple escuela profesional donde todos corren detrás del diploma, sin querer saber si fuera de los textos que proporcionan las nociones necesarias para balbucear exámenes y aprobar cursos hay algo digno de ser leído y meditado”.²

Dentro de este clima, unos pocos jóvenes de espíritu diferente, sensibles a la belleza e inquietos por las expresiones literarias y las nuevas corrientes del pensamiento, formaban un pequeño y singular grupo que en breve tiempo se vio estrechado por la afinidad y el afecto.

Entre ellos se ubicó con naturalidad Emilio Becher. Lo vieron por primera vez cuando por el centro del patio atravesó alguien que no conocían. “Tenía –pensaron– ese aspecto de despreocupación que solo poseen los que viven únicamente mundos mentales, ese no sé qué físico de los raros y superiores”.³

Uno de los que advertían así el paso de Emilio era Manuel Gálvez, quien con el tiempo sería uno de los más grandes novelistas argentinos. Era por esos días un jovencito de aspecto aniñado, con peinado partido por una raya al medio y nariz recta; el dibujo de sus labios denunciaba ya la tenacidad con que emprendería todos sus proyectos.

Sin embargo, al iniciar sus estudios universitarios, la inseguridad, la timidez y los conflictos interiores teñían todavía las relaciones de este casi adolescente artista con los demás.

2. En *Ideas*, N.º 91, p. 6.

3. Citado por Ricardo Rojas, “Evocación...”, pp. XV y XVI.

La ingenuidad de Gálvez contrastaba con el estilo algo frío, calmoso, irónico y ligeramente escéptico de su íntimo amigo Ricardo Olivera, otro de los miembros del grupo. Este muchacho de dieciocho años asombraba por sus vastos conocimientos, sus gestos mesurados y cierto tono peculiar que anunciaba al futuro diplomático.

Poco tiempo después Olivera se describiría con singular sinceridad en una carta que le dirigió a Gálvez. En esas líneas su autor descubre con realismo su figura, a la vez que muestra la calidad de su estilo literario y su valiente capacidad de introspección:

No hago nada útil. Soy siempre el mismo hombre de *noce*, un tanto interesado por las cosas de la literatura y del arte; de vez en cuando, por rara ocurrencia, creando, raquítica, una página breve. La partida, una vuelta por Palermo, cuatro cuabras por Florida, la charla del Club, las demás horas para el sueño y la *noce*; esto todos los días.⁴

Compartía las aspiraciones y la amistad de estos jóvenes Ricardo Rojas, santiagueño de piel morena, lacio y abundante cabello renegrido, de incipiente bigote, delgada figura y suaves maneras. Su vida retraída y metódica favorecía la amplitud de sus conocimientos y la universalidad de su interés por los escritores antiguos y modernos, cuya frecuentación daba a su cultura una solidez poco común en su edad.

Trabó una espontánea y súbita amistad con Becher, que duraría toda la vida. Desde sus primeras charlas en el jardín de la Facultad, donde se comunicaron sus variadas y abundantes lecturas, hasta pocos días después, cuando se leyeron mutuamente sus versos y ensayos, pasaron pocas horas y fueron suficientes para crear el más íntimo lazo entre ambos.

Estos compañeros con aficiones literarias fueron las primeras vinculaciones firmes con que Emilio contó en la febril y cambiante Buenos Aires del 1900.

4. Carta a Manuel Gálvez, 15 de mayo de 1908. Archivo Manuel Gálvez. *Noce*: orgía.

En el periodismo

Becher fue cursando con regularidad su carrera universitaria entre 1899 y fines de 1904. De este modo tuvo una nueva oportunidad de demostrar su marcada inclinación por las materias que, como filosofía, economía política o derecho romano, tenían un contenido en el cual preveían los asuntos culturales o históricos. Así como su desvío por las asignaturas codificadas, que se le presentaban áridas y tediosas, y lograba aprobar con esfuerzo y mediocres resultados.⁵

Pero Emilio acompañaba sus estudios universitarios con los primeros intentos de incorporarse a la vida literaria de Buenos Aires, en la cual iría encontrando la manera de concretar su vocación de escritor.

No le fue difícil hacerlo. En la Facultad había vuelto a ver a sus amigos del bachillerato rosarino, Alfredo Bianchi y Emilio Ortiz Grognet. Este último, con su temperamento ligero, en el que se mezclaban la dejadez del bohemio con el brillo del snob, pasaba por las aulas de la calle Moreno solo en las horas nerviosas del día de examen, para volver rápidamente a sus verdaderos amores: un cuento finamente logrado o unos versos de delicada factura.

Tan diferente del tímido y recatado Becher, era sin embargo su amigo más íntimo, el alma que recibía sus sentimientos más espontáneos. Seguramente por aquella ley, puesta de relieve por Emilio, según la cual “los espíritus complementarios se funden, para instaurar la unidad del ser perfecto”.⁶ A punto tal era así, que cuando se alejaban durante los veranos que Ortiz Grognet pasaba en su Rosario natal, Emilio le expresaba su agudo sufrimiento, el dolor de la separación, y agregaba: “Yo no hago nada. Como siempre he escrito exclusivamente para que tú me leas, resulta que cuando estás afuera no puedo hacer ni una línea”.⁷

5. Legajo 22 de 1899, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

6. “Leroyer y Chavarría”, capítulo inédito de una novela proyectada en colaboración, publicado por *La Nación*, 10 de junio de 1928, después de la muerte de Becher, y reimpresso en *Diálogo...*, p. 295.

7. La revista *Nosotros*, en sus números 14-17 y 19, publicó las cartas dirigidas por Emilio Becher a Emilio Ortiz Grognet. La cita corresponde a la fechada el 8 de mayo de 1904.

Menos estrecho y más literario, en cambio, era su vínculo con Alfredo Bianchi. Para este, el reencuentro con Becher significó un estímulo para llevar a cabo su idea de publicar una revista. Él mismo recuerda el apoyo que Emilio le brindó en esa ocasión:

Yo me iniciaba entonces en mis afanes revisteriles, y él, va avezado en esas lides, fue nuevamente mi guía y consejero. El escritor que preveíamos años antes estaba ya formado. Tenía veinte años, vigor mental y físico, audacia juvenil y confianza en el éxito. Su entusiasmo literario contagiaba. Conocía todas las literaturas contemporáneas, sobre todo la francesa, a la que amaba profundamente.⁸

En octubre de 1901 Bianchi fundó la revista *Preludios*, en la cual colaboraron jóvenes escritores vinculados al movimiento modernista, como el boliviano Ricardo Jaimes Freyre. En esas páginas Becher y Ortiz Grognet se ocuparon de la crónica y crítica literaria, en una sección que llevaba el nombre “Crisol”.

Allí Emilio publicó también, en 1902, un cuento llamado “Amor patrio”, en el que se descubre el vigor y la matizada ironía de un estilo que se había enriquecido en plasticidad y precisión. Para su compañero Bianchi, las descripciones e ideas de este cuento anticipaban las que muchos años después lograría Henri Barbusse al abordar el tema de la guerra.

No fue solo en *Preludios* donde escribió en esos años. También otras efímeras revistas del momento, como *El Globo* y *Letras y Colores*, contaron con su colaboración. *Letras y Colores* vio la luz en mayo de 1903; se trataba de una publicación literaria semanal que incluía ilustraciones en blanco y negro y en color. En la tapa del número uno se exhibía un dibujo de Martín Malharro, “Dar de beber al sediento”, de temática gauchesca. Pero la publicación tenía pretensiones de insertarse en las letras más avanzadas y universales, y en un número posterior se inició la

Véase también la del 20 de diciembre de 1903.

8. Emilio Becher, *Diálogo...*, p. 350.

sección “Bibliografía”, a cargo de Emilio Becher. Su primer propósito era, según él escribió, “dar una pequeña historia del movimiento literario de la quincena, de los libros nuevos, las revistas recientes, los artículos más importantes y, en una palabra, todo lo que signifique una tentativa –así sea pequeña como un verso– a favor de nuestro difícil progreso mental”. Se trataba de crear un puente entre el pueblo, vasto pero ignorante, y una exigua aristocracia de intelectuales, para hacer cesar una incomunicación que Becher consideraba “evidentemente insostenible”. El segundo propósito de la flamante sección era construir una crítica literaria sobre la base de la sinceridad: consideraba Becher que hasta entonces “nuestra crítica” estaba “reducida a una serie de genuflexiones” y no conocía más que “elogios de ditirambo o *érintages* –críticas maliciosas–” que se desvirtuaban a fuerza de disimularse.

Dando paso a su intento, Becher inició su “Bibliografía” con sendos juicios sobre *Ensayos y notas*, de Juan Agustín García, y *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge. Del libro de García alababa Becher su espíritu marcadamente científico y el profundo idealismo, heredado del mismo Hegel, que subyacía a la explicación sociológica.

Al reseñar *Nuestra América*, Emilio coincidía básicamente con Bunge en que la pereza, la tristeza y la arrogancia eran herencia de las influencias negra, indígena y española en el territorio americano, y que eran estas las causantes de la dificultad que la diligencia, la alegría y la democracia tenían para imponerse en la sociedad y modernizarla; “ello solo desaparecerá cuando nos hayamos europeizado del todo”, decía. Sin embargo, encontraba también que Bunge había desestimado otro origen de aquellos vicios: “Al lado de la tristeza indígena, de herencia asiática y negra, existe otra: la tristeza del europeo, civilizado y activo, en lucha contra un estado de cultura inferior”.

Entusiasaban a Becher, en el pensamiento de Bunge, sus ideas fundamentales. Al comentar una nueva edición de *Evolución de la educación*, argumentaba:

Este libro ha sido elogiado entre nosotros. ¿Pero se ha comprendido acaso todo lo que representa? Es algo más que un informe pedagógico oficial, y su importancia consiste en haber

proclamado la filiación ariana de nuestro pueblo, la solidaridad de nuestro pensamiento con el pensamiento de las razas indoeuropeas. Significa que el principio de la civilización blanca empieza a predominar, entre nosotros, sobre la barbarie gaucha. Lentamente, del bloc informe y basto de la Raza, un espíritu nuevo pugna por entrar a la vida.

Al referirse, en el mismo número, a los conceptos vertidos por Ernesto Quesada en *Tristezas y esperanzas*, Becher encontraba ocasión para poner de manifiesto algunas ideas que maduraban en su espíritu. “¿El esfuerzo es preferible al descanso? ¿El concepto estoico y occidental de la vida militante es superior a la noción asiática del nirvana? ¿La victoria es siempre de los fuertes? ¿El éxito vale realmente la pena de conquistarlo?” se preguntaba quien, más de diez años después, ironizaba al escribir a su hermana que “el ideal de una persona sensata debe ser no trabajar en nada y entretenerse todo lo posible”. “El autor”, decía refiriéndose a Quesada, “ha entrado en el mismo corazón de la época. De algunos años a esta parte, el concepto darwiniano evoluciona. La vieja noción religiosa del Sacrificio ha modificado la dura y áspera doctrina. El *struggle for life* no implica ya la inmolación de los débiles por los fuertes. Se cree que los más poderosos deben ser los más útiles, y que la caridad es el oficio de la fuerza. El alma de Jesucristo ha prevalecido sobre el alma de Nietzsche”. Esta posición lo había llevado a Emilio a señalar que Bunge, al hablar de Rosas, había enfatizado en su caciquismo primitivo, pero no había insistido en “la importancia de su obra social, la reacción de las democracias rurales contra la oligarquía de los propietarios blancos”.

La sinceridad de las opiniones de Becher no menguaba siquiera cuando el criticado era el libro de un amigo como Manuel Ugarte. Al comentar su *Novela de las horas y de los días*, aclaraba que el libro no satisfaría a quienes buscaran “la emoción de una intriga erizada de sorprendentes peripecias”. Para ellos “el libro, simple y severo, será una decepción. Los que quieran conocer una obra de pensamiento pueden leerlo sin desconfianza”. Pero la novela de Ugarte tocaba el corazón de Emilio y este comenzaba su crítica con este pensamiento, que años después conformaría una reiterada expresión de su dolor: “¿Quién no ha deseado alguna

vez escribir un libro como este? Cuando se ha recibido de la naturaleza la espantosa facultad de pensar, la autobiografía es una verdadera tentación. El señor Manuel Ugarte no la ha resistido”.

Cuatro reseñas publicadas en *Letras y Colores* pusieron de manifiesto que la sinceridad de Becher, unida a su capacidad de demolición mediante el ejercicio de la palabra, conformaban un conjunto temible. En una se ocupó de Martín Gil y su libro *Modos de ver*, en un artículo crítico que tuvo larga memoria en los círculos intelectuales. Allí no solo ridiculizó al autor, sino también a los críticos que lo elogiaban:

Hace dos años, el nombre ignorado de Martín Gil se reveló bruscamente a nuestro público. La impresión fue profunda. El parecer unánime de la crítica le consideró un gran escritor. Los elogios abundaron. Este entusiasmo parece excesivo, tratándose de un literato que, hasta ahora, no ha hecho más que manifestar, en un idioma incorrecto y pobre, pensamientos de una visible mediocridad.

De Ricardo Monner Sans, que acababa de publicar sus *Notas al castellano de la Argentina*, decía Emilio que tenía, “sobre los demás mortales, la deplorable superioridad de saber gramática. En París”, continuaba, “la risa hubiera anulado, pronto, la tentativa de este rétor que trata de obligarnos a hablar como hablaban antaño Gutierre de Cetina, Cipión y Berganza y los sesenta pobladores de Santa María de Buenos Aires”.

Leopoldo Díaz, según Becher, era un poeta de quien eran harto conocidas tanto “la perfección del ritmo como la pobreza del pensamiento”.

Por último, se despachaba Emilio con la baronesa de Wilson y *El mundo literario americano*, que aquella había descripto en dos tomos de 350 páginas cada uno, “un paseo por el campo fecundo de la literatura americana”, según la autora. Para Emilio, no se emprendía sin cierta desconfianza ese paseo: “Es proverbial la pobreza de nuestro «campo literario»; y la perspectiva de una excursión a través de mil leguas de desierto aterra”, decía. “Este libro es triste”, concluía. “Se piensa con terror en esa inmensa América bárbara que no ha sido capaz de extraer, de todos los esplendores de su naturaleza, una sola creación de arte. Duele constatar

que ese centenar de mediocres representa la totalidad del esfuerzo continental y que, después de un siglo de dolores, esta montaña ha dado a luz ese ratón”.

En 1904, el año de la huelga universitaria, Becher interrumpió su contacto con las aulas y los códigos, sin rendir ningún examen hasta diciembre. Esto le facilitó una aproximación a las tareas periodísticas, en las cuales se desempeñaban muchos de los mejores prosistas de la generación anterior, no pocos políticos, y por cierto la gran mayoría de quienes con los años alcanzarían un nombre distinguido en nuestras letras.

El 3 de enero salía a la calle *El Heraldo*. Este diario, como muchos de ese entonces, había sido fundado con un propósito exclusivamente partidista y ocasional: sostener la candidatura presidencial del doctor Marco M. Avellaneda, que se alzaba como opositora de la de Manuel Quintana en los comicios convocados para abril.

“El amigo Olivera es secretario de redacción. No sé qué locura me sobrevino que he aceptado. Y aquí me tienes de redactor”, contaba Emilio en carta a Ortiz Grognet.⁹ Pero no resulta, sin embargo, tan extraña su presencia en ese diario, que no podía ser más literario, puesto que Ricardo Olivera había llevado a él a gran parte de sus amigos escritores.

Ese grupo impuso en el periódico un clima de alegre informalidad que no se armonizaba con el temperamento rígido del director Gregorio Lastra. El inevitable choque provocó la salida de Olivera con dos de los principales periodistas.

Junto con ellos se produjo la de Alberto Gerchunoff, muchacho de origen judío, nacido en Rusia pero educado en una colonia del campo entrerriano, que tenía una figura más que singular. De nariz prominente, gruesos anteojos de miope y rebelde cabellera renegrada partida al medio, era dueño del genio más ocurrente y la ironía más sagaz de su círculo.

Había llegado de su provincia hacía poco, y transitaba con mucha dificultad en el medio periodístico. Adhería con fervor a las ideas socialistas y la humildad de su condición se denunciaba en el desaliño de su arreglo, su más que amplia vestimenta, el grotesco estilo de su jaquet y el

9. Carta del 2 de enero de 1904.

deterioro de su viejo calzado. Sin embargo, “Gerch”, como se lo llamaba cariñosamente, a pesar de sus ácidas bromas, transmitía un regocijo que contagiaba su entusiasmo por la vida y por la gente.

Mientras tanto, Emilio demostraba en *El Herald* un espíritu tan poco circunspecto y ceremonioso como el de Gerchunoff y sus amigos:

Hasta ahora he escrito una crónica social de año nuevo, un reportaje al delegado comercial ruso (a quien, naturalmente, ni le he visto la cara) y un artículo aconsejando al Ministro del Interior la conducta necesaria para resolver el problema de las huelgas. Además una correspondencia de París que ha salido como la mona; imagínate, inventar en media hora, en el Club del Progreso (¡otro dolor: tener que ir al Club del Progreso!), delante de los últimos “Fígaros”, una interesantísima crónica francesa; ha salido llena de macanas y escrita como por un tenedor de libros.¹⁰

Pero mientras tanto, las páginas del diario mostraban los primeros ensayos de los futuros escritores: Manuel Gálvez publicaba un cuento, “El gran desenlace”, de inspiración naturalista, que reconocía la influencia de Francisco Sicardi. Y Ricardo Olivera volcaba en “El regreso de Palermo” un relato que Becher calificó de perfecto. Este, por su parte, se daba el gusto de “hablar mal de la política en una sección de cosas políticas”, con lo cual se iba perfilando su escepticismo acerca del valor de la militancia cívica.¹¹

Poco después, en abril de 1904, reemplazaba a Ricardo Rojas en *Libre Palabra*, diario de fuerte tendencia anticlerical dirigido por Arturo Belgrano. Su respeto por el mundo religioso se tradujo en una total falta de entendimiento con el director: “Me miraba con lástima, porque me

10. Carta del 5 de enero de 1904 a Ortiz Grognet.

11. Carta del 2 de febrero de 1904 a Ortiz Grognet.

rehusaba a proclamar la Revolución, y porque no me convencía de la necesidad de ahorcar, con rapidez, a todos los sacerdotes católicos de la República”.¹²

Allí Emilio conoció a quien después fue uno de sus amigos más entrañables. Era natural este acercamiento por la afinidad que existía entre los dos. Atilio Chiappori, exestudiante de medicina, de ojos tristes y ademanes discretos, provenía de una familia de la burguesía acomodada, y fue visto por Becher como un joven “susceptible, sincero, enemigo de afirmar rotundamente, modesto hasta el exceso, caritativo, nada aficionado a las frases punzantes ni al trabajo de tijera”.¹³ Pero lo que más unía a ambos era su inclinación a la vida interior, a la indagación de lo misterioso y a una literatura que se deleitaba en los matices y las suaves sugerencias.

Emilio vivía de la escasa remuneración de sus tareas periodísticas. Por eso, a la par que ejercitaba su pluma en ensayos literarios, escribía también notas para algún diario del interior, como *El Orden*, de Tucumán, u otros de Gualleguaychú, Córdoba y Rosario. Y una vez que abandonó *El Heraldo* tuvo que recurrir a las amistades extranjeras de su padre para ingresar, como repórter policial, a un diario inglés: el tradicional *The Standard*, el primer diario inglés publicado en el país, fundado en 1861 por los irlandeses Michael y Edward Thomas Mulhall. Las tareas encomendadas a Becher no tenían para este mayor atractivo. Las insignificantes noticias policiales eran recogidas y ampliadas, cuando no inventadas por el hastiado cronista, que concurría un par de horas diarias a su trabajo. En la oficina de guardia del Departamento Central de Policía recibía las noticias y alternaba con los jóvenes reporteros de otros diarios, que se relacionaban entre ellos con gritos, risas y empujones. Becher realizaba su tarea en silencio, sin comunicarse con sus colegas, traduciendo al inglés y dando forma a las noticias. Luego, permanecía mirando el techo con sus ojos azules y revolviendo de vez en cuando su cabellera rubia. Encontraba también ocasiones para releer a Anatole France, a quien calificaba de “espíritu admirable, verdadero semidiós de las letras”, mientras

12. Carta del 4 de abril de 1904 a Ortiz Grognet.

13. Carta del 8 de mayo de 1904 a Ortiz Grognet.

que los muchachos que lo rodeaban consideraban que leía libros “raros”. Ellos bautizaron a Emilio con un apodo que tendría futuro: “el inglés del *Standard*”.¹⁴

Poco tiempo después, en julio de 1904, ocupaba un puesto en el *Diario Nuevo*, que ese año fundó David Peña para intervenir activamente en oposición al general Roca. Político y escritor de origen rosarino, nacido en 1865, Peña llamaba la atención por su insobornable idealismo, que lo llevó a acometer muchas empresas políticas e intelectuales, con gran esfuerzo y pobres resultados. En su periódico Becher realizó reportajes políticos y escribió artículos de actualidad.

El *Diario Nuevo*, cuya redacción regenteaba Alfredo Bianchi, tuvo un éxito que colaboró en la carrera de Emilio. Así fue como en el verano de 1905 pudo entrar en uno de los más conocidos periódicos porteños, *El País*, fundado por Carlos Pellegrini en 1900. Sostenía la línea disidente dentro del oficialismo, encarnada por su creador desde el rechazo del proyecto de unificación de la deuda pública.

Pero en tanto Becher se formaba como periodista en este agitado trajinar por las redacciones, conseguía desde 1903, a través de su colaboración mensual en una revista literaria, plasmar sus más elaborados y definitivos trabajos de este tiempo.

La revista *Ideas*

En ese año Ricardo Olivera y Manuel Gálvez habían fundado la revista *Ideas*, que fue hasta 1905 el órgano de expresión de las inquietudes ideológicas y artísticas de los jóvenes de la generación de Becher. Allí escribieron, entre otros, José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge y Alberto Rougés, en el campo del pensamiento social y filosófico; Ricardo Rojas, Ángel de Estrada, Alberto Gerchunoff y José León Pagano en las letras; los músicos Julián Aguirre y Alberto Williams y el pintor Martín Malharro.

14. Nota necrológica publicada en el periódico *El Oeste* el 27 de febrero de 1921, reproducida en *La Nación* del 6 de marzo de 1921.

El espíritu renovador de la publicación se puso de manifiesto también traduciendo y anticipando páginas desconocidas en el medio porteño de Oscar Wilde, Maurice Maeterlink y Leonidas Andreiev.

Emilio fue el encargado de la sección “Letras francesas”, tarea para la que parecía más que indicado, según el juicio del propio Gálvez:

Había leído casi todo lo que en la literatura francesa merece leerse. Desde Rabelais hasta Peladán los grandes nombres le eran familiares. Había penetrado a fondo en los escritores de fines del ochocientos, la mayoría de los cuales habían sido adeptos del decadentismo y del simbolismo.¹⁵

Desde las páginas de *Ideas*, Becher hizo conocer al público porteño algunos clásicos y modernos de la literatura gala. Las dos primeras entregas, aparecidas ambas en el primer número de la revista, de mayo de 1903, pusieron de relieve el talento crítico de Emilio, y clarificaron a la vez su posición ideológica, cuyo incipiente cambio se advertía desde octubre de 1902.

Se dedicó inicialmente a su muy admirado Émile Zola, y comentó el último de sus evangelios: *Verité*, según el cual “la opresión no es más que ignorancia, y el secreto de las emancipaciones está en la ciencia y en la verdad”.¹⁶ La misma tesis que Becher sostenía en su adolescencia. “Zola ha intentado”, dice, “presentar en este libro la batalla de la escuela laica contra la religiosa o, en un aspecto más alto, del positivismo contra la Iglesia, del método científico contra la fe”. Y añade que de la solución de este problema depende todo nuestro futuro destino mental.¹⁷

Pero Emilio no compartía ya enteramente la visión del novelista francés, que le parecía incompleta. Detectaba “una profunda corriente de ideas hacia el catolicismo, provocada por la bancarrota de la filosofía

15. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 81.

16. Reimpreso en *Diálogo...*, p. 33.

17. *Ibíd.*, p. 34.

positiva y el anhelo de una fe superior. Zola no ha querido o no ha podido ver esta faz del problema”.¹⁸

En el mismo número, al comentar *El oblato* del escritor católico Joris Karl Huysmans, reflexionaba sobre Durtal, su principal personaje, “un hiperestésico que, herido por las sensaciones demasiado brutales de la realidad, se refugia en su mundo interior. Exasperado por la grosería y la mediocridad de la época, «la inmundicia americana del siglo», se vuelve hacia la Edad Media que le ofrece el espectáculo de una emoción profunda, una fe total, un estado de permanente heroísmo, y sobre todo de un arte maravilloso, ingenuo y puro”.¹⁹

En el fondo, reflexionaba Becher, es *Verité* vista desde el otro lado. Y si encontraba probable que la visión de Zola fuera más justa y conforme a la esperanza humana, con el anhelo vehemente de las revoluciones, concluía en que “tal vez la verdad esté, aquí también, en el medio, como explica la vieja frase latina”.²⁰

Pocos años más y Emilio será mucho más parecido al Durtal de Huysmans que al Marcos de *Verité* de Zola. No es que se convirtiera al catolicismo, sino que, tal cual interpretó a Durtal, su fe no será, en realidad, más que “una manera de identificarse, de comunicar más profundamente con los creadores de la pintura primitiva, del canto gregoriano y de las catedrales góticas”; en suma, de rechazar la civilización moderna.²¹

Pero mientras comentaba con esta profundidad las cumbres de las modernas letras francesas, o disertaba con erudición sobre novelistas de primer plano como Paul Adam, o encantaba a los lectores hablando de Anatole France y Ernest Renan, Becher no olvidaba la literatura argentina. Uno de sus trabajos más brillantes fue el comentario a *La victoria del hombre*, el primer libro de su amigo Ricardo Rojas. El joven santiagueño había escrito un grueso tomo de poesías, lleno de entusiasmo y fervor panteístas, describiendo la lucha de la humanidad contra el mal y la muerte, conducida por los genios, los héroes y los santos.

18. *Ibíd.*, p. 35.

19. Reimpreso en *Diálogo...*, p. 37.

20. *Ibíd.*, p. 39.

21. *Ibíd.*, p. 38.

Emilio mostró su complacencia por el fondo y la forma de la obra, pero una vez más puso de manifiesto el cambio sufrido por su propio pensamiento, al preferir entre todas la poesía en que Rojas anuncia “la doctrina de la incurabilidad del Dolor y de la perpetuidad inevitable del Mal”.

Los hombres luchan y se agitan, y su marcha es sin término, y van con su hacha al cinto y con su esperanza, vencedores pero el Mal les tiene en su mano y no les soltará nunca. Por más que las razas progresen, su progreso resultará, en definitiva, un cambio de lugar, sin ventaja. Derribar los árboles espantosos, entrar en las marañas, cortar, abrir, parece un esfuerzo estéril y una fatiga sin utilidad. Y cuando pasan los héroes –Colón en su carabela, Moisés, Nemrod terrible, el Cid con su tizona–, el Eclesiastés mueve la cabeza como un hombre que ya sabe...²²

De este modo, con sus artículos de *Ideas*, Emilio daba los primeros pasos firmes en el camino de su crítica al optimismo fácil de la civilización del progreso, senda que había emprendido a fines de 1902, al descubrir la tragedia que el hombre pretende ocultar con una falsa sonrisa. En cartas dirigidas durante 1903 a su entrañable amigo Ortiz Grognet, hablaba con menos circunloquios de “la imbecilidad moderna, el fastidio y el dolor de vivir” y de “la decadencia de nuestra sensual y cobarde civilización”.²³

La sombra íntima

Su posición espiritual no estaba formada solo por un conjunto de ideas y principios abstractos. En un movimiento conjunto, toda su personalidad y su alma, que siempre fueron graves y concentradas, se hacían más sombrías y se orientaban hacia la búsqueda de la soledad y de la belleza desencarnada. El mundo de la mujer, tan esencial para un hombre que

22. Número de octubre de 1903, reimpresso en *Diálogo...*, p. 271.

23. Cartas a Ortiz Grognet, 15 de enero y 12 de febrero de 1903.

acababa de cumplir los veinte años, ocupó así un lugar muy particular en su vida. “Era de una castidad absoluta”, dice Manuel Gálvez. “No se le conoció aventura alguna, ni flirt, ni siquiera un ocasional contacto con una prójima cualquiera. Ni habló tampoco nunca de temas mujeriles, pecaminosos o no”.²⁴ Todos sus amigos coinciden en esta apreciación, pero uno de sus más íntimos, Joaquín de Vedia, habla enigmáticamente de “la mujer a quien amó, que nunca supo nada de eso, porque él no se creyó nunca digno de merecerla, ni capaz de conquistarla”.²⁵

En su vida existió, entonces, una mujer amada en silencio. En homenaje a ella Emilio escribiría más tarde:

Como si fuera hoy mismo me acuerdo de la mujer por quien el espectáculo del mundo adquirió a mis ojos un aspecto nuevo y magnífico. Tenía diez y seis años. Era de una belleza grave y pensativa. Sus cabellos rubios cobraban en algunos momentos reflejos metálicos. La boca se contraía un poco en un ligero mohín. Sus manos mostraban el ademán cándido y negligente de las manos que nunca se han crispado por la violencia del sufrimiento o del deseo. El ala del sombrero le envolvía la cara en una penumbra leve, suavizando hasta una delicadeza casi frágil la línea de su perfil. Cuando sonreía se le ahondaban dos hoyuelos en las mejillas. Sus ojos azules eran tan profundos que si por acaso me miraba, sentía mi corazón desbordante de felicidad y de dolor. Cada vez que yo pronunciaba su nombre, comprendía que la voz me temblaba como cuando se va a decir una palabra decisiva. No la he vuelto a ver desde entonces. Su imagen fue así afinándose con los años y tomándose más luminosa a medida que la sombra se hacía más espesa en mi alma. A ella le debo todo lo que en mi árida vida hubo de noble y

24. Manuel Gálvez, *Amigos...*, p. 81.

25. Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, *La Nación*, 18 de junio de 1922 (incluido también en *Como los vi yo*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922).

de poético. Su recuerdo me infunde a veces una vaga tristeza cuando cae la tarde y estoy solo.²⁶

En la tarde de su vida, Emilio estaría, por cierto, íntimamente solo, porque ya en su juventud había desechado una relación veraz y honda con la mujer. Es que era cruel en extremo la idea que se había hecho del sexo. Al comentar un libro de la escritora francesa Rachilde, en 1903, explicaba que “la noción del pecado apareció después que el Cristianismo prohibió y maldijo la obra de la carne. Entonces la lujuria se hizo tenebrosa y deforme, complicada por el terror religioso, exacerbada por el arrepentimiento, amargada por las lágrimas. Martirizado y perseguido, el instinto adquirió formas inesperadas y espantosas. Espasmo profundo, el horror se agregó a la voluptuosidad, la certidumbre de lo irreparable agravó la delicia de los abrazos, y fue seguramente la más vasta conquista del Catolicismo haber ensanchado el amor hasta las últimas fronteras del sufrimiento”.

”Hombres modernos, no hemos conseguido, no conseguiremos nunca anular este nuevo dolor. Nuestra voluptuosidad se distingue de la antigua por la mayor amplitud de su vibración y sus complicaciones espirituales. En el fondo de los amores menos platónicos existe una cantidad perceptible de alma, y en el mismo Don Juan, a pesar de la ostentación de su concupiscencia y su pomposo ateísmo, hay una especie de idealidad torturada y furiosa que pugna por aparecer.

”Los héroes de Rachilde solo interesan por este concepto religioso y espiritualista de la sexualidad, que hemos recibido del Catolicismo. No solo cometen el pecado sino que lo saben y en esta conciencia del mal reside la condición del pecado. Por una especie de lucidez superior ven y comprenden el vicio sin evitarlo. Una fatalidad misteriosa les doblega. Ya en la gloriosa época antigua las odas de Anacreonte y de Safo reconocieron, con divino impudor, las excelencias del amor antinatural. Pero lo que agrava, lo que hace espantoso el vicio de los modernos es el elemento satánico, la profundidad del dolor, el idealismo, la delectación

26. Emilio Becher, “Diálogo de las sombras”, publicado en *La Nación* el 3 de enero de 1909, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 22-23.

intelectual, la indestructible conciencia del pecado, o sea lo que podríamos llamar en conjunto, la perversidad”²⁷

En esta concepción fatalista y maniquea de lo sexual, se transparenta bien el mundo nórdico y protestante heredado por Emilio de su familia paterna, que lo llevaría a una temerosa desconfianza de los vínculos entre el hombre y la mujer, a pesar del carácter viril que lo distinguía.

Así, en enero de 1903 confiaba a Ortiz Grognet:

Tu partida me ha dejado en el desamparo más completo. Llevo una vida extraordinaria y mediocre, que Bouvard y Pécuchet hubieran aprobado. Vida privada, en el peor sentido de la palabra: no salgo a la calle, me siento a la tarde en el patio, me intereso por los árboles frutales (el porvenir de los ciruelos hostilizados por muchedumbre de bichos de cesto me inquieta)... ¡Ah!, si por desgracia fuera casado, sería irremisiblemente e indispensablemente un cornudo, con arreglo a lo que enseña nuestro querido Daudet!²⁸

Emilio, buen conocedor de la obra del autor de *Cartas desde mi molino*, sabía que el delicado prosista francés había mostrado en *Safo* el deterioro que los lazos amorosos obraban sobre los artistas. Antes que precipitarse en el mundo, tan real y peligroso, de la relación con la mujer, prefería quedarse con la belleza etérea de la imagen femenina, que deja entrever siempre a los ojos del hombre espiritual otros mundos preciosos a los que el alma aspira con nostalgia.

Su incapacidad para tolerar la opacidad de lo sexual, los estrechos límites de la mutua comprensión, la fragilidad del amor, impidió a Emilio volcar el rico contenido de su corazón en el de una mujer que lo comprendiera. No aceptaba la miseria de la existencia, que juzgaba “estúpida y cruel”.

27. Comentario al libro de Rachilde *L'imitation de la mort*, publicado en *Ideas*, octubre de 1903.

28. Carta a Ortiz Grognet, 3 de enero de 1903.

Pero si comenzaba a huir de la realidad, tenía en cambio, por entonces, gran entusiasmo por sus creaciones literarias. Sentía “unas ganas locas –una concupiscencia verdadera– por trabajar”.²⁹ Mientras ponía punto final a “Preguntas y respuestas sobre la muerte”, para una revista espírita española, comenzaba el borrador de “El dolor de ser joven”, un artículo cuya amargura despertó vivas polémicas, y que se publicó en la revista *Horizontes*. Concluía a la vez un cuento, “En la playa”, en el estilo de su admirado Rosny.

Proyectaba un breve ensayo sobre *La última evolución de Rubén Darío*, otro llamado *Los sufrimientos del mundo astral* y un audaz suelto sobre el “Rol mesiánico de Buenos Aires”.

Un mes más tarde se encontraba explorando la filosofía de Leopoldo Lugones y juntando datos sobre la organización de los premios en los colegios jesuitas, para escribir *Gloria ridícula*: “Esa señora que ofrece una corona de laurel y que ha caricaturado la vasta tentativa heroica, por la cual desde el principio de los tiempos, las almas mortales de los hombres aspiraron a crear, sobre el lodo del mundo, una obra eterna”.³⁰

Este desprecio de lo terrenal y esa aspiración a lo noble e incorruptible admiraba Emilio en el personaje en que por ese entonces centraba sus desvelos.

Todo el día de ayer he estado leyendo el *Quijote*. ¡Qué libro admirable, divino! Es la sexta vez que lo leo en mi vida, pero nunca me ha impresionado de una manera más profunda. Lo siento de un modo extraordinario y anormal. Veo el drama en todos sus detalles, adivino los más secretos motivos, los más imperceptibles. Si pudiera expresar, decir algo de eso, estaría contento. Mientras leo, tomo apuntes. Dentro de quince días habré concluido y empezaré a escribir. He decidido dejar a un lado los símbolos superficiales –el siglo XV, la raza española–: me voy directamente al carozo del símbolo, a la alegoría humana.

29. Carta a Ortiz Grognet, 12 de febrero de 1903.

30. Carta Ortiz Grognet, 12 de febrero de 1903.

Tomo a Don Quijote como el Idealista, y de aquí hago *découler* sus demás rasgos, el desprecio por la realidad, su valor sobrehumano, su esperanza indestructible, y su gran obra social de justicia y de fraternidad. Esto último me servirá para diferenciarlo del Dante, soñador puro, vidente celeste, mientras que Don Quijote es el idealismo aplicado a la humanidad. Pero ya verás después. Estoy contento; es un trabajo que me alegra, y en el cual me hundo para olvidarme –yo también– de la realidad que es estúpida y cruel.³¹

Y cinco días después repetía, con motivo de la lectura del Amadís de Gaula:

Estoy contento con este trabajo. Me siento en un mundo viejo y heroico, lejos de la imbecilidad moderna, del fastidio y del dolor de vivir. Olvidarse de sí mismo es el primer mandamiento para todo esfuerzo de felicidad.³²

A pesar de la mirada cada vez más sombría que echaba sobre el mundo, Emilio se esforzaba por crear una obra imperecedera, a imagen del señor Don Quijote de la Mancha. Sin embargo, esta esperanza y ambición de reflejar en sus escritos el ideal de belleza que veneraba en su interior duraría pocos meses.

Sus comentarios en *Ideas* habían obtenido una notable repercusión en los medios intelectuales porteños, pero a pesar de ello su espíritu crítico y su insaciable deseo de perfección hacían que en 1905 se juzgara de este modo: “Escritor soy, si se entiende por este vocablo el hombre que ama la belleza verbal sobre todas las cosas del mundo. Tal vez, dentro de diez o quince años, con mucho trabajo y mucho dolor, llegue a escribir cuatro o cinco páginas que valgan la pena de ser leídas. Pero por el momento no soy más que uno de tantos, uno de los tantos miles que hay,

31. Carta a Ortiz Grognet, 10 de enero de 1903.

32. Carta a Ortiz Grognet, 15 de enero de 1903.

un simple lector. No he escrito hasta ahora nada, ni dos líneas, ni una línea, ni media palabra, que valga absolutamente nada. Lo poquísimos que llevo publicado es simple tanteo de principiante. Lo de *Letras y Colores* y de *Ideas* es producción meramente periodística, y son los artículos que más odio y desprecio”.³³ Cuando le elogiaban estos trabajos, “no, no vale nada”, “es un pastiche”, “muy fácil de hacer”, eran sus respuestas, en las que no había modestia sino dolorosa sinceridad.³⁴

Nunca fue envuelto nuevamente por el entusiasmo vital y creador de 1903. Escribió páginas de una emocionante belleza; pero sin esperanza, sin alegría y casi por obligación. Dejó de componer las poesías que, habitadas por una música discreta y perfecta, había rimado desde su adolescencia. Su espíritu tuvo arranques vigorosos, pero una y otra vez había de abandonar el campo de batalla. La figura del Quijote, que tanto lo había impresionado en aquel año, le saldría nuevamente al encuentro a principios de 1905, cuando redactó el capítulo que le correspondía de una novela en colaboración que iba a publicarse en el *Diario Nuevo*. Su inimitable pluma trazó la figura de Hipólito Leroyer, nombre dado a la moderna versión del señor de la triste figura. “Conoció”, decía allí de su personaje, “esa tristeza solo sabida por quienes se ocupan de escribir y en la cual entran el dolor de una vanidad decepcionada y el sufrimiento, más noble, de no llevar hasta la realidad un ideal. Padebió visiblemente”.³⁵

Dibujaba así su propio ánimo, y continuaba:

Leroyer era el idealista para quien el mundo objetivo no existe sino como íntima representación. Las cosas externas se deformaban al pasar por su retina refractadas en formas extravagantes o caricaturales. Su inteligencia estaba en perpetua tensión, haciendo pasar delante de sus ojos el prestigioso miraje de las imaginaciones. Dramas espeluznantes o burlescos se iniciaban a cada instante en su conciencia, desalojados

33. Carta a Manuel Ugarte, mayo de 1905 (sin día). Archivo Manuel Ugarte, t. I de la Correspondencia.

34. Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 393.

35. “Leroyer y Chavarría”, p. 291.

en seguida por otros. Su inteligencia era rica en ideas: solo que carecía del poder de ordenarlas y de fijarlas, y su mente, en que las ideaciones se desmembraban y reconstruían sin cesar, parecía un interior de calidoscopio. Era como si Don Quijote se hubiese vuelto cuerdo a medias. Parecíase al noble caballero por la violencia del ensueño y la falta de perfección, pero carecía de esa unidad de espíritu y de esa perseverancia en el error que eran, en Don Quijote, como el equilibrio de su locura. Su alma se movía como una llama a la intemperie.³⁶

No era ya un Quijote arrojado y altivo, sino un caballero algo desesperanzado y vencido: he aquí la figura con que Becher se describía, en realidad, a sí mismo. Como el de Leroyer, su frágil espíritu avanzaría en la oscura noche ventosa, pasando por raros instantes de quietud y esplendor, hasta consumirse.

Por eso también temería cada vez más la soledad, sobre todo cuando se alejaba Ortiz Grognet, un hermano en quien descansaba su alma dolorida. “Sufrimiento agudo”, le escribía. “Tristeza de comprobar la ciudad vacía, dolor de separarse «cual la uña de la carne», como dice el Mío Cid. Los primeros días he estado desesperado; los días largos, interminablemente, porque salir del empleo más temprano me parecía irrisorio. No te puedes imaginar lo que es esto de estar solo”³⁷

Una y otra vez Emilio habló de la soledad, donde él encontraba los miedos y los fantasmas. Le era esencial la compañía de sus amigos, alegres y vitales, que le comunicarían sin duda, entre largas tiradas de deshilvanados pensamientos, bromas y carcajadas, algo del entusiasmo que con rapidez lo abandonaba.

36. *Ibid.*, pp. 295 y 296.

37. Carta a Ortiz Grognet, 29 de diciembre de 1903.

En la bohemia

Largas charlas nocturnas de Becher y sus amigos, de la Facultad, el periodismo y la revista *Ideas*, hicieron famosos varios sitios de la Buenos Aires de 1900. Es que la vida intelectual no solo se nutre de lecturas. En toda auténtica vocación de artista o pensador existe una ineludible necesidad de comunicación humana.

Para lograrla, la citada revista organizaba el 6 de junio de 1904 un banquete, con motivo de su primer aniversario. Allí estuvieron, entre otros, David Peña, Atilio Chiappori, Osvaldo Saavedra, Carlos Octavio Bunge, Roberto Payró, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Alberto Gerchunoff, Julián Aguirre, José Ingenieros, Juan Pablo Echagüe, Antonio Monteavaro y, por cierto, Emilio Becher, quien con sus comentarios sobre literatura francesa había conseguido una muy favorable acogida en los ambientes cultos de Buenos Aires.

El festín transcurrió entre los comentarios mordaces de los escritores en torno de sus obras, las críticas de Gerchunoff “afilado y más agresivo que una púa”, las cargantes burlas de José Ingenieros y la violenta sinceridad del temperamental Payró, que defendió con vigor su drama *Sobre las ruinas*, que *Ideas* había dado a conocer hacía poco.

A los postres, por iniciativa de Echagüe y Monteavaro, y a pesar de la oposición de David Peña, se efectuó una encuesta sobre la mencionada obra de Payró, que la compañía de los Podestá se había negado a representar. Las respuestas contuvieron palabras de elogio para la pieza y sugerencias sobre la creación de una compañía nacional de alta calidad para evitar frustraciones como la que acababa de ocurrir.

La contestación de Emilio expresaba que “la obra de Payró representó en nuestro teatro esta cosa inesperada y propia para aterrar a la plebe de los mediocres: una obra de «ideas». Que los hombres del Apolo o de la Comedia se hayan rehusado a representar para el público un drama de indiscutible belleza, parece lógico”³⁸

38. *Ideas*, vol. IV, p. 208.

Las opiniones vertidas, y en especial la de Becher, enfurecieron a los Podestá. Uno de ellos, Pepe, estuvo a punto de propinar una paliza al director de *Ideas*, Manuel Gálvez, cuando publicó el resultado de la encuesta.

Pocos días después Emilio relataba a Ortiz Grognet:

 Mi respuesta les ha llenado de estupefacción: no podían creer que hubiera un hombre tan ignorante. Y eso que me abstuve de redactarla de este modo, que es como lo había pensado: que los hombres del Apolo o de la Comedia, acostumbrados a venerar todo lo que sobresalga por el mérito de una excepcional idiocia, etcétera.³⁹

La comida transcurrió poblada de bromas y sarcasmos, y una imagen de su bullicioso clima ha sido rescatada por una fotografía que publicó la revista *Caras y Caretas*. Los vecinos de mesa de Emilio muestran su psicología en los gestos con que allí aparecen: el vital Gerchunoff, buscando el objetivo de la cámara con la vista por encima de las cabezas de sus vecinos, revela su ingenuo y espontáneo interés por dejar impresa su silueta; el seguro Payró, con sereno gesto, denuncia al autor maduro y profundo que ha comenzado ya a triunfar; en un ángulo, el atildado dandi Juan Pablo Echagüe, de enhiestos bigotazos, deja caer con intencionado descuido una onda sobre su frente y adopta una acabada pose de disimulada elegancia.

En medio de ellos aparece Becher, de veintidós años. Ya no es aquel adolescente ojeroso y flaco que llegó a Buenos Aires. Su amplio frente con pronunciadas sienas y un pequeño bigote rubio que se ha dejado poner en su rostro los primeros trazos de la hombría. Sus ojos, de un definido color azul, y su aire extranjero llaman la atención. La mirada baja, olvidando adrede la presencia de la cámara, la mano descansada suavemente sobre la mesa evidencian a un solitario en medio del bullicio. Su perfil sugiere también el complejo orgullo de quien se sabe distante de toda apariencia y encuentra en ello la suprema distinción. “Es un hombre

39. Posdata del 11 de junio de 1904 en carta a Ortiz Grognet, 9 de mayo de 1904.

que mira al cielo porque es azul, olvidándose que camina por una vereda sucia”, fue la impresión que Becher dejó en Gerchunoff aquella noche.

Pero si Emilio se encontraba lejano de sus vecinos de mesa, mucho más lo estaba de otro comensal que con sus titeos de mala calidad lo mortificaba y humillaba. Se trataba de José Ingenieros; nadie más distante que él del espíritu de Becher.

Era cinco años mayor y había venido muy niño a la Argentina desde Italia. Su talento vivaz y su enérgica voluntad le permitieron realizar con brillo sus estudios universitarios y alcanzar en poco tiempo cierta nombradía como médico y psiquiatra.

Superó así la modestia de su origen: su padre era un siciliano socialista y anticlerical, que lo formó en estas ideas, a pesar de lo cual el hijo mantuvo siempre un espíritu abierto, curioso, y sin duda desprejuiciado. Su éxito en la vida intelectual y en el ejercicio de su profesión no le hicieron perder la inseguridad y el recelo que le inspiraba todo aquello que, científica o socialmente, tuviera una solidez de la que él carecía.

Por eso sus grandes recursos eran la truculenta broma y la ironía cruel. Así empequeñecía y opacaba a los demás, a la vez que proyectaba la luz sobre sí mismo. Buenos ejemplos de sus llamativos gestos fueron la dedicatoria de su tesis universitaria al portero de la Facultad, sus arrebatos oratorios de proselitismo socialista y su no menos insólito anecdotario en torno a una supuesta sociedad secreta, La Siringa, causante de las burlas más siniestras y famosas de la Buenos Aires de esos días.

Este ligero toque superficial y mundano estaba presente hasta en sus obras más serias, que por ello eran tan atractivas, pero poco creadoras.

El reconcentrado y respetuoso Becher, de alta vida interior poco exteriorizada, algo tímido y muy poco jaranero, de una fineza espiritual que Ingenieros no poseía en absoluto, le atribuía a este en privado una siniestra moralidad y un carácter bufonesco y estúpido, mientras que en público se atrevía a afirmar:

Ningún dogma ha dado hasta ahora una dirección permanente a este espíritu inestable y ligero, brillante como una llama –y no menos movedido. Sabe contradecirse, acaso por ostentación más que por honradez, pero siempre con franqueza y

elegancia. Su incredulidad, tan superficial como es precaria su fe, se acomoda sin dificultades a esta continua mudanza, y como es maligno y sagaz sabe justificarse con argumentos abundantes. Tal carácter conviene poco a la severidad de las investigaciones científicas y es cierto que el doctor Ingenieros no es un hombre de ciencia –limitando esta afirmación a su verdadero alcance–.⁴⁰

Ingenieros acusó el golpe y defendió la seriedad de su obra, alegando que Emilio confundía su media hora de chanza diaria con la totalidad de su vida.⁴¹ No era así: Becher no podía soportar esa dosis de exhibicionismo que había en todo lo de Ingenieros, tan lejos de su carácter y de su consciente aristocracia espiritual que no precisaba exhibir blasones.

Pero esto no era un obstáculo para que Emilio gozara de la amistad y la buena conversación de sus otros amigos más extrovertidos. Su íntimo Emilio Ortiz Grognet alquilaba un cuartito en el hotel du Helder, de la calle Florida. Allí concurrían con habitualidad por las tardes Rojas, Chiappori, Gerchunoff, Gálvez, López Prieto, García Torres, Mario Bravo y otros. Becher disfrutaba entonces la charla en torno de las novedades literarias, y de los proyectos y ensayos que se leían a los demás, esperando ansiosamente ver el reflejo de la impresión causada.

Unos años después, evocando con nostalgia esas tardes, diría que “eran una hermosa y buena cosa. Era una especie de reunión literaria, y sin embargo, no tenía nada de pedantesco. Casi se podría decir, a la francesa, que ha sido, en Buenos Aires, *le dernier salon ou l'on cause*”.⁴²

Pero no era solo el recatado cuarto del Helder el punto de reunión de los periodistas y escritores de principios de siglo. También lo eran la pequeña sede de la revista *Ideas* y las de los diarios en que trabajaban, sin olvidar, por cierto, los bares y restaurantes en que por las noches se refugiaban para proseguir sus conversaciones diletantes.

40. *Diario Nuevo*, 22 de septiembre, p. 2.

41. “El otro Ingenieros”, *Diario Nuevo*, 23 de septiembre de 1904, p. 2.

42. Carta a Ortiz Grognet, sin fecha.

El sitio preferido era La Brasileña, de la calle Maipú. En su salón se reunían noche a noche personas de la más diversa catadura intelectual. Pasaban anarquistas que veneraban a Kropotkin, fanáticos de Wagner, algún discípulo de Nietzsche y también admiradores de las teorías de madame Blavatsky. En medio de este pintoresco ambiente, en el que se mezclaban los periodistas de oscuros diarios con cómicos teatrales de vulgar lenguaje y bohemios sin profesión conocida, Emilio se encontraba frecuentemente con sus grandes amigos. El infaltable concurrente a esas tenidas era Alberto Ghirardo, el ardiente poeta anarquista, “un terrible efebo, que como un Luzbel apareció”, según palabras de su amigo Rubén Darío, que lo admiraba. Otro lugar en que se encontraban los jóvenes intelectuales era el restaurante y cervecería Luzio, de San Martín y Bartolomé Mitre, acreditado por la calidad de su cocina y la fina cordialidad de su atención. Allí recalaba Emilio al dejar por las noches su tarea en *El Herald*o, y él mismo relató su encuentro con el poeta suizo Charles de Soussens, pintoresco y querido personaje, gran bebedor, ocurrente bohemio y, en ocasiones, magnífico poeta: “Anoche, a la salida del diario, cansado de esperar el tranway, entro a Luzio a tragar un chopp. Me siento. Una voz débil y moribunda, oigo que me llama: Becher, Becher! Dirijo, con la mirada, una investigación, y he aquí a de Soussens, todo desvencijado sobre una silla, delante de un doble ¡ay! vacío. Estaba de lo más mal que te puedes imaginar. La boca pastosa, no se le podía entender nada. Hablando de irse a Europa inmediatamente”.⁴³

Emilio admiraba algunas páginas de Soussens, y lo describió con tierna piedad y solo leve ironía, a pesar de su flaqueza, en un soneto donde lo llamaba así:

Pierrot escéptico y triste,
Constante amante de alguna
luna remota...⁴⁴

43. Carta a Ortiz Grognet, 5 de enero de 1904.

44. Lysandro Z. D. Galtier, *Carlos de Soussens y la bohemia porteña*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1973, p. 197.

Esta comprensiva actitud revela una de las cualidades más acusadas de Becher: la generosidad de su espíritu. Parco y pesimista para juzgarse a sí mismo, era todo lo contrario para con los demás. Con espontaneidad acudía con su elogio y su aliento al compañero novel que lograba una página bien redactada. Se empeñaba en el serio juicio crítico de la prosa del más ignorado periodista. Se apresuraba a escrutar el alma de los que recién conocía, y se deleitaba en las virtudes de los viejos amigos. Todos ellos fueron subyugados por la profunda bondad de Emilio.

Todo cuanto poseía, desde su dinero hasta su saber, desde su experiencia hasta su tiempo, se daba, se daba de continuo, sin restricciones, a cuantos parecieron necesitar de esto o aquello. Tenía la pasión del desprendimiento, sin que asomara nunca a sus labios, ni a sus gestos, esa indiscreción de la caridad que revela el fondo sensual de los dadivosos por cálculo.⁴⁵

De ahí que otro de sus amigos más íntimos, Alfredo López Prieto, en más de una ocasión, cuando en la tertulia nocturna del café de los Inmortales se mencionaba su nombre, no se recataba en decir: “Becher es la perfección”, e insinuaba que “su excelsitud no era de este mundo”.⁴⁶

Esta alabanza no venía de un espíritu complaciente. López Prieto, que había viajado en su adolescencia a Buenos Aires desde su Río Cuarto natal, era un muchacho pobre, de piel oscura, facciones finas pero inarmónicas y desordenado pelo negro y crespo. La marcada dificultad con que tropezó, a pesar de su talento, en el inicio de su carrera de periodista, agrió su carácter y le dio fama de hombre polémico y agresivo.

Con Emilio compartía el interés por las ideas filosóficas y la teosofía; ambos eran noctámbulos y conversadores y pasaron juntas largas horas de charla y reflexión, que no concluían sino hasta el amanecer. López Prieto tenía un gran respeto por Becher. Pero tal vez su temperamento

45. Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 393.

46. Vicente Martínez Cuitiño, *El café de los Inmortales*, Buenos Aires, Kraft, 1954, p. 158.

introvertido apreciaba en él, sobre todo, el impecable recogimiento de su personalidad interior.

Los banquetes de *Ideas*, el cuarto de Ortiz Grognet, la cervecería Luzio, el Aue's Keller, el café La Brasileña y las redacciones de diarios y revistas fueron los lugares donde resonaron las risas y charlas amistosas de estos jóvenes escritores y bohemios, a la par que fraguaban sus primeros trabajos. El tema de esas conversaciones estaba empapado de las principales inquietudes estéticas, sociales e ideológicas que conmovían a estos artistas y angustiaban a su tiempo.

En este grupo heterogéneo, disímil en sus caracteres e inclinaciones, existía de todos modos más de un elemento común, y uno de ellos, bien significativo, era el de abordar la tarea literaria como una vocación excluyente.

Manuel Ugarte tuvo la iniciativa de reunir en una pequeña antología las mejores páginas que hasta entonces habían publicado estos noveles escritores. La invitación que dirigió a Becher para que enviara sus trabajos motivó su reflexión sobre el valor literario e intelectual de sus amigos. “Lo único que hay es un grupo de jóvenes más o menos inteligentes, que aspiran a escribir”, decía en mayo de 1905. “Pero nada definitivo todavía, nada serio, nada durable, un poco porque son demasiado jóvenes aún, un poco porque el ambiente no se presta. No quiero decir con ello que este grupo de hombres que aún no ha llegado a los treinta años sea indigno de que se le tome en cuenta. Ninguna generación es más interesante que esta. Ninguna está más decididamente prendada del arte, ninguna ha aspirado con más exclusivo deseo a la obra puramente literaria, sin esas preocupaciones políticas que, entre nosotros, todo lo echan a perder. Venida después del movimiento simbolista (que en realidad fue un movimiento parnasiano) es visiblemente superior a la generación de los viejos que, fuera de algún talento indisciplinado y abrupto, no produjo más que pedantes sin genio y sin gracia. Nuestra generación es más inteligente, más estudiosa, venera mejor el arte, tiene una retórica infinitamente más amplia, un pensamiento más noble, un sentido crítico más desarrollado. Mirada en conjunto, vale, por cierto. Pero no hay que mirar a cada uno muy de cerca.”⁴⁷

47. Carta a Manuel Ugarte a Emilio Becher, mayo de 1905.

Sus miembros, salvo contadas excepciones, no habían adoptado un compromiso político. Su intención era mantenerse dentro de los límites del campo intelectual y esta circunstancia, unida a su corta edad, los colocaba en una posición de atentos y lúcidos jueces del mundo y la sociedad en que vivían.

Su cultura y hasta su instrucción diferían en grado y calidad. Los había grandes lectores, que dominaban las principales lenguas extranjeras, como Rojas y Becher, junto a los menos ilustrados, de improvisados conocimientos. Pero todos ellos leían con curiosa ansiedad a los autores que constituían la atracción del pensamiento de vanguardia en Europa, por su crítica a la sociedad industrial y a su dureza.

Émile Zola, Leonidas Andreiev, León Tolstoi y Henrik Ibsen, principalmente, orientaban su sensibilidad hacia la condena de las instituciones vigentes y la compasión por los débiles y desposeídos. Por este motivo participaban en mayor o menor grado del credo anarquista, ya fuera en su vertiente mística, inspirada por los autores rusos, o con una aproximación al socialismo.

Esta postura era una superación crítica del pensamiento evolucionista y confiado del siglo XIX, que habían encarnado los dirigentes argentinos del 80. Los autores europeos ya nombrados, junto a otros, habían iniciado ese enjuiciamiento en los últimos años de sus vidas, entablando así una relación con las nuevas inquietudes de su continente e inspirando a la distancia a los intelectuales argentinos que los leían.

En definitiva, este proceso a la sociedad contemporánea implicaba también una acusación a la ideología positiva y progresista que alentaba en sus entrañas. A estos jóvenes no satisfacían ya los simples postulados darwinianos que habían configurado el credo de sus padres. Y a la sombra de autores como Bergson, Maeterlink, Flammarion y muchos otros, estimulados por descubrimientos psíquicos y metapsíquicos, el ocultismo y el espiritismo, se lanzaban a la investigación estética de lo misterioso, lo no mensurable ni definible.

El estilo impuesto por el naturalismo, propio de una sociedad en transformación que precisa un espejo para rectificar sus errores, iba perdiendo sentido en la Buenos Aires de principios de siglo, rica y estable. Por el contrario, este estado social provocaba en quienes comenzaban a escribir

un deseo de encontrar nuevas posibilidades –que no podían nacer de la realidad– y que tenían necesariamente que ser fruto de la imaginación y de la renovación estética.

Es así como, a la vez que impugnaban en su totalidad la organización civil, buscaban nuevas orientaciones y cánones artísticos. A esto último ayudó de un modo principalísimo la presencia en Buenos Aires, durante varios años, nada menos que de Rubén Darío. Aquí gestó muchas de sus principales obras, que proyectaron al poeta y al movimiento modernista a la consagración.

Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Eugenio Díaz Romero, Carlos Becú, Manuel Ugarte, y tantos otros, sentaron definitivamente la vigencia de una estética en la cual se atribuye una importancia relevante al valor y la emoción que la imagen misma transmite, a la sugerencia de su sonido, a los matices de sus colores. Se vuelve a dar primacía al mundo de lo subjetivo y misterioso, apelando a imágenes exóticas o del pasado remoto y olvidando el reflejo de la realidad exterior y presente. Un reconocimiento, en definitiva, de los valores espirituales del ser humano.

Alrededor de estos temas giraban los largos diálogos que los miembros de esta generación mantenían en sus reuniones. Allí buscaban nuevas respuestas a las clásicas cuestiones de lo político y social, lo filosófico y lo estético. Es que la Argentina del primer lustro del siglo XX aparecía como una nación que había cumplido con éxito un programa ideológico, económico y cultural. Los beneficiarios de esta herencia podían darse el lujo de considerar como materialista y hasta grosero el bienestar conseguido por sus padres, y luchaban porque la satisfacción y el conformismo de una comunidad saciada no reemplazasen a la inquietud y el dinamismo creador. Las postrimerías de la segunda presidencia del general Roca, como un demorado crepúsculo, invitaba a la vez al sueño imaginativo y a la tarea de proyectar un nuevo día. Los jóvenes no tenían aún una respuesta a ese desafío. Fue Becher uno de los primeros en elaborarla, pero antes de meditar sobre ella conviene detenerse sobre su concreta posición política.

La hora de la política

Un crítico espectador

Emilio Becher, a partir de su llegada a Buenos Aires, se había ido encaminando con seriedad en la literatura. A ello habían contribuido sus amistades, su ingreso en el periodismo y, sobre todo, la posibilidad que para él representó escribir en la revista *Ideas*. Inmerso en el mundo de los narradores, ensayistas y poetas, no por eso dejaba de ver y enjuiciar la sociedad concreta en que vivía. Por el contrario, sus vastas lecturas y continuas reflexiones le permitían hacerlo con una perspectiva y una lucidez poco usuales.

Durante los años del Colegio Nacional, en Rosario, y aun después, manifestaba una ardorosa adhesión a la doctrina socialista; tenía esperanza en el porvenir de la humanidad. En octubre de 1902, expresó con desgarradora ingenuidad que había cambiado, que advertía la miserable tragedia del hombre tras su máscara sonriente y confiada. Y a mediados de 1903, los lectores de *Ideas*, que conocían sus comentarios de las obras de Zola y de Huysmans, reflexionaban con Becher que la verdad estaba, una vez más, en el medio: entre el fácil optimismo humano y la ardua y oscura fe en la trascendencia.

Hacia fines de ese año, y durante los dos siguientes, algunos acontecimientos, en apariencia banales, lo llevarían a ahondar su meditación y su crítica de lo político y social. La huelga estudiantil que afectó la Facultad donde estudiaba, desde diciembre de 1903 hasta fines de 1904, lo hizo

reflexionar sobre la comunidad universitaria, a la cual él mismo llamó “imagen directa y reducida de nuestra sociedad”¹

Y las elecciones nacionales de diputados y presidente, ocurridas ese último año, con la irrupción del socialismo en las bancas y el tejido de la intrincada trama que conduce a la selección de candidatos, provocó en Emilio juicios que, poco después, sustentarían una teoría más vasta y comprensiva.

Corrían los tiempos de la segunda presidencia de Julio A. Roca, una de cuyas características más significativas fue el tono renovador que se hizo sentir en casi todos los ámbitos de la administración nacional, gracias a un grupo de colaboradores sensiblemente más jóvenes, en general, que el presidente.

Felipe Yofre, Osvaldo Magnasco y Emilio Civit fueron las tres figuras que, desde sus carteras de Interior, Instrucción y Obras Públicas, representaron ese espíritu de cambio; pero este se acentuó aún más cuando Yofre fue sucedido por Joaquín V. González y el coronel Pablo Ricchieri se hizo cargo del Ministerio de Guerra.

En 1902 renunció Magnasco, y la cartera de Educación fue entregada por Roca al doctor Juan Ramón Fernández, el primero que estudió con profundidad un problema que los acontecimientos develarían como urgente: la reforma universitaria.

A pesar de su tirria por los códigos y los tratados, a Becher le parecía de suma importancia esta cuestión. “No hay que desdeñar los asuntos universitarios”, decía. “Son asuntos nacionales. La juventud que sale de la Facultad de Derecho es la futura generación argentina. Mientras estudia su programa está creando el porvenir de la nación.”²

Sus amigos participaban también de esta inquietud, especialmente aquellos que, como Gálvez, Rojas y Olivera, cursaban con él las asignaturas jurídicas. En la opinión de todos, la estructura misma de la enseñanza superior había llegado a un punto en que no podía sostenerse: “Nuestro sistema universitario está hecho de simulación y de mentira”, aseguraba

1. “Exámenes”, publicado en *La Nación*, 26 de marzo de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 165.

2. “Exámenes”, pp. 164 y 165.

Rojas, quien, castigando a la par a profesores y alumnos, calificaba a estos de “estudiantes escépticos, sin amor al orden ni al estudio, porque no tuvieron quien los edificara con su ejemplo”.³

La universidad argentina, como el país entero, había tenido un largo período de paz y expansión durante las dos décadas finales del siglo anterior. En 1885 era sancionada la ley proyectada por su rector, Nicolás Avellaneda, quien, a pesar de defenderla también como parlamentario, vio modificado en parte el texto original por la convincente y audaz oratoria del ministro de Instrucción Pública Eduardo Wilde.

La primera elección de rector, realizada según las pautas de la flamante ley, recayó sobre el doctor Leopoldo Basavilbaso, jurista y político de sólida reputación y vastos contactos. Gracias a su prestigio, pero también a la inercia, su rectorado se prolongó durante veinte pacíficos años, mientras la universidad, arrastrada por el crecimiento cultural, social y económico de toda la nación, veía sus aulas cada vez más colmadas por estudiantes, y sus estrados ocupados por maestros mejor preparados, en muchos casos en el extranjero.

Este progreso en apariencia espontáneo generó problemas políticos y culturales dentro del ámbito universitario. Ellos giraban alrededor de dos puntos clave: la calidad de la enseñanza y el sistema de gobierno. A los ojos de los críticos, ambos estaban íntimamente unidos.

Reclamaban pues una universidad donde la ciencia fuese impartida con seriedad, rigor y hondura, sin ese carácter algo aproximativo y ese propósito pragmático que había caracterizado a los hombres del 80 que guiaban la institución. Autorizadas voces, como las de los doctores Juan Ramón Fernández y José Nicolás Matienzo, solicitaban la creación de cátedras y laboratorios, o la profundización de las leyes comparadas, para evitar que las carreras de Medicina y Derecho, por ejemplo, se transformaran en meras escuelas de profesionales interesados solo en el lucro.

Todos atribuían a la inercia de su gobierno, que no vacilaban en calificar de oligárquico, que la universidad transmitiera nociones anquilosadas y superficiales.

3. “Crisis universitaria”, en *Cosmópolis*, París, Gamier, sin fecha, p. 124.

Ricardo Rojas, habitualmente medido, afirmaba con desenfado que “los profesores viejos perpetraban en amable oligarquía consagraciones póstumas de los compañeros desaparecidos; al par que en una suerte de vivero universitario preparaban a sus propios hijos para las cátedras futuras. Y después, nos creíamos con derecho para espantarnos cuando el resto de los doctores que se dispersaba por las catorce provincias, iba a servir desde las magistraturas judiciales los intereses de los nepotismos bastardos y de las opresiones políticas”⁴

No hacía más que reflejar el pensamiento de los jóvenes. Pero fue Juan Ramón Fernández, ministro de Roca, el primero en ahondar sobre las causas de la crisis que sufría la enseñanza superior. Prestigioso médico que había cursado sus estudios en la Argentina y perfeccionado sus conocimientos en Europa, era profesor y académico de la Facultad de Medicina cuando fue llamado al gabinete nacional.

Antes, este intelectual políticamente independiente había programado ya una reforma universitaria en un largo estudio publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, que dirigía Estanislao Zeballos. Allí señaló con agudeza y gran cúmulo de pruebas las causas del estancamiento de la alta enseñanza, cuando todavía ningún conflicto –como los que luego tuvo que afrontar desde el Ministerio– ponía de relieve ese problema.

Según Fernández, la raíz de los males se encontraba, en primer término, en la dependencia económica que la Universidad soportaba del Estado, que le impedía un gobierno autónomo y eficiente. Proponía como remedio las universidades libres, muy conformes al espíritu anglosajón que inspiraba también las ideas de Joaquín V. González. Pero en segundo lugar abordaba Fernández un tema más concreto y conflictivo cuando decía:

La forma federativa establecida por la Constitución Nacional existe solo en el concepto decorativo, puesto que en la capital se nombran a todos los gobernadores de provincia, a todos sus

4. *Ibíd.*, p. 124.

ministros, a todos los empleados importantes de la administración nacional –y ¡guay! de los que no estén conformes con el sistema, porque allá irá la intervención nacional para restablecer la forma republicana de gobierno.

En nuestra universidad de Buenos Aires, en pequeño, ha sucedido lo mismo; revelándose en sus hombres dirigentes las mismas tendencias de la oligarquía unitaria y centralista. Inmediatamente de promulgada la ley de 1885, los Estatutos dictados por el Consejo Superior y aprobados por el Poder Ejecutivo demostraron la tendencia absorbente del Consejo Superior en las atribuciones universitarias en perjuicio de las que correspondían a las facultades.⁵

El Consejo Superior, integrado por académicos vitalicios, se renovaba cada quince o veinte años, según demostró Fernández, y su accionar coartaba la libertad de las facultades, aun en aquellos actos que debían ser de su resorte exclusivo. Toda iniciativa de progreso era así muellemente diluida.

Esta ausencia de una robusta autoridad académica en cada Facultad se iba a poner de relieve en forma casi grotesca en la de Derecho, cuando en 1903 estalló la primera huelga universitaria.

La huelga en la Facultad de Derecho

Por ese entonces, Becher arrastraba con desgano sus estudios jurídicos, dedicando el más escaso tiempo posible a los tediosos textos, que pasaban por entre sus manos confundidos con las apetecidas obras literarias. Ese año había rendido la segunda parte de Derecho Comercial,

5. Primer artículo de Fernández, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año I, t. 1, septiembre de 1898, pp. 422-423.

en la cual obtuvo la calificación de “bueno”, y poco antes de concluir la jornada universitaria aprobó las complejas Finanzas con la nota mínima.⁶

Comenzaba el verano porteño, y Emilio no encontraba ya a sus amigos, quienes viajaban hacia la estancia paterna o a las localidades veraniegas. “Buenos Aires está completamente muerto. La calle Florida, desierta”, comentaba, a la vez que decía a su entrañable Ortiz Grognet el júbilo que le provocaba recibir sus noticias, comparable al que podría sentir un beduino, que cegado por la arena y el sol, seco de sed, moribundo, encontrara, en medio del Sahara o de la Arabia Pétreo, un Restaurant”.⁷

El agua refrescante venía, como siempre, del manantial de las letras, y el beber la poesía de los primitivos españoles le hacía delirar por esos días, según sus propias palabras. La vieja canción mística sobre el Hombre-Dios y el pequeño poema de Alonso de Proaza en loor de Santa Catalina de Siena eran gustados por Emilio “como un vino antiguo, a sorbos, y entornando los ojos –midiendo la delicia”.⁸

Esta devoción por la lírica ingenua y teológica del Medioevo era una constante en él, que reflejaba su admiración por aquellos artistas escondidos que modelaron con fervor y delicadeza la materia terrena, en humilde homenaje a su Señor. Su gesto de silencioso tributo, que olvidaba toda expectativa de gloria y era capaz de crear una belleza inocente, hería la sensibilidad de este hombre que, a su vez, abominaba del triunfo y del vano lucimiento.

Al mismo tiempo, Emilio sabía apreciar el “espantoso y admirable” *Crimen y castigo*, del genial Dostoievsky, que acababa de leer, y lo acercaba, a través del inquietante Raskolnikov, a las torturas del hombre moderno.

Este mundo seductor lo enajenaba de los importantes sucesos cotidianos, y en particular del conflicto que hacia fines del año había estallado en su casa de estudios. Allí, en noviembre de 1903, la autoridad académica había quitado el carácter de regulares a los exámenes que se rendían

6. Legajo 22 de 1899, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

7. Cartas a Ortiz Grognet del 20 y 26 de diciembre de 1903, respectivamente.

8. Carta a Ortiz Grognet, 21 de diciembre de 1903.

en marzo, con lo que privaba a los estudiantes de una oportunidad más para aprobar sus materias. Estos reclamaron en varias oportunidades la derogación de la medida, y la academia denegó la petición otras tantas veces, sin fundarlo.

Los alumnos recurrieron al Consejo Superior Universitario, que dirimió el pleito a su favor. Esta resolución desautorizaba a la academia y demostraba que era correcto el diagnóstico que años atrás había anticipado el ministro Fernández sobre su falta de autoridad.

A raíz de la decisión del Consejo, el 7 de diciembre de 1903 renunciaron varios académicos, dejando sin quórum al organismo, y a la vez amenazaron con hacerlo un grupo de profesores.⁹ Estas dimisiones pusieron a la vista un problema que subyacía a las anécdotas: el de la reforma universitaria.

El grupo que se retiraba –los doctores David de Tezanos Pinto, Antonio Bermejo, José María Rosa, Calixto de la Torre, Juan A. Bibiloni, Emilio Giménez Zapiola y Victorino de la Plaza– estaba integrado, salvo excepciones, por hombres que carecían de un estrecho compromiso con la política roquista. Veía conveniente y sin temor la realización de un meditado cambio en la universidad, a pesar de la cómoda situación de que gozaban dentro de la clase dirigente, que su sitial en la academia ponía bien de manifiesto.

Por el contrario, los doctores Manuel Obarrio, Benjamín Victorica, Wenceslao Escalante, Baldomero Llerena, José E. Uriburu, José A. Terry y Joaquín V. González, que permanecieron a pesar del desaire del Consejo, estaban en su mayoría vinculados de modo directo al gobierno nacional

9. Entre ellos se destacaba Juan Antonio Bibiloni. Este conocido jurista tenía solo cuarenta y tres años y un gran prestigio intelectual, cuando a raíz de estos acontecimientos renunció a su cátedra y a su sitial en la academia. Poco tiempo después fue homenajeado por sus exdiscípulos y allí expuso cómo la Universidad de Buenos Aires, al haber sido creada solo como un conjunto de escuelas para formar profesionales, sin interesarse por la ciencia pura, no había progresado a la par del país. A fin de otorgar al gobierno de la Facultad de Derecho la elasticidad necesaria para remozarla, sugería que su academia fuera integrada no solo por los profesores –como lo proponía Fernández– sino también por personas de valer ajenas a la enseñanza. A la vez señalaba los beneficios de la autonomía de cada Facultad (*Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 17, enero de 1904, p. 419 ss.).

o, por sus largos años de permanencia en la academia, se encontraban profundamente arraigados en esta institución.

Recibían entonces con desgano las iniciativas de transformación y en particular aquellas que nacían al impulso de una rebelión estudiantil. Y no querían favorecer con sus renuncias la caducidad de las autoridades universitarias y la consiguiente intervención gubernamental.

A todo esto, el decano Juan Carballido, abogado de extracción mi-trista, participaba de las ideas de los renunciantes, en cuanto no se oponía a una prudente enmienda en el gobierno universitario. Pero la necesidad de mantener el orden en la antigua casa de la calle Moreno lo obligó a manifestarse públicamente en tono irónico sobre ellos, a quienes enrostró haberlo “dejado en la estacada”, a pesar de ser también responsable de lo que ocurría.¹⁰

La negativa de los académicos renunciantes a volver a su función determinó la airada renuncia del resentido decano. En su reemplazo fue designado interinamente el destacado comercialista Manuel Obarrio, cuya figura patriarcal era, entre las del grupo antirreformista, la que mejor podía facilitar el diálogo con los enfervorizados estudiantes. Tenía la misión de obtener el restablecimiento del quórum académico.¹¹

Entretanto, el ministro Juan Ramón Fernández trataba de encauzar este movimiento hacia el logro de la reforma que desde hacía tantos años patrocinaba. Con este fin pronunció un sonado discurso en la Universidad de Córdoba, en el cual explicó que, en su sentir, los académicos vitalicios habían ido desvinculándose de profesores y alumnos, “constituyendo por la fatalidad de los hechos y de sus consecuencias una oligarquía universitaria”. Proponía que las academias estuvieran constituidas por todos los profesores, y que delegaran su función de gobierno en un

10. *La Prensa*, 8 de diciembre de 1903, p. 6.

11. Este destacado comentarista del Código de Comercio fue retratado por Manuel Gálvez en *El mal metafísico* como “un viejito de grandes bigotes canosos, muy respetado por los muchachos”, y Carlos Ibarguren habló del entrañable afecto que les infundía la suave mansedumbre de su alma. Esta característica no impidió a Obarrio, que había sido ya decano por varios años, mantenerse firmemente en una posición antirreformista.

consejo renovable, lo cual vigorizaría el rigor científico de aquellas instituciones y agilizaría la conducción de las facultades.¹²

Pero el gabinete del general Roca se opuso al programa del ministro, arguyendo que la reforma era una tarea propia de la Universidad y no del Estado. Es que los criterios antagónicos que dividían a la academia alentaban también en las más altas esferas. Y esta decisión impidió que se solucionara el conflicto, que traería sus primeras graves consecuencias en marzo de 1904, en que debían tomarse exámenes.

En esa ocasión, cuando los doctores Mario Casarino y Emilio Giménez Zapiola, a pesar de la tensa atmósfera que se respiraba, se encaminaron a abrir la mesa de procedimientos, los estudiantes, con silbatinas, golpes y gritos favorables a la reforma, obligaron al doctor Obarrio a suspender las pruebas.

Becher, con su actitud habitual, se encontraba distante de estos acontecimientos. Pocos días antes, cuando el estallido era más que previsible, escribía: “De la Facultad, que Dios parta con su rayo, no hay noticias. Pero no te alegres demasiado: aún vive. En estos días debe saberse la fecha de los exámenes”.¹³

Mientras tanto, pasaba horas agitadas en la redacción de *El Herald*, que matizaba con la lectura de una atractiva biografía del simbolista francés Villiers de l’Isle Adam, y una no menos singular descripción de la casa y la mujer de Charles Baudelaire.

Pero el 14 de marzo llegó justo a tiempo a la Facultad para enterarse de los graves desórdenes producidos, y de la desventura del doctor Giménez Zapiola que, agredido por los estudiantes, “lloraba y tenía un puño de hierro en la mano”. Luego, al conocer la decisión de algunos de sus condiscípulos, comentó con desprecio: “Los imbéciles van a formar un Centro”.¹⁴

Este estilo de agresiva ironía era el que Emilio usaba para referirse a todo aquello relacionado con los estudios jurídicos que mal llevaba. Para

12. *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1903.

13. Carta a Ortiz Grognet, 18 de febrero de 1904.

14. Carta a Ortiz Grognet, 4 de abril de 1904.

él “todos los abogados eran muy bestias y había que darles en el mate siempre que se pudiera”.¹⁵ Con esta dura expresión ponía de manifiesto su rebeldía a aceptar que el título de doctor fuera de por sí una señal de inteligencia o de amor al saber. Algún tiempo después reflexionaba con más calma que “nuestra admiración por el diploma es inmensa. Ni los grandes se libran de este verdadero vicio social. Faltos del prestigio que pudiera proporcionarles una genealogía histórica o una evidente superioridad personal, los miembros de nuestra clase dirigente realzan, con títulos diversos, la insignificancia demasiado visible de sus espíritus”.¹⁶

Emilio, al igual que su amigo Ricardo Rojas, entendía que la evolución del país había hecho antes necesario el predominio de la casta de doctores, que sustituyó al ciclo heroico de los caudillos y generales. Pero que en ese momento la nación exigía “hombres más aptos para las actividades superiores del arte y de la ciencia”.¹⁷

El poder de los togados era ya despótico e inútil. Se sustentaba en el instinto popular, que “no concibe que se pueda ser más sabio ni más elocuente que los otros sin un documento que sancione tan singulares ventajas”.¹⁸ Por eso, adelantándose varios años a muchos conservadores que atribuirían el doctorado del caudillo radical Hipólito Yrigoyen a una invención de sus seguidores, expresaba: “Que un hombre se distinga como funcionario de la República o aspire al sufragio de los electores, careciendo del título indispensable, y pronto la costumbre se lo otorgará”.¹⁹

La plebe admira al doctor, concluía Becher, y “los doctores se acomodan fácilmente a un estado de cosas propio para su bienestar. Asisten sin modestia excesiva a la creencia supersticiosa que afirma su excelitud de privilegiados. Declaran excelente una organización social que pone los honores supremos al alcance de cuantos tengan la capacidad, poco

15. Carta a Ortiz Grognet, 15 de abril de 1904.

16. “La oligarquía universitaria”, publicado en *La Nación*, 5 de abril de 1908, reimpresso en *Diálogo*, p. 167.

17. *Ibíd.*, p. 172. Véase Ricardo Rojas, *La crisis universitaria*, pp. 122 y 123.

18. “La oligarquía universitaria”, p. 169.

19. “La oligarquía universitaria”, p. 169.

asombrosa, de adquirir un número corto y limitado de conocimientos profesionales”.²⁰

“Sobre la ignorancia del vulgo se alza la tiranía de los diplomados, mediocres que necesitan realzarse con la elegancia de los uniformes. Es nuestra incipiente cultura la que permite este rastacuerismo nacional que nos entrega a la ironía de los pueblos más civilizados”: con este duro juicio rubricaba Emilio un análisis que excedía el marco universitario, para internarse en el de los criterios que rigen la selección de los gobernantes. Y en este campo apenas esbozó, en ese momento, su opinión sobre la ineptitud del pueblo para dar con los mejores: “Sería triste confesarnos en la víspera del Centenario que después de un siglo de guerras y de constituciones no hemos salido aún de la era fetichista y que nuestra mentalidad nos identifica a los pueblos salvajes, prendados de uniformes vistosos y de títulos vanos”, se quejaba.²¹ No sería el último ni el más grave lamento de Becher.

Pero cuando se produjo el alboroto del 14 de marzo de 1904 y se suspendieron los exámenes, Emilio no tenía las ideas tan claras todavía. Ninguno de sus condiscípulos estaba en mejores condiciones. Uno de ellos, Adolfo Bioy, cuenta cómo él y un grupo de sus amigos, ese día, se convencieron de “la profunda razón que acompañaba al ánimo de los protestantes”, y ahí nomás quedaron convertidos en huelguistas. “No tuvimos dudas de que la autoridad moral de aquellos viejos y, hasta entonces, respetados maestros, estaba relajada. ¿Por qué? No nos lo preguntamos. La rebeldía estaba en nosotros, latente y siempre dispuesta”.²²

20. *Ibíd.*, pp. 169-170.

21. *Ibíd.*, p. 172.

22. *Años de mocedad: recuerdos*, Buenos Aires, Nuevo Cabildo, 1963, pp. 87-88. Entre estos compañeros de Bioy –descendiente de una familia de ricos estancieros enclavados en lo más selecto de la sociedad porteña– se encontraban Ángel Sánchez Elía –hijo del poderoso hacendado Ignacio Sánchez, íntimo del general Roca–, los hermanos Juan Ramón y Rafael Mantilla –cuyo padre era el senador y destacado historiador correntino Manuel Florencio– y también Adolfo Dávila (h.), vástago del senador riojano de igual nombre, que era editorialista del diario *La Prensa*, favorable a los huelguistas. La posición social de estos jóvenes da una idea de la ambigüedad del movimiento que, junto con otros, encabezaron.

Esta revuelta de los muchachos universitarios encontraba su origen, en definitiva, en el estado deficiente de las facultades. Y hallaba comprensión en algunos altos funcionarios del mismo gobierno, encabezados por el ministro de Instrucción Pública, quien los recibió de manera alentadora, pensando que los desórdenes favorecían la implantación de la reforma que había minuciosamente programado.²³

Los huelguistas, libres ya de temor, decidieron la formación de un centro universitario, aquel al que se había referido despectivamente Becher. Su comisión directiva estuvo integrada por los jefes del movimiento. Casi todos tuvieron actuación relevante en su madurez y gran parte de ellos eran hijos de familias de la clase superior.²⁴

Es que algunos sectores de la alta sociedad porteña nunca dejaron de abrigar un matizado rencor contra aquel exitoso general tucumano que en las jornadas del 80 se hizo con el poder en Buenos Aires y su campaña. Aun cuando muchos jóvenes brillantes del autonomismo de aquellos días acompañaron a Roca en su ascenso político, el mayor prestigio intelectual, que era otorgado por los medios universitarios y los grandes órganos de prensa, permaneció en manos de hombres que adherían a la oposición dentro del régimen.

El diario *La Prensa* –tradicional adversario del roquismo– estimulaba desde sus columnas a los huelguistas y prestaba sus salones para que organizaran sus exaltadas reuniones. E incluso llegó a decir, en afirmación por cierto exagerada, que “no es contra determinados hombres que están los estudiantes en la Facultad, sino contra la representación de un régimen que consideran vetusto y desprestigiado completamente y que ha evidenciado su poca estabilidad al revelarse en el actual conflicto universitario.”²⁵

23. El Consejo Superior acusó al ministro de instigar la huelga por medio de un funcionario de su cartera, el doctor Samuel de Madrid, quien fue expulsado de la cátedra que dictaba en la Facultad de Medicina.

24. La comisión directiva estaba integrada por Juan José Britos, Luis Pascarella, Enrique Urien, Eduardo Clerici, Héctor Lafaille, Humberto Di Ció, Alfredo Torres, Ángel Sánchez Elía, Juan E. Solá, Juan R. Mantilla, Eduardo Rossi, Salvador Oría, Adolfo Bioy, Jorge Artayeta, Adolfo Dávila (h.), Alberto Zavalía Guzmán, Pedro E. Pico y Carlos Zeballos.

25. *La Prensa*, 31 de agosto de 1904, p. 4.

A fines de marzo de 1904 el Consejo Superior cerró la Facultad de Derecho; la academia procuró delegar en dicho organismo la solución del problema, y este a su vez solicitó la intervención del Poder Ejecutivo. Pero el ministro Fernández eludió inmiscuirse en una institución cuya caída podía pronosticarse con facilidad. Él no deseaba salvar la academia sino reformar la universidad, y con este fin envió al Congreso un proyecto que no fue tratado. Renunció entonces, en mayo de 1904, y lo reemplazó interinamente Joaquín V. González.

En tanto, desalentado por la esterilidad de su gestión, el decano Obarrío era sustituido por el doctor Victorica, mientras los estudiantes se dividían en dos bandos. Uno, constituido en su mayoría por provincianos venidos para cursar sus estudios, temía perder el año entero sin dar ninguna materia y proponía acercarse a las mesas examinadoras que se constituirían en septiembre. El otro quería utilizar la falta de pruebas para forzar la ansiada reforma. El mismo centro de estudiantes sufrió las significativas deserciones de aquellos que abandonaban las posiciones extremas.²⁶

De las dos tendencias opuestas, el ala que conducía hacia las actitudes drásticas fue la que dominó el ambiente juvenil al promediar septiembre, cuando se reabrieron las mesas. A pesar de la custodia dada por la policía, el intento de recibir las pruebas por parte de las autoridades de la Facultad se frustró, al estallar un grave incidente provocado por los alumnos. El tribunal de Derecho Romano, presidido por el doctor Raymundo Wilmart, fue interrumpido por el estampido de varias bombas de estruendo y el disparo de un revólver. Esta última detonación fue la señal para que los revoltosos que se hallaban fuera de la casa violentaran las puertas e irrumpieran en las clases donde se estaba tomando examen.

26. Abandonaron el centro Lafaille, Rico y Di Ció. En una carta dirigida al diario *La Prensa* por los estudiantes Juan E. Solá y Juan R. Mantilla, publicada el 15 de septiembre de 1904, explicaban que el movimiento había resistido los exámenes para crear una situación grave que hiciera imposible a los poderes públicos eludir la obligación de dictar nuevas normas a la universidad. Pero que la indiferencia del gobierno transformó el conflicto en una lucha y un sacrificio estériles.

Pasaron en rápido tropel, causando todo tipo de destrozos, y no se detuvieron hasta invadir la sala de profesores. El decano Victorica, impotente para detener a los manifestantes, debió refugiarse en la biblioteca que se hallaba a los fondos del edificio, para sustraerse a las iras de la algarada juvenil. La policía jugó un papel equívoco, que después daría lugar a reclamaciones, pues trató de permanecer al margen de los hechos, evitando en lo posible reprimir la agitación de los estudiantes.

La sensación de impunidad adquirida durante los pasados meses había dado valor a los huelguistas para realizar actos de tan marcada violencia. Eran alentados, además, por importantes sectores de la opinión, que desde la prensa, el Parlamento y la misma administración nacional les prestaban un apoyo más o menos discreto, con la intención de atacar de este modo por elevación al gobierno de Roca.

Los jóvenes se creyeron auténticos protagonistas, sin ver el papel de codiciados instrumentos que ocupaban en un escenario más amplio que el de la universidad. Y, así, no se contentaron con los tumultos provocados en la Facultad, sino que recorrieron calles del centro de la ciudad en manifestación, exhibiendo como trofeo carpetas, bolilleros y mapas, viviendo a la reforma y denostando a las autoridades académicas.

Con estos acontecimientos, la agitación que rodeaba a la huelga alcanzó su momento de mayor violencia e impacto sobre la opinión pública. Pero también a partir de ese instante, este clima febril iba a quitar al movimiento los apoyos que tenía. Quienes lo habían acompañado hasta allí no podían seguirlo en el camino de un irresponsable uso de la fuerza. El gobierno, hasta entonces tolerante y comprensivo, se vio obligado a asumir una actitud enérgica y a mostrar la terminante voluntad de no acceder, en esas circunstancias, al remozamiento de la enseñanza superior.

Becher y sus amigos, que carecían de concretos objetivos políticos, coincidían en su juicio acre y negativo sobre la situación universitaria, pero a la vez censuraban la violencia sin atenuaciones.

Manuel Gálvez, ese ordenado y práctico muchacho a quien la huelga cortó una disciplinada seguidilla de exámenes aprobados, había condenado “el espíritu viejo –conservador y estúpido– de una facultad desprestigiada donde al regir de un sistema vetusto, casi medioeval, no se enseña la ciencia sociológica y se cree todavía! en el derecho natural”. Sin

embargo, en septiembre juzgó mal que la “protesta valiente y decidida” de sus condiscípulos “se exteriorizase en saqueo y exterminio”, aunque reconoció que eran los únicos medios eficaces.²⁷

Rojas, menos apasionado todavía, comparaba a los amotinados de derecho con la montonera primitiva y falta de objetivos claros. No los fulminaba, sin embargo: “La misma forma anárquica y salvaje en que la crisis se manifiesta”, decía, “prueba que los profesores han perdido la autoridad y las academias el prestigio; que los alumnos carecen de estímulos, y que las casas donde completaban su preparación profesional no supieron ni instruirlos ni educarlos, ni crear en su seno una familia espiritual, ni vincularse por ninguna influencia a la sociedad donde vivían”.²⁸

Emilio, por su parte, veía la huelga como un espectáculo, “el más curioso e interesante de los últimos diez años”.²⁹ Esta efímera representación, protagonizada por la cerrada oligarquía reacia a todo cambio, los sectores gubernamentales progresistas y la oposición política, en una pugna en que utilizaban a la violenta masa estudiantil con el premeditado fin de derrotar a sus adversarios, provocaba en Becher reflexiones más duraderas: para él la nación entera estaba simbolizada en aquel cuadro.

Toda la evolución política del país, decía, se reprodujo en aquellos cuatro meses de asambleas ruidosas. Asistíase cada noche al fenómeno renovado de la aparición de los caudillajes, de la evolución de los partidos, de la caída de los gobiernos, de la discusión de los principios. Un grupo entretanto promovió una expedición armada, idéntica a cualquiera de las revoluciones de provincia, mientras los doctrinarios disputaban sobre confusas teorías. Durante semanas se tuvo a la vista una parodia viviente y animada de nuestra república federal antes de las presidencias constitucionales.³⁰

27. *Ideas*, agosto de 1904, pp. 425 y 428; septiembre de 1904, p. 117.

28. Ricardo Rojas, *La crisis universitaria*, p. 122.

29. “Exámenes”, p. 165.

30. Ídem.

¿Qué conclusión sacaba Emilio de este suceso que había vivido y que lo obligó a meditar críticamente sobre sus ideas políticas?: “Fue un ensayo breve, pero decisivo, de la imposibilidad del gobierno democrático en naciones turbulentas y movedizas”³¹

Eran las primeras palabras dirigidas contra un sistema de gobierno al que luego definiría y juzgaría de manera más acabada. La huelga universitaria le hizo entrever, quizá por vez primera, la que sería, en definitiva, su doctrina política.

Mientras tanto, en el Congreso, otras voces más comprometidas pero con mejor experiencia reflexionaban también sobre los acontecimientos. En los debates que, en diferentes sesiones, se trató de la revuelta universitaria, tuvieron oportunidad de mostrarse los diversos y complejos matices en que se dividía la clase dirigente de ese entonces.

Al día siguiente de los sucesos de septiembre, mientras los jóvenes se reunían en la plaza Lorea, los diputados se ocuparon del problema estudiantil. La postura más intransigente fue sostenida por el roquista Belisario Roldán, quien presentó un proyecto, por el cual la Cámara se negaría a estudiar los planes de reforma universitaria en tanto no se regularizara la situación en la Facultad de Derecho. El ánimo de la iniciativa era poner claro que las autoridades de ningún modo iban a ceder a la amenaza de la violencia del alumnado. Pero Roldán aprovechó también su intervención para desestimar la seriedad de las convicciones estudiantiles, calificando al movimiento de “agitación ficticia”, realizada por universitarios “*in nomine*” y atribuyendo por último a “la holganza” el origen de esa “chirinada”.

Los pellegrinistas Rufino Varela Ortiz y Manuel Carlés replicaron al diputado oficialista, dando una versión más rica de los acontecimientos que, sin justificar los desórdenes, intentaba una defensa de las reclamaciones juveniles. “Por un lado”, exclamaba Carlés, “está la realización de las tendencias científicas nuevas, que exigen los estudiantes; por el otro, una universidad, que a pesar de vivir en un siglo de reformas avanzadas, siempre ha mirado hacia el pasado”.

31. Ídem.

Por un lado se aperciben estudiantes anhelosos de nuevas enseñanzas; por otro se encuentran profesores sinceros, buenos padres de familia, correctos caballeros, muy respetables como particulares, pero que son hombres que no han estado a la altura de la intelectualidad presente del talento nacional. Creo que antes de resolver una moción que encierra una reprobación estudiantil, es necesario que estudiemos el motivo que haya para este supuesta estigma.³²

Para replicar las agudas expresiones de Carlés el gobierno contó con una voz de especial autoridad en los temas educacionales: Alejandro Carbó afirmó una vez más la voluntad de no rendirse a la arrogancia de los huelguistas. Finalmente, aun cuando en el recinto se leyó un petitório que una delegación de estos había hecho llegar, se aprobó la moción del diputado Roldán.³³

De todos modos, los opositores consiguieron que se llamara a informar sobre los sucesos al ministro de Instrucción Pública. Transcurrió una semana hasta que se llevó a cabo la interpelación. En el ínterin el Consejo Universitario y la academia, luego de repudiar enérgicamente los desórdenes, se resolvieron a tomar medidas drásticas contra los dirigentes del movimiento, y el 21 de septiembre se expulsó por un año a trece estudiantes de los más comprometidos.³⁴

32. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1904, t. 2, pp. 263 y 284.

33. El mencionado petitório decía: "Que sean: a) tenidas en cuenta nuestras aspiraciones al discutirse la ley de reforma universitaria, estableciendo la autonomía de la Facultad de Derecho; b) que sea tratada a la brevedad posible la citada ley, pues ella es el único medio de solucionar el conflicto actual; c) la erección de mesas provisorias a objeto de recibir exámenes para normalizar nuestros interrumpidos estudios" (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1904, t. 2, p. 271).

34. Los expulsados eran Adolfo Dávila (h.), Enrique Jorge, Ángel Sánchez Elía, Adolfo Bioy, Pablo Grandjean, Leopoldo Larco, Salvador Oría, Horacio Casadó, Jorge Artayeta, Antonio de la Vega, Julio Méndez, Salvador Boucau y Ernesto L. Odena. De todos modos, los revoltosos conservaban la simpatía del diario *La Prensa*, que en un editorial sostuvo: "Es absolutamente falso suponer que el asunto se reduce a un alboroto promovido por un grupo de estudiantes malos o buenos que rehúyen la prueba de los exámenes. Se trata de una cosa mucho más importante, reclamada por la opinión ilustrada de todo el país: de la reforma fundamental de las instituciones universitarias, hoy en plena

Días después se hizo presente en el Congreso el ministro interino de Instrucción, Joaquín V. González. La Cámara de Diputados trataba un proyecto de ley originado en el Senado, por el cual el Poder Ejecutivo quedaría autorizado a tomar las medidas necesarias para la realización de los exámenes pendientes en 1904 y ocuparse de la reapertura de la Facultad de Derecho en 1905.

Los diputados más adictos al gobierno, de espíritu conservador y vinculados de algún modo a las academias universitarias, se opusieron a su sanción, pues temían la influencia reformadora de las personalidades progresistas que tenían en sus manos la rama educativa de la administración. Por ese motivo la mayoría parlamentaria, más rígida que el propio Ejecutivo, rechazó el proyecto, creyendo preservar así la universidad de un presuroso y aventurado cambio.

Mientras se apagaban las voces que llenaban el recinto de la Cámara de Diputados, también disminuía la pasión de los jóvenes huelguistas. El tiempo y las expulsiones decididas por las autoridades, si no daban la razón al bando que proponía presentarse a los exámenes, le entregaba en cambio cada vez más adherentes, temerosos de perder de punta a punta la jornada lectiva. En octubre de 1904 se reanudaron pacíficamente los cursos, y en diciembre se tomaron normalmente las pruebas, frente a la inútil y graciosa presencia de un comisario, oficiales y agentes de la policía.

El conflicto había terminado, pero quedaban pendientes en cambio los proyectos de reforma, que finalmente cristalizaron en la modificación de los estatutos de 1906. Viviría también en la memoria el suceso, destinado a ser histórico, de la primera intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad. Restaban, por fin, las eruditas disertaciones que los acontecimientos inspiraron a hombres como Bibiloni, Zeballos, Matienzo, Rivarola, Machado o Biale Massé, que proponían diversos y sustanciales cambios en la enseñanza.³⁵

decadencia, a fin de levantarlas al nivel de las exigencias formuladas por la cultura nacional" (17 de septiembre de 1904).

35. El eminente civilista José Olegario Machado, al igual que el ministro Fernández, buscaba en la autonomía de las universidades anglosajonas el modelo a imitar (*La Prensa*, 15 y 17 de diciembre de 1903), mientras José N. Matienzo ponía el acento sobre la

Para Becher la huelga había representado la primera oportunidad concreta de realizar una crítica al sistema de gobierno de las instituciones y de ponderar la utilidad y verdadero valor de estas. Los resultados –su análisis de la oligarquía universitaria y de la imposibilidad de conciliar inmadurez y democracia– fueron luego utilizados por Emilio para juzgar al entero cuerpo social. Los actos electorales que se llevaron a cabo el mismo año en que terminó la huelga, 1904, lo indujeron a hacerlo.

El socialismo y las elecciones de diputados de 1904

La alianza que dirigía el partido gobernante había recibido un duro golpe al producirse el rompimiento entre Roca y Pellegrini, cuando el primero desautorizó el proyecto de unificación de la deuda externa, luego de haber pedido a su gran amigo político que lo sostuviera en el Senado nacional.

Estos hechos descargaron una gran tormenta en el mundo de los partidos, y el paso de Pellegrini a la oposición trajo consigo un realineamiento de las fuerzas actuantes, a la vez que provocó más de una preocupada reflexión en los hombres del oficialismo.

Las rudas confrontaciones en el Senado amilanaron al ministro del Interior Felipe Yofre, quien renunció en septiembre de 1901. Roca se vio obligado entonces a buscar un reemplazante que pudiera medirse con Pellegrini, sin riesgo de dejar indefensa su posición.

creación de cátedras de derecho comparado, ciencias sociales y derecho público y la autorización para dictar cursos libres (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1904, t. 2, p. 522). Biale Massé proponía ahondar el carácter experimental de la enseñanza y abandonar su rigidez teórica (*La Prensa*, 7 de enero de 1904). Estanislao Zeballos, que había acogido en su revista las ideas de Fernández y Bibiloni, coincidía casi en un todo con ellas y sostenía la necesidad de la autonomía universitaria y de la incorporación de los profesores al gobierno de las casas de estudio (*Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 18, mayo-junio de 1904). El eminente jurista Rodolfo Rivarola indicaba la necesidad de integrar las facultades entre sí, a fin de restar pragmatismo a la enseñanza y otorgar a esta el sustento filosófico que calificaba de indispensable (*Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 6, 1900).

La conocida sagacidad del general tucumano se demostró una vez más al seleccionar a un joven diputado por La Rioja para el ejercicio de tan delicadas funciones. Era Joaquín V. González, y por cierto que otra vez Roca había dado con el hombre. El fino autor de *Mis montañas* y *La tradición nacional*, el erudito conocedor de la legislación de minas y el prolijo constitucionalista, no solo era un digno rival del senador opositor. Lo que es más importante, representaba asimismo en el campo político e intelectual una actitud y un pensamiento que se colocaban por primera vez más allá de lo propuesto por los hombres del 80, e indicaban la proximidad de un futuro diverso y complejo del que estos ya no formarían parte.

Como todo aquel que está empapado hasta lo más hondo de su espíritu por una doctrina filosófica y moral, González sentía la profunda necesidad de hacer coherente con ella su vida pública y privada, pues de lo contrario sufriría un doloroso desgarramiento interior. Riguroso intelectual y claro observador de la realidad social, había llegado a comprender plenamente la angustiosa dicotomía que presentaba la comunidad argentina de entonces, cuyo vertiginoso progreso material contrastaba con su anquilosado y vicioso sistema de representación política y su falta de legislación obrera. Resolver esta espinosa, contradicción, para lograr el homogéneo desenvolvimiento del país, constituyó una de sus principales preocupaciones.

Actuando en consonancia con esta disposición personal, el nuevo ministro afrontó su gestión con decididas iniciativas, que se volcaron en dos fundamentales reformas: la modificación de la ley electoral y el proyecto de un código del trabajo. De este modo el novel funcionario revitalizaba las filas del viejo Partido Nacional, y daba ánimos al jaqueado presidente para afrontar la ofensiva de su despechado amigo, el senador Pellegrini, que amenazaba con levantar la bandera del libre sufragio.

Pero el pensamiento de González tendía también a preservar el edificio erigido desde 1853, adaptándolo a las exigencias de la hora y permitiendo el acceso al poder de las nuevas fuerzas sociales, para evitar confrontaciones civiles que pusieran en riesgo la pacífica evolución institucional. Por eso, aunque la decisión de llevar a cabo la reforma electoral sobre la base del nuevo padrón garantido, la circunscripción uninominal y el voto

secreto constituía una resolución discutible y riesgosa para la vieja clase dirigente, muchos de sus miembros más conspicuos comprendieron la necesidad de aceptarla y avizoraron los serios conflictos que surgirían de persistirse en dejarla de lado.³⁶

La iniciativa fue aprobada al sancionarse la ley 4.161, promulgada el 7 de enero de 1903. Pero antes, el senador Pellegrini, miembro informante en la Cámara alta, se había opuesto con éxito a la consagración del sufragio secreto, con lo que privó a la obra de González de su más valiosa cualidad.

Aun con estos defectos de origen, de carácter tan trascendente, la aplicación del sistema uninominal permitió la incorporación a la Cámara de Diputados de representantes de corrientes de opinión opositoras al Partido Autonomista Nacional y también de hombres jóvenes que, como el socialista Alfredo Palacios, se encontraban más claramente distanciados del oficialismo.

La comprensión y el espíritu de concordia institucional que animaban al ministro del Interior abarcaban incluso estas últimas posiciones. Este amplio temperamento era, por cierto, excepcional, no solo entre los hombres de su partido, sino también entre los del círculo social al que pertenecía.

Al referirse al trato que debía impartir el gobierno a las líneas más avanzadas del pensamiento político, decía González: “No nos debemos asustar ni alarmarnos de ninguna manera porque vengan a nuestro Congreso representantes de las teorías más extremas, o más extrañas, del socialismo contemporáneo. ¿Por qué nos hemos de asustar? ¿Acaso no formamos parte de la civilización más avanzada? Y tan no debemos

36. Así el miembro informante del proyecto en la Cámara de Diputados, Mariano de Vedia, exsecretario de Roca y director del diario oficialista *Tribuna*, no vacilaba en afirmar: “Las fuerzas que no hallan cómo ascender en proporción a las esferas dirigentes para aplicarse a la labor común de una sociedad, se entretienen en morder los cimientos, como que han quedado abajo, haciendo de la socavación su programa. Que el partido que sea mayoría del país, sea la mayoría de la representación; pero que no sea la unanimidad. La unanimidad es una tiranía, la unanimidad es una sofocación propia de las épocas de los privilegios y de las castas. ¡Acaso peor! (sesión del 17 de octubre de 1902, en Joaquín V. González, *Obras completas*, Buenos Aires, 1935, t. VI, p. 260).

alarmarnos, que es mucho más peligrosa la prescindencia de esos elementos que viven en la sociedad sin tener un eco en este recinto, que el darles representación, oprimirlos en cierto modo por la fuerza de leyes ficticias”. Y marcando su fe en la capacidad de asimilación del sistema institucional, agregaba:

Luego, es una manera de acercarnos a la solución del problema social, fundamental, el abrirles una entrada al recinto de la ley. Oigamos el eco de las teorías nuevas, oigamos a la ciencia y si se quiere, las informes expresiones de sus anhelos más abstractos. Si ellos tienen el derecho de formar parte de la sociabilidad argentina, tienen también el derecho de hacer oír su voz en los consejos de gobierno.³⁷

Estas palabras oficiales fueron recibidas con mezcla de asombro y agrado por un vasto sector juvenil, y en particular por los escritores que componían la más reciente generación literaria, en la que se movía como uno de sus miembros más notables Emilio Becher. La política no era para ellos una preocupación capital y, sin embargo, entre los amigos y conocidos de Emilio se encontraban varios militantes del socialismo y más de un simpatizante del credo anárquico, como el romántico y apasionado Alberto Ghirardo. Mario Bravo y Alberto Gerchunoff, de la redacción de *Ideas*, eran afiliados al Partido Socialista, y el respetado y talentoso Roberto Payró había colaborado en los primeros pasos de esa agrupación en Buenos Aires.

El verbo encendido y generoso de “Gerch” teñía su literatura y su conversación con la pasión más ardiente. Así “la Buena Nueva va entrando en los corazones buenos”, según decía al comentar su labor de propagandista.³⁸

Pero la ley de residencia, dictada por el gobierno de Roca para expulsar a los inmigrantes revoltosos, enfrió su oratoria, al menos por unos

37. *Obras completas*, t. VI, p. 182.

38. Carta a Manuel Ugarte del 9 de junio de 1905. Archivo Manuel Ugarte, Correspondencia, t. I.

días de enero de 1903. Fue cuando Ingenieros, en un gesto típico de él, comunicó a los diarios la falsa noticia de que Gerchunoff, de origen judío pero que tenía nacionalidad argentina, había sido deportado. Becher, tan indignado como sus amigos, comentó el hecho mostrando su inquina contra el autor de la burla:

Esto retrata de cuerpo entero la moralidad siniestra y el carácter bufonesco y estúpido de Ingenieros. La cosa no ha pasado de una broma de mal gusto, pero podría haber tenido peores consecuencias. Si Gerchunoff no hubiera sido ciudadano, tal vez a la policía (que no había pensado en él) se le hubiera ocurrido la idea de “residenciarlo”.³⁹

Aun los jóvenes escritores no comprometidos con un sector político, que eran mayoría, participaban de alguna manera de la euforia con que el siglo recibía las ideas de justicia que el socialismo traía envueltas en un aparatoso científicismo, que también conquistaba sus intelectos. Nada menos que el prudente Ricardo Rojas colocaba en 1903 a Marx entre los “precursores” y recordaba que su figura “funde en los crisoles de su genio / los anhelos de un mundo igualitario, / y rompe en su dramático prosencio / las cadenas de bronce del salario”.⁴⁰

Poco tiempo después, el medido Manuel Gálvez se graduaba de abogado y para recibir su título redactaba una sesuda y emocionada tesis sobre *La trata de blancas*, negocio delictuoso cuyo estudio estaba de moda. Allí volcó todo su fervor veinteañero, sus conocimientos de literatura y su ideario social, tan apasionado como efímero. “Cuando la actual organización económica haya dado lugar a otra más igualitaria”, decía, “y cuando la escuela y el libro hayan batido a la ignorancia, la prostitución desaparecerá como medio de lucro. Y si el ideal socialista llegara alguna vez a realizarse –la evolución parece andar en ese sentido–, el matrimonio

39. Carta a Ortiz Grognet, 28 de enero de 1903.

40. *La victoria del hombre*, Buenos Aires, Losada, 1951, p. 65.

establecido sobre nuevas bases haría innecesario el libertinaje. La prostitución será vencida por el amor libre”⁴¹

Emilio Becher, que hacia 1904 se adelantó una vez más a sus amigos abandonando con presteza sus adolescentes creencias socialistas, todavía a comienzos de 1903 sostenía ideas similares, en su inmadura y torpe rebeldía, a las de sus jóvenes compañeros:

¿La trata de blancas? Seguirá y subsistirá mientras subsista esta execrable sociedad burguesa y cristiana, fundada al mismo tiempo sobre la negación del amor y sobre la opresión de los débiles y de los pobres. Subsistirá mientras no se proclame sobre los sexos en guerra la pacificación de la completa libertad. ¿Por qué existen esos rebaños de esclavas? Simplemente porque las tres cuartas partes de las mujeres están encarceladas en el prejuicio imbécil de la virginidad, retiradas de la circulación vital.⁴²

Y durante las jornadas proselitistas de 1904, aun cuando ya no creía en las soluciones socialistas, acompañó de corazón a sus amigos en su rebeldía contra la injusticia, admiró el desinterés y la ingenuidad que ponían en la lucha, y hasta la belleza que el ardor prestaba a sus expresiones.

El candidato socialista por la circunscripción cuarta, del barrio de la Boca, el flamante abogado Alfredo Palacios, era compañero de charlas y salidas nocturnas del grupo juvenil. En su estudio de la calle Bolívar, próximo al Colegio Nacional Central junto a la modesta y heterogénea clientela, recibía frecuentemente a intelectuales y artistas de su generación.

Su postulación había despertado entusiasmo entre sus amigos, que animados por su espíritu bohemio y jaranero acompañaban al político debutante en los actos y mitines de la campaña. “Si pagás el café te digo

41. *La trata de blancas*, Tesis, Archivo de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Derecho, p. 21.

42. Carta a Ortiz Grognet, del 15 de enero de 1903.

todos los discursos que quieras”, le proponía Gerchunoff, ironizando sobre su propia pobreza y demostrando su permanente jovialidad.⁴³

“Gerch” y todos ellos, junto a ese genio del desorden que fue Florencio Sánchez, pensaron con este que la Boca “tenía dientes”, luego del triunfo que obtuvo el primer diputado socialista con el apoyo que le brindaron los republicanos de Emilio Mitre. La aplicación de la ley 4.161 había permitido el ingreso a la Cámara de varios candidatos opositores y así, frente a la mayoría del Partido Autonomista Nacional, ocuparon bancas algunos jóvenes llamados a realizar importantes carreras públicas, como el pellegrinista Manuel Carlés o el radical bernardista Manuel de Iriondo.

Emilio Becher, que durante su adolescencia había tenido marcada simpatía por las ideas socialistas, ya al comenzar 1904 las había abandonado, aunque mantenía francas y afectivas relaciones con el núcleo de muchachos que persistían en llevarlas al triunfo. Se diría que la victoria de Palacios contribuyó a aclarar y fijar su posición, puesta de manifiesto a través de un intenso epistolario con otro escritor que había tomado parte en la campaña en favor del exitoso político.

Se trataba de Manuel Ugarte, una joven figura literaria que había vuelto al país luego de seis años de ausencia, pasados la mayor parte de ellos en París, buscando el modo de afirmar su vocación de escritor.

El materialismo y el clima poco propicio para las tareas intelectuales –que luego denunciarían Rojas, Gálvez y Becher– habían alejado a Ugarte de su ciudad al concluir el siglo. Volvía a Buenos Aires con la valiosa experiencia que el mundo intelectual europeo le había proporcionado, y con el prestigio que le otorgaba la publicación de sus primeros libros, que habían merecido prólogos de escritores tan destacados como Miguel de Unamuno y Pío Baroja.

Fue recibido con cordialidad y simpatía por los muchachos de *Ideas*, y el cálido y generoso estilo de Ugarte no hizo sino acrecentar y profundizar este primer sentimiento espontáneo. De regular estatura, oscuro cabello crespo, tez ligeramente bronceada y ojos negros de mirada franca y vivaz, este nuevo amigo se descubrió a los juveniles escritores como un

43. Ramón Columba, *El Congreso que yo he visto*, por Buenos Aires, 1948, p. 127.

hombre inquieto, abierto a todas las preocupaciones estéticas y sociales, y por sobre todo con un profundo amor a su país y a su patria común que para él era su Hispanoamérica.

Su casa de la calle Artes (hoy Carlos Pellegrini) se convirtió en centro de tertulia intelectual. Ahí Manuel Gálvez leyó uno de sus dramas primerizos, *La hija de Antenor*, y la silueta fina y discreta de Becher fue testigo de más de una de las tremendas bromas de José Ingenieros o de las no menos fantásticas salidas del infaltable “Gerch”.

Emilio admiraba al sensitivo escritor que habitaba en Ugarte, y a su prosa “clara, vigorosa, límpida, de una sencillez severa”. También respetaba en él “sus cualidades de político: el sentido de los movimientos sociales, la capacidad de la acción”.⁴⁴

Seguía Becher, entonces, las evoluciones de su amigo, y fue naturalmente de la partida, aquel día de septiembre de 1903 en que este se declaró rotundamente socialista ante el vasto y heterogéneo público de obreros, burgueses y bohemios que poblaban el salón del Operai Italiani. Allí Ugarte, con gesto sencillo y palabra segura, luego de un rotundo: “Señoras, señores, ¡compañeros!”, intentó probar que el socialismo era posible y, lo que es más, que era necesario. Convocaba a los jóvenes para la gran empresa, exclamando en un giro típico de su matizado lenguaje: “Porque juventud y porvenir son sinónimos en nuestro pensamiento. Ambas palabras representan lo irrealizado, la esperanza, la poesía. Ambas significan un empuje que está en contradicción con lo existente”.⁴⁵

Esta contradicción señalada por Ugarte se iba a concretar algo grotescamente minutos después de terminado el acto. A la salida, luego de cantar “La Internacional”, como era de rigor, un reducido grupo de muchachos, entre quienes estaban Gálvez, Juan Manuel Méndez, de la Rúa y Carlos Alberto Leumann, fueron puestos presos junto con delincuentes comunes, en un cuarto oscuro y maloliente. De allí salieron gracias a la intervención del tío de Gálvez, que era senador nacional.⁴⁶

44. Carta a Manuel Ugarte, del 2 de octubre de 1905. Archivo citado.

45. *El arte y la democracia: prosa de lucha*, Valencia, F. Sempere y Compañía, sin fecha, p. 45.

46. *Amigos y maestros de mi juventud*, pp. 154 y 155.

A los pocos días Emilio Becher, que también había asistido a la conferencia, publicaba en *Ideas* un suelto donde narraba que “en la calle, varios vigilantes –que como es sabido profesan opiniones científicas contrarias a las del señor Ugarte– han puesto presos y golpeado, con barbarie, a algunos ciudadanos pacíficos. Naturalmente, esto no ha sido, para nadie, motivo de asombro. La indignación de los guardianes del orden contra un literato que no comparte la doctrina política de las comisarías es concebible. Pero sería de desear que, otra vez, los golpes fueran menos fuertes y la ferocidad más cortés”.⁴⁷

La ironía de Emilio no dejaba tampoco en pie a los socialistas ni a sus adversarios: “El público socialista ha demostrado, esa noche, que vale tanto como los auditorios aristocráticos, por la grosería del temperamento y la vehemencia de la estupidez”.⁴⁸

Era la hondura cáustica y algo nihilista de su alma, puesta aquí de manifiesto, la que le impedía adherir de corazón al socialismo. En una carta dirigida a Manuel Ugarte en mayo de 1905 explicaba con precisión su pensamiento:

Algo me queda, en el fondo, de los tiempos en qué yo era el más atrabiliario de los antiburgueses. Pero poco a poco el socialismo ha ido desagradándome cada vez más. El socialismo es, en su esencia, burgués, y este carácter se acentúa a medida que deja de ser filosófico y teórico para devenir político y práctico. La evolución es necesaria, pero personalmente me cuesta simpatizar con hombres de gobierno, y con hombres que ya han triunfado. Por otra parte, nuestro partido socialista es demasiado poco argentino.⁴⁹

Becher, por el camino de la admiración al progreso científico y el deslumbramiento emocional ante la obra de creadores literarios de la

47. “La conferencia de Ugarte”, publicado en *Ideas* de octubre de 1903, reimpresso en *Diálogo...*, p. 257.

48. Ídem.

49. Carta a Ugarte, mayo de 1905. Archivo citado.

fuerza y el vigor de Zola, había creído ver en el socialismo la tierra prometida para una humanidad desorientada frente a las consecuencias del desarrollo industrial y la despiadada rivalidad de las grandes potencias. Ahora, en cambio, era un joven que miraba con cierto escepticismo las posibilidades futuras del hombre, y que amaba más la sabiduría de los viejos tiempos que las soluciones rígidas e infalibles de los profetas de las nuevas doctrinas.

Pero no solo esta evolución de su pensamiento lo distanciaba de los socialistas. También la formalidad y prolijidad burguesas, tan ufanamente exhibidas por hombres, sin duda respetables, como los doctores Juan B. Justo y Nicolás Repetto, desagradaban a este muchacho poseído de profunda atracción por las virtudes más exigentes y los bienes más singulares.

En él alentaba además una rebeldía mucho más honda, mucho más radical y definitiva, como sus mismas palabras lo revelan, que se demostraba en su desvío ante todo tipo de autoridad y en su rechazo de la figura del hombre satisfecho y vanidoso de sus éxitos. Era esto lo que le hacía imposible comulgar con las figuras políticas atadas a los hechos y los seres reales, como habían pasado a ser las de algunos socialistas, quien confesaba “amar la belleza sobre todas las cosas del mundo” no podía amoldarse fácilmente al crudo pragmatismo de los viejos dirigentes de la izquierda.

Algo más lo distanciaba de ellos, y en esto coincidía con Ugarte. Era la lejanía que había entre los conductores del socialismo local y los auténticos problemas de estas tierras; el no disimulado desprecio que sentían por el criollo y lo que este representaba de propio y original.

“Nuestro partido socialista es demasiado poco argentino”, decía Emilio. Y compartía también las ideas de Ugarte en cuanto a la defensa que la América hispana debía hacer de su patrimonio, frente al expansionismo de Estados Unidos. Así, en enero de 1904, escribió en *El Heraldo* sobre la cuestión del canal de Panamá “desde un punto de vista nuestro y continental”, diciendo que “los panameños reclamaron la gloria de ser los primeros en abrir la puerta a los enemigos que por ese hecho adquirieron para todos los siglos, indeleblemente, el perfil de los traidores”.⁵⁰

50. Carta a Ortiz Grognet, 2 de febrero de 1904.

También en este aspecto habían variado sustancialmente las ideas apátridas e internacionalistas que había defendido Emilio en su adolescencia.

Sin embargo, y a pesar de este punto de encuentro entre el delicado y exquisito Becher y el impetuoso y vital Ugarte, su confrontación de ideas y apreciaciones divergentes se extendía al mismo campo de la creación literaria y a la concepción que del papel del artista en la sociedad había elaborado cada uno de ellos.

Para Ugarte, los escritores no debían obstinarse en ser un fenómeno al margen de la vida, un objeto de anticuario o un pájaro aturdido, encargado de distraer los ocios de los demás. Tenían que ser ciudadanos que luchan, que viven, que tienen convicciones como los otros. Su arte cobraría así mayor amplitud. Y sostenía que el esfuerzo de los hombres de letras debía tender a vencer los imposibles, a crear bellezas en acción, a imponer su ideal en la vida misma, y que solo así su trabajo sería para el porvenir.⁵¹

Becher le replicaba de este modo:

En cuanto a las ideas ya sabe usted que estamos en completo desacuerdo. Usted afirma que el escritor debe tomar parte activa y militante en la lucha política. Yo creo que solo debe intervenir de manera indirecta, aplicándose a crear una obra de arte puro y desinteresado que a la larga influirá como elemento de civilización. En cuanto a la política y a la administración de la sociedad, el escritor es inservible para esos oficios que son profesiones especiales como cualquier otra.⁵²

51. *El arte y la democracia*, p. 59.

52. Carta del 2 de octubre de 1905. Ricardo Rojas compartía la posición de Becher y así lo expresó unos años después en carta a Manuel Ugarte: “Mi simpatía por el arte social es muy relativa y muy circunscripta. Yo creo que la Belleza, por sí misma, es ya civilizadora y moralizadora” (carta del 15 de enero de 1907). Gerchunoff, por el contrario, pensaba con Ugarte que el artista debía aplicar la máxima horaciana de “enseñar deleitando”, cumpliendo así un fin útil y generoso, sin descuidar “el refinamiento exquisito, la línea breve y grácil” (carta a Ugarte, 9 de junio de 1905).

Pero la polémica no tendría fin; la vida misma de esos dos amigos iría demostrando que sus opciones habían sido definitivas. Mientras Ugarte proseguiría hasta su muerte utilizando su bella prosa al servicio del socialismo en toda América Latina, Emilio continuaría en cambio un camino diverso, en el cual tendrían primacía los valores estéticos, las virtudes heroicas y la escondida realidad del misterio. La polémica entre una literatura libre y aquella que se nutre de las luchas sociales apenas había comenzado en la Argentina; era su destino perdurar hasta nuestros días.

Más allá de cualquier desencuentro ocasional, el grupo seguía unido y disfrutando del placer de una rica y comunicativa relación. Ugarte volvió a Europa al promediar 1904, y sus compañeros de inquietudes políticas o intelectuales le referían, como en este caso Alberto Gerchunoff, la permanente vitalidad que animaba a sus queridos amigos: “De cuando en cuando me junto con Becher, Ricardo Rojas, Alfredo C. López y otros, y doy una fiesta a mi espíritu, como diría el sutil Eça de Queiroz. Allá en una rueda amable, bajo el gas del café, recitamos a Darío y Lugones y comentamos sus cartas a *La Nación*”.⁵³

Mientras tanto, la victoria electoral del socialismo y su amable controversia con Ugarte habían aclarado las ideas de Emilio en torno de aquel movimiento y de la singular y superior valía del arte sobre la política.

El cambio de presidente

Los días vividos en la Facultad habían terminado de revelar a Emilio la fragilidad de la formación intelectual de quienes, solo por ser graduados en Derecho, estaban destinados a conducir la nación, con la benévola aquiescencia de las clases populares. La actitud de los mismos estudiantes, irresponsables instrumentos en manos de otros, le hizo pensar sobre la imposibilidad de la democracia en las repúblicas “turbulentas y movedizas”. Y la parcial apertura electoral de 1904, con el primer triunfo

53. Carta a Ugarte, junio de 1905. Archivo citado.

socialista, lo confirmó en esta opinión y clarificó su pensamiento en torno de este movimiento intelectual y político.

Solo un mes después se llevaría a cabo la elección del reemplazante del general Roca en la presidencia de la República. Las alternativas que en abril de 1904 rodearon a este acontecimiento hicieron más profundas en Emilio sus nacientes convicciones acerca de lo quimérico de la democracia y lo bastardo del juego político en este país de torpeza adolescente.

Dando rienda suelta a este estado de ánimo, confesaba a Ortiz Grognet: “La gente no habla de otra cosa que de política. Es asqueroso”.⁵⁴ Para Emilio sus ocupaciones predilectas de ese momento eran la lectura del drama de Payró *Sobre las ruinas*, que calificaba de colosal y admitía le había hecho gran impresión, y la visita a la exposición que había abierto Fermín Arango, artista español, amigo del grupo de *Ideas*. Sus obras, según Becher, “hacían sufrir. Hay paisajes que viven. Es un gran evocador de la realidad. Sabe el alma de las cosas. Es un gran artista”.⁵⁵

Pero su admiración más profunda entre los jóvenes creadores argentinos iba hacia Leopoldo Lugones, a quien defendía con su estilo cáustico y mordaz de aquellos que atacaban su literatura desconociéndola, con el objeto de enjuiciar su actitud política. Otra vez más, para Emilio la superioridad del enorme talento del poeta lo ponía más allá de cualquier cuestionamiento.

El autor de *Los crepúsculos del jardín* había adherido por esos días a la candidatura de Manuel Quintana, pronunciando en su favor una conferencia en el teatro Victoria. Esta nominación del antiguo dirigente mitrista había surgido de la peculiar Convención de Notables que Roca alentó, buscando impedir de un modo sutil el ascenso de Pellegrini a la presidencia. Para cerrarle el paso, debió aunar el mayor número de voluntades, y a tal fin recurrió a la figura de un viejo adversario, el otrora intransigente Quintana, a quien el paso de los años y la proximidad de los intereses hacían ver con mayor benevolencia esta estrategia que permitía prolongar la concordia política.

54. Carta a Ortiz Grognet, 22 de abril de 1904.

55. Carta a Ortiz Grognet, 6 de abril de 1904.

Pero, aun en estas condiciones, Roca no pudo evitar que su hábil y oscuro manejo provocara, en algunos de los más fieles dirigentes de su partido, resentimientos y desilusiones que los llevarían a alejarse de la impopular figura de Quintana. Fue así como el doctor Marco Avellaneda, ministro de Hacienda y leal militante del Partido Autonomista Nacional, reunió en torno de su candidatura a esos elementos disconformes del oficialismo.

Esta postulación se transformó en una alternativa, que recibió el apoyo de personalidades de gran prestigio, como Bernardo de Irigoyen, Manuel D. Pizarro y un amplio sector de representantes del Partido Republicano.

Como era natural, el espíritu inquieto y disconforme de los muchachos de *Ideas* los llevó a simpatizar y colaborar con Avellaneda. Escribieron en *El Herald*, diario que, ya se ha visto, sostuvo su candidatura. Y varios de ellos –Manuel Gálvez, Ricardo Olivera y Roberto Bunge– fueron “grandes personajes del avellanedismo”, según los describió Emilio.⁵⁶

Un escritor de renombre, en quien ellos admiraban la probidad de su conducta y la entereza de su arriesgada censura sobre los acontecimientos nacionales, adhirió también a Avellaneda. Se trataba de Almafuerte, quien pronunció una conferencia en el Bon Marché, donde puso de relieve el tono “popular”, de la oposición contrastándolo con el carácter “oligárquico” del oficialismo quintanista.

Becher lamentó no estar presente en esa oportunidad, aunque su apreciación del cuadro electoral solo en parte concordaba con la del exaltado poeta de las *Evangélicas*: “Creo”, decía, “que Roca es demasiado zorro para no comprender que en la candidatura de Avellaneda se había producido esta coincidencia casi increíble: una candidatura oficialista, completamente suya y simpática al pueblo. Sin embargo, a juzgar por lo que se ve, el que va adelante es Quintana”.⁵⁷

La tibia inclinación de Emilio por Avellaneda ponía al descubierto una vez más su desvío por las rígidas imposiciones de cualquier autoridad.

56. Ídem.

57. Carta a Ortiz Grognet, 15 de abril de 1904.

Pero al mismo tiempo su comentario muestra la diferencia que existía entre el entusiasmo de Manuel Gálvez o Ricardo Olivera y su escéptico y crítico apoyo. No consideraba a Avellaneda un verdadero enemigo de Roca, sino un candidato que este podía elegir con mayor éxito, dado el relativo calor popular con que contaba; descubría detrás del decorado ocasional los lazos que todavía unían al presidente saliente con su ministro.

La pericia de Roca lo llevó a vencer a sus despechados adversarios. Es que la sabiduría del viejo zorro, reforzada por su certera intuición, le indicaba la imprudencia de sostener a un hombre que aparecía en el escenario con cierto eco en la sociedad. El triunfo de Quintana le aseguró, por el contrario, el acceso a la presidencia de una personalidad prestigiosa pero huérfana de recursos políticos.

“Quintana no es un «fuerte contrario», sino un pobre diablo, de talento sin duda, pero absolutamente desprovisto de importancia política”, comentaba Becher pocos días después: “Caerá lo mismo que Juárez, cuya aventura va a reproducir exactamente”.⁵⁸

Estas vueltas y más vueltas de las fintas electorales terminaron por distanciar definitivamente a Marco Avellaneda de Roca. Aquel, en una agria carta de renuncia a su postulación, enrostró al presidente haberlo lanzado a la lucha de los comicios, bajo el pretexto de que el descontado fracaso del solitario Quintana marcaría la hora de su reaparición exitosa.

Recién en vísperas de ser desechado por el gran elector, Avellaneda comprendió que sus auténticas posibilidades no se encontraban en el juego de la delicada partida en que Roca tenía una inigualable destreza, sino en atreverse a levantar con claridad un programa reformista que aglutinara a muchos descontentos del viejo Partido Nacional.⁵⁹

58. Carta a Ortiz Grognet, 15 de mayo de 1904.

59. Marco Avellaneda, con la estrecha confianza de Roca, había ejercido funciones clave antes de llegar a su gabinete: la presidencia de los bancos de la Nación y de la Provincia de Buenos Aires, y la de la Cámara de Diputados. Era entonces un hombre ligado al presidente y a sus modalidades. El rompimiento le hizo comprender la necesidad de una reforma política para que las fuerzas conservadoras mantuvieran el poder. Jugó entonces un papel decisivo en la presidencia de José Figueroa Alcorta, y firmó en 1908

Cuando lo advirtió, Roca se había alzado una vez más con la victoria. Becher se aterraba ante “todos los mediocres que iban a subir con Quintana. Pero tanto abundan los mediocres”, meditaba, “que la oposición, por cierto, no se manifiesta superior”.⁶⁰

Con estas palabras aludía a los antagonistas frontales del orden conservador, los radicales liderados por Hipólito Yrigoyen. Este mantenía a su movimiento en la abstención electoral, que significaba una firme intransigencia para con el oficialismo. Excluía todo diálogo con él y debía concluir, en sus planes, con una transformación revolucionaria, único medio, a su entender, de purificar la vida institucional de la república.

Emilio desconfiaba a esta altura de su vida de los movimientos populares. Ante el ingenuo y vehemente entusiasmo socialista de su amigo Gerchunoff, le replicaba jocosamente “que no se animara a defender al pueblo en su presencia”.⁶¹ No puede asombrar entonces que descalificara la enérgica actitud combativa del radicalismo, manifestando que “los regeneradores quieren llevarnos a la Revolución para asegurar el triunfo del compadrito de Hipólito Yrigoyen”.⁶²

Esta toma de posiciones frente al panorama político de 1904 no solo era fruto de la espontánea reflexión que los hechos suscitaban en él. También era, de algún modo, reflejo de los sentimientos e inclinaciones que habían arraigado y vivido en las generaciones pasadas de su familia.

El mundo de los Becher, que giraba en torno de los negocios extranjeros de la ciudad, y la vieja cepa porteña de los Irigoyen, habían convergido en una actitud de aprecio por el autonomismo de Adolfo Alsina, que retomó tímidamente algo de la tradición rosista y se definió por su permanente defensa de los intereses de Buenos Aires.

Las luchas y vicisitudes partidarias en que intervino el alsinismo provocaron en algunos de sus militantes más jóvenes un rechazo de corte

—como ministro del Interior— la clausura del Congreso, que se oponía a la remoción de las situaciones provinciales roquistas.

60. Ídem.

61. Carta a Ortiz Grognet, febrero de 1904.

62. Carta a Ortiz Grognet, 15 de mayo de 1904.

moralizante, que veía con malos ojos la venalidad de las prácticas electorales y la ligereza de las transacciones políticas.

Entre estos, la personalidad más definida era la del joven abogado Aristóbulo del Valle, que condujo el sector llamado “republicano”, opuesto a la política de conciliación con el mitrismo que alentaba el presidente Avellaneda.

Desde su época de estudiante, del Valle, de temperamento efusivo y maneras sencillas, encontró un espíritu afín y un inseparable amigo en Cosme Mariño, quien también participaba de los mismos ideales políticos. Esta estrecha relación se hizo extensiva al viejo camarada de Mariño que era Enrique Becher, el padre de Emilio. Los Becher se encontraban así vinculados a la corriente que, habitada por un intenso principismo, ingresó después de las jornadas de 1880 en el nuevo Partido Autonomista Nacional.

A partir de entonces, la tendencia personalista del general Roca, acentuada en su sucesor Miguel Juárez Celman, y el origen provinciano de ambos fueron factores decisivos que irían distanciando a del Valle, Mariano Demaría y otros dirigentes, hasta concretar la ruptura definitiva con su partido en los sucesos revolucionarios de 1890.

Era su objetivo lograr la pureza electoral y la remoción de las viciosas situaciones provinciales, y lo intentaron en su corto tránsito por el poder en 1893. Nunca formaron parte del radicalismo, aunque mantuvieron siempre una visión crítica que buscó la vigencia efectiva de las instituciones republicanas.

Desde esta misma perspectiva enjuiciaban los hechos políticos los Becher. En el hogar de Emilio este clima se veía vigorosamente acentuado por la presencia familiar de la señorial y relevante figura de don Bernardo de Irigoyen. Este, desengañado por las cuestionables actitudes de los hombres más destacados de su partido en los últimos años, lo había abandonado para unirse al radicalismo, desde donde propició una política de prudente evolución.

Emilio Becher, al participar, aunque sin mayor entusiasmo, del movimiento juvenil que apoyaba a Marco Avellaneda en 1904, y escribir en periódicos antirroquistas como *El Heraldo*, *El País* y *Diario Nuevo*, continuó el impulso ético de purificar el enrarecido ambiente político, que

desde tiempo atrás su familia alentaba dentro de las desgajadas corrientes del viejo autonomismo.

Este legado moral lo llevaba a contemplar con desagrado el gobierno que, a puertas casi cerradas, hacía un sector al que juzgaba –al finalizar la segunda presidencia de Roca– como carente del empuje progresista y de la imaginación creadora que antes habían justificado su acción. “Nuestro país está en bancarrota”, se lamentaba.⁶³

Para encontrar un saludable recambio a la languideciente clase política que tenía las riendas del país, miraba al pueblo, silencioso espectador hasta entonces; al radicalismo, bullicioso aspirante al gobierno; al socialismo, con su bagaje intelectual y su pretendido apoyo obrero.

Pero a quienes nunca formaron parte del grupo que había ejercido las responsabilidades públicas los juzgaba inmaduros, ignorantes y pretenciosos: veía en ellos estudiantes sin responsabilidad, burgueses locuaces y superficiales, un pueblo todavía irreflexivo y guiado por oscuros sentimientos, miedos y pasiones.

Toda la grave imposibilidad plebeya para el gobierno estaba encarada para Emilio en el radicalismo y su altivo y silencioso líder. También desdeñaba al socialismo por su carácter burgués y poco argentino, y su barniz intelectual de escasa hondura.

En definitiva, después de haber pasado su crítica mirada por todo el espectro nacional, volcaba su escéptico, tibio y efímero apoyo por las posiciones reformistas que –como las de Marco Avellaneda– se gestaban dentro mismo del orden conservador.

A sus ojos el juego político cerrado conducía al país hacia su frustración, pero era imposible practicar la democracia porque sus protagonistas no estaban a la altura de las responsabilidades que reclamaban. Becher descreía entonces de la política en su conjunto. Lo atribuía a su carácter, que se oponía a su entrada a cualquier centro militante, a su “alma de monje antiguo, soñador y piadoso, más adicto a los anagramas latinos que a la obra de espada”.⁶⁴ Mucho de cierto había en esto.

63. Ídem.

64. Carta a Ortiz Grognet, 7 de mayo de 1904.

Pero en realidad era su visión desesperanzada de las posibilidades de la república la que lo llevaba a esa actitud. Las experiencias vividas desde 1903 hasta 1905 sirvieron a Emilio para meditar sobre su propio país; sus reflexiones no desbordaron hasta entonces sus límites. Pero pocos meses más tarde ensayaría una crítica de la moderna y democrática civilización universal.

La angustiada profecía

En *La Nación*

Hasta 1905, Emilio había seguido la desigual senda del periodismo, en oscuros diarios como *El Herald*o y *Libre Palabra*, o en aquellos de mayor repercusión, como el opositor *Diario Nuevo* o el afamado de Carlos Pellegrini, *El País*.

Mientras tanto, su carrera literaria, que había cobrado nuevo vigor en 1903 con los artículos publicados en la revista *Ideas* e incontables proyectos, iba paralizándose a medida que juzgaba su prosa desde un severo ideal inalcanzable, y abandonaba el verso con injustificado desdén por sus anteriores poesías.

Tal era su situación espiritual cuando en los primeros días de 1906 ingresó en la redacción del más importante diario porteño, *La Nación*. Esto constituyó para él un logro valiosísimo, al que había aspirado desde su llegada a Buenos Aires. Fue en ese entonces una ilusión de Emilio obtener el acceso a la que juzgaba la más alta aristocracia cerebral del país: “Quiero escribir en ese gran diario”, decía en 1900, “hablar al pueblo en esa gran bocina de la prensa”.¹

Es comprensible entonces su alegría cuando vio colmada esta aspiración. El primer artículo que entregó tardó mucho en publicarse, porque el encargado de darle el visto bueno, que no conocía a Becher, temió –por

1. Carta a Murguiondo, transcrita en *Diálogo...*, pp. 370 y 371.

la rara calidad de su estilo— que se tratase de un plagio o de la traducción de un capítulo de Renan.

Superado el trance, se constituyó de golpe en una de las personalidades más atractivas del diario. En esa prestigiosa casa encontró grandes compañeros que le brindaron su afecto, que admiraron su limpia prosa y comprendieron la superioridad de su naturaleza espiritual.

Tenía un saloncito donde trabajaba, y hasta allí iban llegando poco a poco los viejos y los nuevos redactores del periódico. Su jefe, José Luis Murature, que más tarde fue ministro de Relaciones Exteriores del presidente Victorino de la Plaza, era un hombre algunos años mayor que Emilio, que también conocía y admiraba profundamente la literatura francesa y que, como él, tenía maneras medidas y corteses, con una apariencia de lejanía. Pero, igual que en Becher, “ardían nobles leños en su rincón oculto, del que solo podía disfrutarse en la más rara intimidad”² Y de ella gozaban los dos cuando, por las noches, permanecían largas horas conversando en el diario ya cerrado. Emilio huía así de la soledad que le esperaba a la salida, y ambos se complacían en el cambio de ideas sobre temas que les apasionaban.

En *La Nación* recibió también el afecto y el respeto de los Mitre, de colaboradores famosos como Lugones y Payró, y de los valiosos periodistas estables como Julio Piquet, Rómulo Zabala, Tito Arata y tantos otros que se convirtieron en sus amigos.

Tuvo aquí su gran momento de esplendor y un breve tiempo de felicidad. Su clásica bonhomía se extendía a todos, desde el portero hasta el jefe de redacción, y conquistaba las almas sencillas de quienes trabajaban en el diario. El ágil y perspicaz Piérola, alias “El Trapa”, de quien se decía era el mejor reportero de su tiempo, y cuyo domicilio era a menudo preguntado en *La Nación* por sus numerosos acreedores, se decidió un día a manifestarlo públicamente: vivía, según dijo, en la calle Beauchef, en Caballito. No tardó el bueno de Becher en escribirle unos versos que se hicieron famosos en las oficinas de la calle San Martín:

2. Octavio R. Amadeo, *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Bernabé y Cía., 1939, p. 72.

En Beauchef, calle inmoral,
que no se encuentra en el mapa;
cuya ubicación escapa
al ojo municipal,
vive El Trapa.
Calle sin principio ni fin;
sin cruce ni bocacalle,
sin ser humano que la halle,
Y... sin calle.³

Más allá de las bromas que denotaban la efímera alegría que había invadido el ánimo de Emilio, su fama como escritor trascendió y fue invitado a las tertulias de Emilio Mitre, Guillermo Udaondo y Antonio F. Piñero, para escuchar su conversación, recatada pero envolvente.

A su pequeño cuarto concurrían también los redactores noveles, cuyo trato él buscaba, con su curiosidad y penetración. O los escritores más jóvenes, como Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, que un día de 1907 proyectaron allí lo que sería luego la más grande revista literaria argentina y una de las más importantes de América: *Nosotros*. Pero tan atrayente, al menos, como su figura y su trato, fueron los artículos que por entonces escribió. La soltura de su arte, la claridad y justeza de su construcción y el rigor de su exposición argumental crecieron hasta alcanzar la perfecta y equilibrada madurez que revelan las páginas que firmó en el diario con el seudónimo "Stylo". Pero no solo el dominio formal de la técnica periodística se había convertido en sus manos en un elemento de trabajo óptimo. También la evolución de su pensamiento logró la hondura y la certeza necesarias para enfocar con exactitud determinados temas trascendentes para la cultura de su país y de su tiempo.

3. Citado por el Vizconde de Lascano Tegui, *Correo de la Tarde*, 18 de agosto de 1960, sección "Un nudo en el pañuelo".

Becher antimoderno

Tres fueron las cuestiones básicas de las que se ocupó a través de su tarea de escritor en estos años de trabajo: el combate contra el positivismo, la reivindicación del espíritu religioso y la necesidad de avivar el sentimiento nacional. En *La Nación* expuso su pensamiento sobre cada una de ellas, que en gran parte es la profundización de ideas que ya antes lo inquietaban. Más significativo y novedoso aún es descubrir, en la intimidad de sus textos, una actitud frente a la política y la civilización moderna que sería, según parece, el primer argentino en asumir. En un medio intelectual donde las explicaciones racionalistas del positivismo sobre los fenómenos humanos tenían casi el valor de un dogma, sostuvo con marcada independencia espiritual y no poca audacia que “la ciencia es transitoria y deleznable y que sus arquitecturas de calidoscopio solo muestran el espectáculo de un perpetuo derrumbamiento”.⁴ El artículo en que esto sostenía se llamaba “Libros de aguinaldo”, y era el primero que publicaba en *La Nación*. Apareció el 5 de enero de 1906 y llamó la atención de todos los intelectuales. Un erudito como Luis María Jordán le envió sus “sinceras felicitaciones. Es un honor para el país”, agregaba, “y sobre todo para usted, que esa clase de trabajos macizos de ilustración y de talento ya no tengan que venir del extranjero, y que un muchacho de su edad (perdone la franqueza de la expresión) haya dado la nota más alta en la capital porteña”.⁵

Había sido brillante alumno secundario de un Colegio Nacional dirigido por aquellos hombres del 80 que tanto hicieron en pro de una cultura científica más amplia y rigurosa en el país. Con posterioridad, fue un adolescente entusiasta de la ciencia positiva, en la cual veía la salvación cuasi religiosa de la humanidad. Pero ahora, aunque respetaba a sus maestros, ya no creía en la enseñanza que había recibido, y cuestionaba muchos de los principios que inspiraron a sus mayores.

4. “Libros de aguinaldo”, artículo publicado en *La Nación* el 5 de enero de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 103.

5. Carta de Luis María Jordán a Emilio Becher, 6 de febrero de 1906.

Según sus reflexiones del momento, entendía que “a mediados del siglo XIX el culto de la ciencia alcanzó su máximo esplendor. Creyóse que la humanidad, encorvada tantos siglos bajo la opresión de la ignorancia, había alcanzado por fin la plenitud de su sabiduría. Los materialistas se alborozaban de la cura milagrosa. Habían frotado con tierra húmeda los ojos del ciego de nacimiento y el ciego había visto. Una crisis de fe se produjo en el mundo europeo, análoga a la que suscitó la primera cruzada. Saludóse el principio de una era nueva, el comienzo del reino del hombre. Todas las ciencias parciales parecían integrarse para la revelación de la verdad suprema. La biología daba la clave del misterio vital. La astronomía manifestaba el ritmo de la mecánica celeste. La química abría el panorama del mundo inorgánico. La hipótesis del evolucionismo explicaba el enigma único del mundo, vulgarizaba el secreto formidable de la creación del Cosmos, de la sucesión de las formas, de la aparición de las existencias. La promesa de la serpiente edénica se cumplía. Éramos como dioses”⁶

Y luego, al meditar sobre la situación en que se encontraba el pensamiento al principio del siglo XX, se preguntaba: “¿Qué ha quedado de todo ese delirio? La propia ciencia ha ido decepcionándonos de esa esperanza insensata. Ni una sola de las incógnitas se ha trasmutado en cifra cognoscible para el espíritu atónito ante las ecuaciones. Nuestros telescopios nos enseñan, por la inducción de la luz espectral, los elementos que se amalgamaron para condensar las estrellas. Pero no nos dicen en virtud de qué voluntad esos astros que creíamos fijos en el cielo cóncavo circulan, soles deslumbrantes, planetas fértiles, en sus órbitas que atraviesan el éter infinito. El microscopio nos muestra el país populoso de los seres invisibles; pero no sabe cómo el infusorio aparece, habitante efímero y atareado de su minúsculo universo. La materia, que un día adoráramos como realidad única, se desvanece, simple ilusión que sedujo nuestros sentidos imperfectos”⁷. Confesión que revela el tramo vital recorrido por Emilio en su evolución ideológica.

6. “La promesa de la serpiente”, artículo publicado en *La Nación* el 15 de marzo de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 156-157.

7. *Ibíd.*, p. 157.

Parecía alegrarse de este fracaso de la ciencia en conseguir una explicación segura y satisfactoria de los problemas del hombre: “Si esta fuera infalible, la condición de la humanidad se tornaría por demás desgraciada. Todas las inteligencias serían iguales por el pensamiento; la belleza y la misericordia desaparecerían por innecesarias y junto con ellas lo misterioso y lo secreto, haciendo perder al mundo todo su encanto e interés”.⁸ Y agregando un dejo de filosofía romántica a su diatriba, sostenía que “si la ciencia tuviera la esperanza de abordar alguna vez la costa imaginaria de la verdad, su esfuerzo no tendría la profunda belleza de las acciones grandes e inútiles”.⁹ Es que, para él, solo por esta capacidad de ansiar lo imposible superábamos a los demás animales de la creación.

Sostuvo en sus escritos esta reivindicación de los valores espirituales del hombre frente al avance científico y la teorización del positivismo. Fue el primero en hablar con tanta claridad en el país sobre la crisis del pensamiento que se avecinaba, y que luego fue anunciada por más de una esclarecida voz. Pero no es este su mayor mérito, con serlo grande: su posición adquiere mucho más netamente el relieve de un anticipo intelectual cuando se iluminan otras facetas de sus ideas.

Para Emilio, la Edad Media había sido la gran época de los pueblos occidentales. En ella se estableció la tregua de Dios, se multiplicaron los conventos y las aldeas pacíficas y laboriosas, a la par que surgió un arte espléndido fruto de una civilización cristiana y caballeresca.¹⁰ A su entender, los esfuerzos ulteriores no habían hecho, desgraciadamente, sino destruir esta admirable armonía, hasta llegar a la sociedad laica y positivista consagrada por los hombres de nuestro tiempo.

Qué inmenso contraste entre esta actitud y la de sus antecesores inmediatos. ¿Cómo había fraguado un pensamiento que no identificaba al Medioevo con la edad oscura, que amaba más el mundo de la religión y la fe que esta realidad vigorosa del progreso material deslumbrante de la Argentina de 1900? Este joven de veinticuatro años, solitario en su actitud

8. *Ibíd.*, p. 159.

9. *Ídem.*

10. “Los enemigos de la Iglesia”, artículo publicado en *La Nación* el 15 de febrero de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 137-138.

intelectual, es un precursor de inquietudes e interrogantes que, muchos años después, pasarían a ser patrimonio común de toda una corriente del pensamiento político de la derecha en el país.

¿Cómo él, formado durante el reinado de un liberalismo pleno de vitalidad, fue capaz de tanta lucidez, cuando era difícil aún vaticinar ninguna grieta seria en el edificio que los hombres del 80 habían levantado con tanta eficacia?

La revolución técnica e industrial, que ponía en tela de juicio, implicaba el dominio de la naturaleza por el hombre y la presencia activa de las masas en las decisiones sociales. Un solo paso le era necesario dar entonces para convertir en pleno el cuestionamiento de ese mundo, y había de ser en el campo de la doctrina política.

También allí se aventuró con su característico escepticismo. La gran transformación que traía el sometimiento de la materia no era para él causa de regocijo; por el contrario, la pérdida espiritual que este fenómeno llevaba consigo le hacía afirmar que los hombres marchaban hacia la barbarie.¹¹

Para el Becher de esos días la civilización moderna se asentaba sobre dos grandes pilares a los que dirigía su crítica: la ciencia y la democracia.

Se ha visto ya su madura opinión sobre el pensamiento científico; pero es digno de recalcar que el factor verdaderamente destructivo que según él vivía en la ciencia, como una amenaza, era el igualitarismo. Porque la victoria de aquella, con su postulado de un mundo de certezas áridas e indiscutibles, en cuyo conocimiento estaría la única virtud, haría a todos los hombres iguales, al participar de un saber común y monótono adquirido sin esfuerzo. Olvidando el valor de lo singular, de lo vital, en definitiva de lo misterioso, que constituye el permanente hontanar de atracción que hay en lo diverso.

“Si la ciencia fuera segura e infalible”, decía, “seríamos muy desgraciados. La divinidad prometida, junto al árbol paradisíaco, por la serpiente ingeniosa, fuera, para nosotros, más funesta que la maldición de Iaveh. Si conociéramos la verdad, nos haríamos intolerantes y malos. La belleza y

11. “Nuestra civilización”, artículo publicado en *La Nación* el 17 de abril de 1908, reimpresso en *Diálogo...*, p. 173 s.

la misericordia desaparecerían del mundo. Las horas transcurrirían monótonas e idénticas, esperadas sin ansiedad y recordadas sin añoranza. No habría nada interesante, porque no habría nada secreto. Seríamos todos iguales por el pensamiento. Las musas abandonarían pronto una tierra ingrata, donde nadie sonreiría a los divinos errores, y la humanidad caería en la barbarie de la decrepitud”¹²

Al considerar con tan marcado pesimismo el fenómeno científico, las consecuencias que de él se derivaban no podían ser sino destructivas. De la vida social, por el adocenamiento que producía, pero también de la naturaleza misma, a través de la técnica, que “pone en domesticidad las más poderosas fuerzas terrestres, impera sobre el agua y el fuego y transforma la tierra”¹³

Así como existe entre sus trabajos de adolescencia y los publicados en *La Nación* un profundo cambio en la postura que adopta con relación a la ciencia, también se encuentra la misma notable mudanza en su nueva actitud para con el fenómeno de la moderna democracia.

En diciembre de 1900, veía a “la Humanidad pasando bajo la claridad de los siglos futuros, en un torrente de sangre y gloria, hacia el alborozo de la paz venidera”. En su peregrinar, la sociedad política había logrado, con el triunfo del liberalismo, aproximarse al logro de la igualdad y la fraternidad.¹⁴

El diario *La Nación*, en abril de 1906, le permitía expresar en un artículo el violento giro de sus ideas. Aquella esperanza depositada en el papel protagónico del pueblo había caído aniquilada. Este era hoy “agua oscura y espesa, cuerpos que se fundían en una misma masa compacta, cuyos semblantes se individualizaban apenas, tal la espuma efímera de un río onduloso”¹⁵

Su desilusión sobre las masas era acompañada naturalmente de un desencanto hacia las posiciones políticas progresistas. La democracia ha

12. “La promesa de la serpiente”, p. 159.

13. “Nuestra civilización”, p. 174.

14. *Constancia*, 30 de diciembre de 1900.

15. “La ciudad”, artículo publicado en *La Nación* del 26 de abril de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 180.

pasado a ser el aglutinante que degrada a los ciudadanos, les hace perder su individualidad y, con ella, su dignidad y su valor. Becher no advertía o no valoraba el importante papel que este sistema otorga a los gobernados, al aproximarlos al ideal de ser protagonistas del futuro nacional. Para él, “la ciencia y la democracia se activan en su trabajo destructor. Su obra es colosal e imponente. Nos ha hecho más vigorosos. Ha acrecido nuestro parco tesoro de verdad y de justicia. Ha creado una sociedad acorde con las necesidades de la época, como antes lo hicieron el derecho romano y el cristianismo medieval. Pero ha anulado el elemento heroico y misterioso de la vida. Ha hecho cada vez menos posible la aparición del prócer y del santo. Ha impedido cuanto había en el mundo de singular, de noble, de raro, imponiendo su regularidad rectilínea y su igualitarismo nivelador”.¹⁶

El pueblo, esa masa oscura y errática, carecía de ideales: los antiguos habían muerto, y los nuevos, tan caros al Becher adolescente, tampoco existían. Era lógico entonces que la sociedad se entregara al culto de la riqueza y se encontrara dirigida por el poder del dinero. “No nos hemos libertado del dogma tradicional”, decía, “sino para caer en las supersticiones abominables. El oro dispone de nuestra veneración idólatra, cansada de las imágenes que simbolizan el poder de Dios y la nobleza del bien. Mueve a las mismas multitudes que otrora se levantaron en favor del cristianismo occidental. El culto del becerro metafísico revive, uniendo a las razas enemigas por el vínculo de su religión grosera. Solo adoramos la moneda portátil cuyo cuño reproduce la efigie de los monarcas o el semblante simbólico de las repúblicas. ¿No es esta la ignominia de la Escritura, el pecado de venerar a los ídolos de oro o de plata hechos a semejanza del hombre? Solo el dinero actúa como fuerza potente, como ideal capaz de agitarnos. Ninguna institución que no sea una compañía de seguros ofrece, en las ciudades norteamericanas, una arquitectura superior a las construcciones comunes. Instalamos nuestros bancos en edificios monumentales cuyo lujo recuerda el esplendor que otras épocas reservaron

16. “Nuestra civilización”, p. 175.

para el lugar de la meditación o la plegaria”.¹⁷ Una vez más anticipa así las ideas que conformarían el pensamiento de un grupo de influencia notable en la derecha argentina.

En resumen, y evocando al profeta, aseguraba que el triunfo pleno de la civilización técnica y democrática lograría hacer realidad aquello de “Todo valle será relleno y todo collado se bajará”.¹⁸

Estas reflexiones, esta posición ideológica, puestas con todas sus letras y sin dubitación, resultaban sorprendentes en la Buenos Aires de 1906. Sus contemporáneos de edad próxima y por cierto mucho más los de generaciones anteriores, lejos estaban de haber perdido el optimismo característico de la Argentina en vísperas del Centenario. El espíritu reformista en lo político de un Pellegrini, y el más acusado aún de Joaquín V. González, estaban empapados de la misma segura confianza que años atrás los había llevado a realizar otras empresas de transformación.

Se descubre con perfiles más nítidos la singularidad de las ideas de Becher en ese momento, si se las compara con las de Lugones. Es sabido que el gran poeta cordobés, con el correr del tiempo, sería el vocero más importante del cuestionamiento al régimen liberal. Sin embargo, todavía diez años después de los escritos de Emilio, Lugones volcaba en *El payador* estas y otras palabras que estaban lejos de expresar un serio temor por el cambio político: “Aquella oligarquía tuvo la inteligencia y el patriotismo de preparar la democracia contra su propio interés, comprendiendo que iba en ello la grandeza futura de la nación”.

Es que fueron necesarias las pruebas a las que los sometió la realidad dura, cambiante y violenta de la política mundial y el ejercicio del gobierno por un caudillo popular en el país, para que flaqueara en viejos y jóvenes argentinos la fe ilusionada por años de éxito.

17. *Ibíd.*, p. 176.

18. *Ibíd.*, p. 175. Años después, en tono de burla, enviaba a Ricardo Rojas un billete en que transcribía estos versos: “Clarinada heroica es la Democracia, / repique glorioso la Fraternidad. / Demos coscorriones a la aristocracia / con la pandereta de la Libertad” (“Canto constitucionalista”, de Esteban Larrañaga, en *Florilegio de poetas revolucionarios*, México, 1916).

La Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa tuvieron que producirse para que Leopoldo Lugones viera a la civilización “ante las hordas” e iniciara su rectificación ideológica que lo llevaría a anunciar la “hora de la espada”. En tanto que las reiteradas derrotas electorales y el toque de atención de la semana de enero de 1919 convencieron a Manuel Carlés de que no eran los partidos políticos y las bancas parlamentarias los medios idóneos con que se debía afrontar el desafío que nacía del cambio y las renovaciones políticas.

Poner en evidencia este contraste entre la actitud de Becher y la de otros hombres de su tiempo hace resaltar aún más el carácter precursor de sus ideas en el momento histórico en que fueron expresadas.

¿Quién dudaba, quién temía en la Buenos Aires de 1906? Por cierto que muy pocos y para estos pocos –que vivían una experiencia similar o próxima– era un signo que de algún modo los identificaba el haber abrevado en una misma fuente de formación cultural: las obras de ciertos escritores franceses de fin de siglo como Charles Maurras, Joris Karl Huysmans y Maurice Barrès, que se encontraba entre los predilectos de Becher.¹⁹

Ángel de Estrada,²⁰ un escritor hoy olvidado y pocos años mayor que Becher, se encontraba cercano a sus puntos de vista. Eran amigos; Emilio admiraba su exquisita cultura y prodigiosa erudición, y comentó sus libros con elogio y respeto. Viajero incansable, Estrada tenía un íntimo conocimiento de la literatura política francesa de fines y principios de siglo; las obras de Barrès y Maurras le eran lecturas habituales. No es entonces motivo de asombro que un personaje con fuerte contenido auto-

19. Carta de Emilio Becher a Atilio Chiappori, 15 de octubre de 1919.

20. Ángel de Estrada, hijo del conocido editor del mismo nombre, había nacido en Buenos Aires en 1872, donde recibió una esmerada educación y obtuvo el título de abogado en 1894. Su avidez por todos los temas del humanismo y las diferentes manifestaciones artísticas solo se vio saciada con incontables lecturas que le otorgaron una de las culturas más sólidas de su tiempo. La posición de su familia le permitió viajar con asiduidad, visitando aun los escenarios no frecuentados por los turistas, con la pasión de conocer el mundo y en especial las grandes obras de la arquitectura y la pintura. Sus experiencias lo convirtieron en un atrayente *causeur* y un no menos erudito escritor. En su prosa trabajada y barroca, poblada de prolijas referencias culturales, Estrada dejó extensa obra narrativa, a la par que rimaba versos hoy olvidados.

biográfico de su novela *Redención*, publicada en 1906, dijera: “Entre la tiranía de un Luis XIV y la tiranía de la chusma, no dudéis de que por esta hemos retrocedido en todo, cayendo en agrios abismos. Cien años de lo que se llama libertad lo han probado”.²¹

Este escritor para escritores, en torno al cual se movía el círculo quizá más exquisito de la sociedad porteña de la época, amaba más el arte que la naturaleza, según opinión de Becher; y esto lo acercaba a Huysmans, un novelista que suscitaba la admiración de ambos.

El tránsito de Huysmans de la escuela naturalista hacia una teoría literaria que cuestionaba la labor fotográfica del artista, junto con su evolución espiritual que lo llevó a convertirse al catolicismo, pone en presencia de otro de los temas fundamentales de Becher: la revalorización de lo religioso en la vida del hombre.

En uno de sus artículos periodísticos decía que nada lo preocupaba tanto como esto. Entendía que justamente del esfuerzo que la labor científica había hecho durante el siglo XIX por minimizar la esfera espiritual del hombre nació una reacción en las inteligencias más sensibles, que volvían a conmoverse ante los valores de naturaleza trascendente. Se asistía a un renacimiento idealista y místico. Y la renovada preocupación de Emilio por lo religioso tenía necesariamente que ser acompañada por una defensa de la Iglesia como institución, y del valor de su obra en la historia: en este sentido, aunque nunca volvió al catolicismo práctico, mantuvo una actitud definida y más que singular para su medio y su tiempo.²²

Se burlaba sin reparo alguno de la intolerancia de los anticlericales, del respeto que los advenedizos tenían por la ciencia y de la estrechez de espíritu que mostraban para todo aquello que pudiera contradecir los nuevos dogmas que habían adoptado. Sus ironías para con este tipo de personaje, tan corriente a principios de siglo, eran de este tono: “La ignorancia del sacerdocio es de tal manera un artículo de fe en los mítines de propaganda y en las tenidas solemnes, que el último socialista, cuyo deletreo descifra en la edición de Sempere el *Origen de las especies*, se

21. *Redención*, Buenos Aires, Estrada, 1906, pp. 211-212.

22. “El espíritu religioso”, artículo publicado en *La Nación* el 8 de agosto de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 233 ss.

cree, con sinceridad, superior a Lacordaire²³. En una sociedad que pensaba en gran medida de este modo, esas palabras, escritas por un laico, constituían un hecho poco corriente, sino inusitado.

Rescató la importancia de la tarea de la Iglesia para la cultura, y sostenía que la legislación canónica preparó la jurisprudencia moderna, que los monjes alquimistas se anticiparon al método experimental y que la teología comentada en la *Suma* fue la precursora de los filósofos contemporáneos. Insistía en que, más allá de cualquier defecto que se les pudiera señalar a las instituciones que en distintos momentos rigieron la vida espiritual de los hombres, lo más importante era comprender que lo religioso constituía una tendencia permanente y una necesidad insaciable del espíritu humano y que, ocurriera lo que hubiere de ocurrir, esta tendencia reaparecería en la vida social bajo aspectos nuevos e inesperados.

Por fin, Becher –un artista en definitiva– se sentía atraído por el encanto formal que encontraba en la magnificencia de los ritos y la liturgia eclesiástica, por el sencillo encanto de los textos sagrados, por la belleza de la obra de más de un poeta místico y, por encima de todo, por ver en la Iglesia –depositaria simultánea de la verdad y el misterio– un ámbito acorde con su compleja sensibilidad. Comprendiéndolo así, su amigo Ricardo Rojas le dedicó en 1907, desde un rincón de la vieja Francia, estos versos:

Es la Bretaña, Emilio, tierra digna de ti:
hay menhires y dólmenes de los Druidas, y
cruces cristianas a la vera de las sendas,
por el campo sagrado de historia y de leyendas;
pardones que congregan muchedumbres devotas
Rumengol, Plobán y Saint-Hernot; gavotas
populares, que danzan en la campiña frescas
doncellas ataviadas de cofias pintorescas:
y vetustas capillas de santas milagrosas,
y viejecitas que hilan al umbral de las chozas,

23. “Los enemigos de la Iglesia”, p. 136.

y zagalas que llevan el trigo a los molinos,
y “Pátres” de almadreñas que van por los caminos,
y rapaces con vacas que por el campo van
todo como en los bellos cuentos de Valle Inclán.²⁴

Para el espíritu de Emilio, inclinado hacia lo religioso, la época moderna “ha substituido al cristianismo con una teología menos hostil a las legítimas ambiciones de la industria”, decía con ironía. “Ha hecho el Evangelio digerible para las almas comerciales.”²⁵

En reemplazo de la revelación, se encuentra “la moral chata y mediocre del sentido común, que trata de hacer humanidades dóciles y sociables y excluye por descontado las efusiones de la santidad y el ímpetu del heroísmo. Era la moral de aquel excelente Mr. Franklin, famoso por su pararrayos”²⁶

Benjamín Franklin y sus *Ensayos de moral y de economía política* eran para Emilio todo un símbolo de la ética ramplona del mercantilismo burgués que dominaba a la sociedad.

Su moral no es sino la aplicación de su economía. Lleva el estado de su conducta, según los mismos métodos de la contabilidad comercial. Durante toda su existencia supo llevar esa doble teneduría con igual probidad. Estimaba la virtud casi tanto como el dinero, y es justo reconocer que fue rico y virtuoso. Si el espíritu moderno fuera capaz de crear otros dioses, nuestro comercio sedentario, establecido sobre el crédito y la especulación, encontraría su patrono en Benjamín Franklin, de igual suerte que el comercio viajero y pirata de la antigüedad tuvo en Hermes su numen tutelar.²⁷

24. “Epístolas a Emilio Becher”, de *Los lises del blasón*, en *La victoria del hombre y otros cantos*, pp. 242-243.

25. “Libros de aguinaldo”, p. 99.

26. Ídem.

27. “Franklin”, artículo publicado en *La Nación* el 18 de mayo de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 193-194.

El deísmo de Franklin, encarnación de la hipocresía de la sociedad fenicia, “no fue sino el rótulo más honorable de su indiferencia. Cree en Dios como una transacción con la moral pública. Pero esa creencia influye poco sobre su conducta. No espera nada de la fe ni de la caridad, y un día escribe este aforismo que es una parodia sacrílega de la Escritura: «Solo la desconfianza nos salva». La bancarrota es el pecado irremisible de su teología y el crimen que ni Dios mismo perdona. «Vale más», nos dice, «acostarse sin comer que levantarse con deudas». El vencimiento aterraba esa conciencia, que no temía el juicio final”²⁸

Esta religión sin misterios tiene, con todo, su ascetismo y acepta las privaciones de la vida para merecer el paraíso fructuoso. “No bebas sino agua y pon tu dinero en el bolsillo. Si quieres ser rico trata no solo de ganar, sino de ahorrar. Levántate temprano y acuéstate tarde. Trabaja sin descanso, mientras duermen los holgazanes y así tendrás trigo para vender y para ganar.” Su palabra nos invita a seguir el camino de la virtud, no por amor desinteresado a la justicia y al bien, sino por espíritu de especulación. La virtud es más barata.²⁹

Los nuevos dogmas imponían una estricta privación y una actividad continua.

La admiración solo otorgada a las proezas de la actividad es, en efecto, la característica de nuestras sociedades. El odio de los republicanos a la vida monástica, expresado en sus carteles electorales y en la oratoria de sus mítines, señala, en su manifestación más significativa, el desprecio que profesamos por la especulación, desinteresada y una vida sin peripecias. Solo nos parece digno de elogio el esfuerzo que se traduce en obras visibles e inmediatas.

28. *Ibíd.*, p. 195.

29. *Ibíd.*, p. 196.

Nada nos permite, por otra parte, suponer que estemos en vísperas de un cambio, pues todas las fuerzas del porvenir se orientan en la misma dirección. La América del Norte, que parece dar el tipo de cultura preponderante, ha llevado esos principios hasta sus últimas exageraciones. Podemos, pues, desde ahora, prever nuestra historia de mañana. Si no sobreviene una revolución inesperada, es dable concebir que nos aproximamos a una época de agnosticismo y de barbarie, análoga a las que inauguraron los asirios en el mundo oriental y la República romana en el período clásico. Será una era de energía, de hiperactividad y de progreso. Este siglo amará a su modo la gloria y la belleza; solo que la belleza consistirá en la desproporción y la gloria en la extravagancia. Será el siglo del *record* y del *greatest in the world*.³⁰

El catecismo moderno de la “moral de Mr. Franklin”, de la bolsa llena y del activismo ciego, es impartido a los niños desde la más tierna infancia, y esto irrita aún más al ya indignado Becher. Se les inculca un desprecio enorme por la pereza –la “madre de todos los vicios”– sin advertirles que el verdadero ocio, que “se llama silencio y contemplación, y el éxtasis que es su forma sublime”, descubre al hombre “maravillas más estupendas que las encontradas por la audacia de los navegantes y la intrepidez de los exploradores”.³¹ Y los cuentos que se dejan en manos de los chicos, para poner a su alcance “las nociones de la ética y los consejos del deber”, se reducen a “recomendar sumariamente la hipocresía, la devoción, el respeto de las convenciones y las virtudes productivas de la perseverancia, el ahorro y la ayuda mutua”.³²

Otro de los aspectos fundamentales del pensamiento expuesto por Becher en los artículos publicados en el diario *La Nación* fue su actitud que puede calificarse de nacionalista, en la medida en que defendía en

30. “Elogio de la pereza”, artículo publicado en *La Nación* el 20 de enero de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 118-119.

31. *Ibíd.*, p. 120.

32. “Libros de aguinaldo”, pp. 98-99.

ellos los elementos autóctonos frente a la presencia abrumadora de inmigrantes, y reivindicaba con tono firme la tradición hispánica del país.³³

Reaccionó contra un dogma inserto en el credo de la generación de sus padres: la admiración irrestricta por la cultura y la técnica extranjeras, y la convicción de que todo progreso y toda mejora vendrían a los argentinos de una apertura incondicionada al mundo exterior y en particular a Europa.

Emilio, por sus orígenes paternos, se encontraba bien próximo al mundo europeo, y a través de su formación intelectual era un eximio conocedor del arte y el pensamiento de las naciones más avanzadas del Viejo Mundo. Pudo sin embargo tomar la suficiente distancia crítica como para comprender que la Argentina de principios de siglo debía reafirmarse en sus tradiciones para superar la crisis de identidad que el progreso material y la transformación del carácter de su población le producían. Era tal vez la vieja sangre española y argentina de los Irigoyen la que inspiraba su pensamiento.

Entendía que el espíritu propenso a sumir el país bajo las influencias extranjeras había creado en este un clima en que el cosmopolitismo aparecía como una utopía realizable, y cobraba el mayor prestigio la filosofía humanitaria que sustentaba esta actitud.

Creía asimismo que esta corriente había impreso una modalidad de tan exagerada xenofilia que los argentinos no dejaban perder la ocasión que les permitiera despreciarse, para atribuir a los extranjeros todos los méritos del esfuerzo y las realizaciones nacionales.

Según su pensamiento, “la inmigración, que modifica, quizá con desventaja, el tipo tradicional, crea otros nuevos” y “las formas que el alma argentina asume al contacto de las inmigraciones ofrecen un espectáculo interesante para la emoción del artista y para el estudio del sociólogo”. No solo lo gauchesco constituía el tema nacional, “la misma ciudad de

33. “La tradición y el patriotismo”, artículo publicado en *La Nación* el 28 de junio de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 219 ss.

Buenos Aires presenta en el desorden de su población cosmopolita fenómenos profundamente nacionales”³⁴

En resumen, Becher, sin adherir a una posición reaccionaria que revirtiera íntegramente la situación y alentara el odio a los numerosos extranjeros que en los más variados campos estaban colaborando para construir la nación, sostenía que era imprescindible recobrar la estima por nuestra esencia para no perder el sentido de la propia individualidad.

Como otros hombres sagaces de la generación que le había precedido, comprendía que en el necesario y urgente proceso de integración a que debía someterse la masa de inmigrantes jugaba un papel primordial la educación, o sea, la presencia y difusión de la escuela pública como elemento unificador de una población compuesta de hombres de tan diversos orígenes culturales. Se atrevía a afirmar que de esta enorme obra que el país tenía por delante dependía una de las claves del porvenir de su fortuna.

Con este mismo propósito de reafirmar la unidad cultural de la joven república, Becher destacó el valor capital y decisivo de la influencia hispánica en la definición del carácter nacional argentino. Superando prejuicios muy acentuados en los grupos dirigentes de la época y que provenían de la primera mitad del siglo XIX, opinaba que el fondo de nuestra idiosincrasia seguía siendo español. “No debemos avergonzarnos de ser todavía los mismos que partieron, otrora, a bordo de sus navíos peligrosos, hacia las costas lejanas de los adelantazgos.”³⁵

¿Acaso su hostilidad hacia los objetivos democráticos, que habían sido siempre sostenidos aquí por quienes despreciaban a España por su oscurantismo, no armonizaba con un redescubrimiento de los valores de esta nación?

Consideraba igualmente que la leyenda negra que había levantado el mito de “la noche del coloniaje” era un estilo argumental de polemizar que carecía de la capacidad de convencer y había perdido todo su prestigio aun como método de propaganda política.

34. “Problemas literarios”, artículo publicado en *La Nación* el 15 de julio de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 229-230.

35. “La tradición y el patriotismo”, p. 225.

Para Becher, muy por el contrario, debía la conciencia nacional volver a encontrar la unidad de nuestro pasado, y advertir otra vez que nuestra tradición nunca se interrumpió desde el siglo XVI. Partiendo de allí, el período hispánico cobraría en nuestra historia un singular valor como elemento formativo de la nacionalidad. Por este camino, aparecía también como un adelantado de la entonces muy tenue corriente revisora de la historiografía nacional. Sus comentarios a obras de Adolfo Saldías, y particularmente al *Facundo* de David Peña, revelan su entusiasmo y simpatía por los autores que intentaban esclarecer desde puntos de vista novedosos la comprensión del pasado argentino.³⁶

Sus convicciones revelan una vez más el giro sufrido por quien fue en sus primeros escritos un apasionado propagandista de la unión de las razas y los pueblos bajo la bandera de la “Humanidad”. La actitud posterior armoniza con su cambio ideológico general: el nacionalismo cultural, al poner el acento sobre los valores distintivos de cada pueblo, crea barrera infranqueable al intento de borrar los caracteres individuales de las patrias. Su creencia comparte las mismas raíces que su oposición al culto de la ciencia y la democracia.

Es que, en definitiva, estas tres posturas de Becher encuentran un único origen en su filosofía de la vida, que recién en 1909 explicitó en su obra más importante: *Diálogo de las sombras*.

Becher, un descendiente de los hombres del 80

Esta es la actitud de un crítico heredero de la generación del 80. ¿En qué medida su postura permite comprender la de sus contemporáneos? ¿O es acaso el de Emilio un ejemplo aislado, sin significación desde el punto de vista de la historia política?

Becher es un precursor, porque fue el primero en desarrollar hasta algunas de sus consecuencias más claras una actitud ya latente en algunos

36. “Los monarquistas argentinos”, publicado en *La Nación* el 5 de mayo de 1908, y “Una defensa de Quiroga”, el 28 de mayo de 1906. Ambos reimpressos en *Diálogo...*, pp. 185 y 201 ss., respectivamente.

de sus coetáneos. En ellos se encuentra, pero muy especialmente en Emilio, el origen de la crisis ideológica que muchos años después, en la segunda mitad de los años 20, habría de dividir a los intelectuales argentinos según su posición en pro o en contra de la democracia.

Dos hombres de letras nacieron el mismo año que Becher, en 1882: Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. Estos amigos y admiradores de Emilio eran hijos de familias de provincia que ocuparon destacados lugares de gobierno después de 1880. Luego, empujadas por las cambiantes circunstancias, se volcaron a la oposición que, dentro del mismo conservadurismo, se enfrentó con el Partido Autonomista Nacional.

Fruto de esta peculiar posición de sus familias, en Gálvez y Rojas coexistían hacia 1910 –cuando escribieron sus primeras obras de importancia– tres sentimientos solo en parte contradictorios: una admiración cerrada por sus padres, los constructores del país, criollos capaces a la vez de recorrerlo a caballo y de cruzarlo de ferrocarriles. Una crítica moralizante al régimen que había otorgado y quitado el poder a sus parientes, dejándolos caer en el vacío político provinciano cuando así convino al poder central. Un temor mal callado a una democracia sin fraudes, que podía terminar definitivamente con el mundo en que su linaje aún gozaba de prestigio, en que se compartían valores tácitos y expresados, en que los Gálvez y los Rojas, por fin, se movían con comodidad aunque ya no compartieran su control.

Estos tres sentimientos simultáneos generaron en Manuel y Ricardo una primera posición política hartamente difícil de desentrañar. En ella, el elemento progresista, optimista y positivo, favorable a la democracia –y heredado paradójicamente de sus padres–, iba unido, en primer lugar, a una reverencia por los principios políticos capaces de regenerar un sistema viciado. Pero, por otra parte, temían una forma de elección cuyos resultados no consagrarían a miembros de las familias fundadoras del país.³⁷

Emilio Becher no fue ajeno totalmente a esta actitud. Pero lo que sucedió con él es que sufrió una rapidísima evolución, quemando etapas que otros argentinos tardaron años en recorrer. Perdió pronto su optimismo

37. Véase este tema desarrollado en *El primer nacionalismo argentino*, de Manuel Gálvez y Ricardo Rojas.

adolescente respecto del pueblo y su participación política. Y fue ganado íntegramente por el último de los tres sentimientos que anidaba también, ya se ha visto, en otros de su generación: el miedo a la democracia.

Llevó su crítica más lejos que estos, la realizó con mayor claridad, con mayor convicción, con menos contradicciones. Por eso es un precursor, que explicita a su generación, pero que a su vez no se explica sin ella. De algún modo era lógico que su posición fuese más extrema. Ante todo, por una razón estrictamente intelectual: su lucidez no admitía componendas. Las bases últimas de su pensamiento lo llevaban derechamente a negar, a rechazar, la abominable y monótona realidad que una democracia, a su juicio igualitaria y gris, sin heroísmos ni exigencias, dejaba al descubierto.

Además, la influencia de sus muy cercanos y directos antepasados nacidos en la Europa del norte no solo se descubre en su aspecto físico y en su formación intelectual: también se la advierte en un mayor distanciamiento crítico frente a la realidad criolla, en su crudeza al desenmascarar las falsas apariencias y galanuras con que se revestía la pobreza de un territorio falto de tradición y verdadera cultura, en su duro enjuiciamiento de la política, que denuncia un menor compromiso humano con sus envueltas. Sin duda esta característica de Becher contribuyó a que no viese en el advenimiento de una democracia sincera un medio de regeneración política, sino una forma de decadencia.

Debe recordarse también que la familia Becher, a diferencia de las de Gálvez y Rojas, nunca formó parte del corazón del Partido Autonomista Nacional ni ocupó papel protagónico alguno. Tomó posición junto a los revolucionarios de 1890 y a los hombres que, como Aristóbulo del Valle y Bernardo de Irigoyen, ofrecieron una alternativa al conservadorismo. Y para terminar de ubicar a los antepasados paternos de Emilio, baste rememorar que su adhesión periférica a los representantes del régimen fue acompañada a la vez de una cierta decadencia económica, bien visible si se comparan los dos extremos: George P. Becher, el bisabuelo de Emilio, rico comerciante extranjero, y este último, bohemio periodista de *La Nación*.

La opción ideológica de una familia no suele ser ajena a la manera en que esta se inserta en la estructura política, económica y social del país. Así, los Becher, hombres por lo general cultos y finos, carentes de poder

económico real y de fuerza política, conservaron siempre una actitud de fuerte corte principista y ético para enjuiciar las maniobras del Partido Autonomista Nacional, y observaron con ironía y desprecio las trampas, vueltas y revueltas de su política, tan típicamente criolla.

De aquí nacían dos alternativas: unirse al partido de las masas populares, el radicalismo, que luchaba por romper el sistema de control electoral, o mirar con absoluto escepticismo toda la política, fuera democrática o fraudulenta. La primera fue la actitud seguida por gran parte de los Becher.³⁸

Pero la posición de Emilio no podía ser sino la segunda, porque su espíritu entero se rebelaba contra el estilo de la democracia de masas y las connotaciones populares que el triunfo del radicalismo podría traer consigo. Además, este partido no significaba para él de ningún modo una posibilidad de participación política –como lo era para sus adherentes y para parte de la clase alta–, ni tampoco un mal menor.

Bien podían los Gálvez, como tantas otras familias dirigentes del régimen conservador, darse el lujo de tolerar, para evitar contingencias peores, la entrega del gobierno a un partido popular que no tocaría las bases de su poder económico.

Pero Emilio tenía por único capital su empleo en el diario de los Mitre, llegado allí por sus relaciones, mantenido por su inteligencia. Su mundo estaba construido solo de cultos amigos, un amable trato con antiguas familias, bellos libros y nostálgicos pensamientos. ¿No había de temer que su casa de papel y sueños volase cuando azotaran los vientos renovadores?

38. Según el testimonio oral de un miembro actual de la familia, el señor Enrique Becher.

Diálogo de las sombras

“Yo he pasado una mala época: una gran depresión intelectual y moral. Estoy esplinético y rabioso. Mi trabajo en *La Nación* se mecaniza cada día más. Y fuera de *La Nación* no tengo nada. Vuelvo a entrar en un nuevo período nirvánico.”¹ Así escribía Emilio Becher a Ricardo Rojas, en noviembre de 1907, dándole cuenta de su estado de ánimo, que luego de un breve tiempo de euforia volvía a sumirse en una sombra, esta vez mucho más acentuada.

Pero, a pesar de su depresión, pudo comentar ese mismo mes en *La Nación* el primer libro de su gran amigo Atilio Chiappori, *Borderland*, que acababa de aparecer.

El autor era, en estos días críticos de la evolución espiritual de Emilio, uno de sus compañeros más próximos. Juntos pasaban las veladas, una vez concluidas las tareas periodísticas, en compañía de Alfredo López Prieto, Julio Piquet y Mario Bravo, conversando interminablemente en las sobremesas del Rebechino, restaurante italiano de la calle Maipú.

Chiappori era muy parecido a Becher. Un espíritu sutil y delicado, obsesionado por las penumbras y los matices, una figura de corte europeo, rubio, de modales y frases medidas y cordiales.

Sus estudios de medicina lo habían puesto en contacto con aquellos seres que se encuentran en la zona fronteriza entre la razón y la locura. Este mundo había sido aprovechado por el fino escritor que alentaba en Chiappori para narrar una serie de cuentos en que, a través de esos

1. Carta de Emilio Becher a Ricardo Rojas, transcrita en *Diálogo...*, p. XLIX.

personajes, se hacían presentes en forma velada lo extraño, lo inquietante, las fuerzas superiores al hombre, que escapan a su comprensión y a su dominio.

El clima algo enrarecido que se respiraba en la obra de Chiappori era compartido por Becher y llevaba la relación entre estos dos artistas mucho más allá de la simple camaradería. Esta rara confraternidad espiritual entre Emilio Becher y Atilio Chiappori era percibida por Ricardo Rojas, amigo de ambos, con fineza. Al leer el comentario de *Borderland* escrito por Becher le escribió una nota a este donde le decía: “El hombre del día es ahora el autor de *Borderland*. No he visto aún el libro, pero lo imagino bueno. He leído su artículo que me parece bellissimo, escrito con amor”.²

Es que la mutua comprensión entre Becher y Chiappori se muestra claramente en el comentario que Emilio escribió sobre *Borderland*, donde decía:

Un pesimismo sereno parece ser el fondo de esta obra, imaginada por un espíritu grave y un artista sensible. Una percepción aguda de la belleza y del dolor, el sentimiento de la importancia y la fragilidad de los hombres ante lo infinito de las fuerzas hostiles, la certidumbre de que el sufrimiento es la condición del esfuerzo y la esencia de la vida, han inspirado este libro, hecho con tanta probidad como talento.³

No en balde confesaba que el fondo de la existencia es el dolor que en esos momentos comenzaba una etapa de desintegración y quiebra de su vida. “Mi único secano espiritual es Emilio [Ortiz Grognet] y Chiappori, a quienes veo todos los días” le confesaba a Rojas en 1907, cuando este realizaba su primer viaje a Europa.⁴ Pero al concluir ese año, Ortiz Grognet se vio obligado a dejar Buenos Aires y volver a la casa de sus padres en Rosario, debido a una enfermedad incurable. La falta de apoyo que

2. Carta de Becher a Chiappori en la cual transcribe la carta que recibió de Rojas.

3. Artículo publicado en *La Nación* el 26 de noviembre de 1907, reimpresso en *Diálogo...*, p. 282.

4. Carta transcripta en *Diálogo...*, p. XLIX.

significaba para Emilio, siempre temeroso de la soledad, la ausencia de Ricardo Rojas y Emilio Ortiz Grognet, contribuyó a la tristeza e inseguridad en que se hundía: “Becher siempre melancólico, aburrido y paranoico”, lo describía Gerchunoff, a comienzos de 1908.⁵

Quedaba en Buenos Aires, como posible compañía para Emilio, su amigo Atilio Chiappori, que no le falló. Un vasto epistolario que data de esa época, con cartas guardadas religiosamente por Atilio, da cuenta de la debilidad del espíritu de Emilio y del cuidado cuasi maternal con que su amigo lo protegía de sí mismo. Son numerosísimas las invitaciones a comer a la casa de Chiappori que este y su esposa, la francesa Fernanda Lefebvre, le hicieron a Emilio, y muchas las veces que este se vio obligado a justificar su ausencia, antes o después de que se produjera.

Las esquelas de Becher conservadas por Chiappori⁶ pintan a brochazos espontáneos su estado en esa época: “Me desperté a las 2 de la tarde”, “he perdido la corbata (cosas que solamente a mí me pasan) y por ser domingo no tengo dónde comprar una. ¿Quiere mandarme una de las suyas? Gracias de antemano”, “no me espere, no podré ir, cubra de injurias mi nombre, se lo permito, pero me es imposible”, “he hecho una de las mías, he perdido la lista de invitados al banquete, no se puede imaginar la rabia que esto me da, sobre todo por el trabajo que le ocasiono”, “cuánto me avergüenzo de haber llegado anoche a la fase ridícula del sentimentalismo. Felizmente era con usted”, “su ofrecimiento me conmueve, es uno de esos que no se olvidan nunca porque se reciben en momentos inolvidables”, “no he de ir a despedirlo al vapor, porque tengo *miedo*. Mi facha no es presentable”, “le mando sus dos corbatas. Me vinieron de perillas. Imagínese que no podré salir a comer. No me quedo con ellas porque no sé hacerme el moño”, “sigo mal del estómago y no podré ir mañana a su casa. Quiere decirle a Fernanda que en el pecado llevo la penitencia, pues siento en el alma privarme del placer de ir a presentarle mis respetos”, “creo que tengo un poco de fiebre y voy a acostarme. Sea usted mi abogado ante Fernanda, diciendo que no pretendo que se me

5. Carta a Manuel Ugarte del 10 de marzo de 1908. Archivo Manuel Ugarte, Correspondencia, t. 1.

6. Agradecemos a su hijo Sergio habernos entregado una fotocopia de dichas esquelas.

absuelva sino solo hacer valer las circunstancias atenuantes”, “la extrema necesidad en que me encuentro me obliga a aceptar el cheque que usted me envía, me llega en momentos en que ando con 30 centavos en el bolsillo y la caja de *La Nación* inexorablemente cerrada. Con eso le digo todo”, “estoy demasiado enfermo, le ahorro detalles, pero crea que me hallo materialmente imposibilitado de ir a ninguna parte”, “tengo que pedirle mil disculpas, me había acostado tardísimo y me quedé dormido. Luego al despertarme he tenido un ataque de pituita, me sentía tan mal que creía que me moría y no podía ni hablar de un modo inteligible. Tanto que no pedí comunicación telefónica con su casa para no hacer un papelón. Entro en el detalle de todas estas miserias para que usted me perdone”, “he estado efectivamente enfermo y aún lo estoy –deprimido, más que enfermo”.

La letra misma de Becher se va desintegrando, y él se da cuenta: es el efecto de la depresión y del alcohol: “la pluma está imposible”, “tengo sueño, hasta luego”, “discúlpeme la letra, pensando la noche...”. Aquella impresión de desamparo, a la cual no era ajeno el temor a la propia existencia, en un mundo que veía vulgar y agresivo, le hizo quizá presumir que en el alcohol encontraría una fortaleza o una huida. Significativamente, a su amigo Chiappori lo congratulaba por haber sabido tratar un sentimiento tan difícil “como el de ciertas formas del amor sin felicidad”.

Mucho afligía esto a su madre, que lo quería particularmente, aunque sin alcanzar a comprender la complejidad del alma de Emilio. En el cariño y respeto que por ella sentía, este habría encontrado tal vez una de las últimas ataduras capaces de impedir que la vida se le escurriera de entre las manos como un chorro de agua. Pero ella murió el 10 de septiembre de 1908, y esta ausencia agravó su soledad y quebró su ya frágil y debilitado ánimo.

Todos estos hechos dolorosos empañaron la vida de Becher. Pero detrás de ellos se encuentra aquel muchacho de veinte años, desengañado de sus sueños adolescentes, el que ya entonces presentía que toda ilusión optimista “no es más que una máscara colocada sobre la cara demacrada y gesticulante del dolor humano”. Gestos de resignación y derrota que, en su negativa al esfuerzo y la creación, se irán adueñando ahora de la vida misma de Emilio.

El acto de escribir me resulta cada vez más difícil. Absolutamente mecanizado desde hace más de un año en una labor de amanuense automático. A todo esto se agrega una gran depresión moral, una absoluta inapetencia de literatura, inhibición de voluntad, esplín, desorientación, *taedium vitae*. Si no le mando más noticias mías es porque no las hay. No hago absolutamente nada, y no me sucede nada.⁷

Así escribía a Rojas poco antes de que este concluyera su viaje. A la vuelta, en los finales de 1908, al reencontrarse con su amigo, Rojas advertía que este se encontraba invadido por el pesimismo y la abulia, e intentaba sacudir su espíritu para lograr que reiniciara con nuevos bríos su hasta hacía poco brillante tarea de escritor y periodista.

Con esta intención, en las noches de verano de 1909, cuando hacía un alto en la redacción de su *La restauración nacionalista*, recogía a Becher en *La Nación* y salían juntos a compartir una cena y algunas horas de distracción y descanso en los clásicos restaurantes concurridos por la bohemia intelectual de esa época, como el Ferrari o el Bismarck.

Precisamente fue una de esas noches, la del 2 de enero, cuando Becher comentó a Rojas y a Chiappori que había escrito para su diario un artículo comentando *La isla de los pingüinos*. Era esta la última novela de Anatole France, cuya visita a la Argentina se anunciaba para los meses próximos.

Este era el hombre que llegaba a Buenos Aires en el invierno de 1909, pero detrás de France se encontraba también una personalidad con quizá más vocación de lector y erudito que de verdadero creador. Hijo de un librero de viejo del muelle Malaquías, debía a ese mundo de los libros la traza de algunos de sus personajes. Su gusto por la literatura clásica y los grandes escritores franceses confería a su prosa un particular rasgo de sabiduría. Algo de esta tendencia la debía asimismo el novelista a la confesada influencia que recibió de la obra de Ernest Renan, y en particular de su libro *Historia de los orígenes del cristianismo*. Fue este en su tiempo una suerte de tratado para aquellos que recorrían el camino de

7. Carta a Ricardo Rojas transcripta en *Diálogo...*, p. XXXII.

un diletantismo ilustrado tendiente a descubrir por medio de los exégetas el auténtico valor del mundo de la antigüedad.

Pero sin duda su prestigio nació de sus ricos ciclos novelísticos y en especial de los cuatro tomos de la *Historia contemporánea*, donde describió admirablemente la vida en una ciudad de provincia, valiéndose de su fundamental personaje M. Bergeret, con tantos sucesos y actitudes muy próximos a la biografía del autor.

En 1903 Becher ya había trazado la figura de France como la de un “incrédulo elegante y amable que explica con delicadeza la nada de las cosas humanas, la identidad del bien y del mal, la vanidad de todo conocimiento. Su gloria consiste en haber conservado, frente al espectáculo de los hombres en actividad, un escepticismo sin desesperación y una ironía sin acritud”.⁸ Tal vez la señal más clara que el literato francés dejó en Emilio fue la admiración por su estilo y algunos rasgos de su pensamiento, reflejados en el artículo en que este comentó, en 1909, *La isla de los pingüinos*. La originalidad de la crónica consistía en estar hecha como una conversación entre personajes de France, ya muertos, en torno de su genial creador. Por eso se llamó *Diálogo de las sombras*.

Al impacto que este modo de encarar el asunto producía, sumábase la transparencia y belleza del estilo, la suavidad y nitidez de la frase, la adjetivación impecable. Todo ello impresionó hondamente a sus dos primeros lectores, Rojas y Chiappori, quienes vieron el original la noche antes de su publicación y lograron, mediante una estratagema, que el nombre de Emilio, a pesar de su terminante negativa, apareciera al pie del escrito. Al día siguiente, el asombro de los lectores cultos era tal que les era difícil creer –como le sucedió a Mariano Demaría– que su autor fuera “el hijo de Matilde Irigoyen” y no un ilustre europeo.

Es que Becher había puesto aquí lo mejor de sí mismo, volcando en forma discreta las ideas más constantes de su madurez, a la vez que les daba fundamento con una suerte de filosofía de la vida.

8. Comentario a *Histoire Comique* de Anatole France, publicado en *Ideas*, julio de 1903, reimpresso en *Diálogo...*, p. 65.

En esta, lo central era la pasión: “[E]s natural en el hombre guiarse por sus pasiones y no por su inteligencia”.⁹ Emilio había extendido más allá de sus límites normales su crítica al cientificismo: tras ella se escondía –y se revelaba ahora– una meditación en que primaba el desvelo por la vida, el sentimiento, lo absurdo, lo irracional.

Es más: se alegraba de que así fuese, como antes se regocijaba de la bancarrota de la ciencia. “De otro modo la vida sería intolerable. El conocimiento infalible de las cosas daría a nuestras existencias la perfección ingrata de una figura geométrica. Las pasiones prestan a la vida la novedad y el interés de un juego violento. A ellas les debemos nuestros raros minutos de felicidad”.¹⁰ La felicidad con que Becher sueña, la desesperanza que lo posee. He aquí un aspecto fundamental de su personalidad. Un hombre introvertido y tímido, de discretos ademanes, carente de amores, un hombre que apenas ríe, envuelto en suave tristeza. Este es el Emilio real, que añora una felicidad que las pasiones imaginarias podrían brindarle. Pero es un espectador, un nostálgico espectador, como él mismo se confiesa en un magnífico soneto de sugerente título, “Dicha ajena”, cuando luego de describir un pacífico y cálido cuadro familiar termina diciendo:

Y en mi alma que una sorda inquietud trabaja,
La indecisa ternura de las melancolías
Y la añoranza triste de aquellos días...¹¹

Para Emilio, que sufre su falta de arraigo en la realidad de la vida, esta se embellece con las pasiones y, en especial, con el amor. *Diálogo de las sombras* es un pequeño tratado de las pasiones: he ahí las que dan el júbilo de la posesión, o trastornan el espíritu, véase allá la de la lujuria... pero el amor tiene el sitio de preferencia.

9. *Diálogo...*, p. 13. “Para servir a los hombres hay que dejar de lado toda razón como un bagaje embarazoso y elevarse en las alas del entusiasmo. Si se razonara siempre, no se volaría jamás”, decía Anatole France.

10. *Diálogo...*, p. 13.

11. *Diálogo...*, p. 7.

No es el amor en sí mismo, sin embargo, lo que Becher analiza, sino la belleza que trae a la existencia, a los recuerdos del hombre, a sus sueños. La pantalla mágica que pone entre la pobre realidad y los ojos humanos.

El amor ennoblece las más triviales imágenes, como el perfume una tela grosera. Me acuerdo de la mujer por quien el espectáculo del mundo adquirió a mis ojos un aspecto nuevo y magnífico. Su imagen fue afinándose con los años y tornándose más luminosa a medida que la sombra se hacía más espesa en mi alma. Su recuerdo me infunde a veces una vaga tristeza cuando cae la tarde y estoy solo.¹²

El amor, o más aún: el recuerdo del amor, el sentimiento de amar o haber amado, es lo que embellece el tosco cuadro de los días, esfuma – como la poesía – sus tonos violentos, le agrega nostalgia, tristeza y melancolía: lo refina.

Se está a punto de entrar en el corazón mismo de Emilio Becher: ¿Qué importa la existencia, la verdadera vida, a este sutil artista? Nada: la realidad no tiene para él consistencia propia; en sí misma es triste, opaca y pasajera. “Nada dura en el mundo y las imágenes más caras a nuestro recuerdo no son sino las apariencias vanas de cosas fugitivas.”¹³

Lo que le conmueve son las hermosas visiones que se pueda guardar en la memoria, y ellas son pintadas por esas grandes artistas que son las pasiones.

Pero Emilio nunca había seguido el impulso de esos violentos sentimientos que embellecen “la abrumadora monotonía de la realidad”. Y quizá haya sido esta contradicción la causa, o tal vez la consecuencia, del aniquilamiento que buscó para sí mismo. A los veinte años destruyó todas las poesías que había escrito, y solo tres testimonios se guardan de la perfección y delicadeza con que componía sus sonetos. Más adelante, ya en 1906, no publicaba en *La Nación* sino bajo el seudónimo de Stylo, o en

12. *Diálogo...*, pp. 22-23.

13. *Diálogo...*, p. 20.

el anonimato. Después de 1907, escribía solo esporádicamente. Fue cediendo una a una, escalonadas, todas las secciones que se le asignaban en el diario, pasó por la redacción telegráfica del exterior y por último pidió ser enviado al archivo, donde las tareas eran oscuras e intrascendentes. Buscó en el whisky un amparo para la soledad interior que lo cercaba.

Su amigo y admirador Leopoldo Lugones solía contar que un día en que visitaba, como de costumbre, la redacción de *La Nación*, encontró todas las oficinas desiertas. Llevado por la intriga, ya que se trataba de una hora en que el ajeteo periodístico era grande, penetró hasta el fondo, donde se encontraba el escritorio donde trabajaba Emilio, y allí lo halló. Pasaron unos minutos hasta que Becher con sus ojos tristes percibió la presencia de su amigo el poeta. Al poco rato, Gerchunoff encabezaba al torbellino de reporteros que ingresaban a sus oficinas, exaltados porque habían asistido a la puesta en marcha de una nueva rotativa que, según el autor de *Los gauchos judíos*, arrojaba diarios por millares con solo apretar un botón. Emilio había preferido, una vez más, la soledad de su escritorio a la fiesta de la inauguración.¹⁴

¿Por qué Becher se fue silenciando, por qué no hizo la magnífica obra literaria que todos esperaban de él? Pareciera que carecía del gusto instintivo por las cosas. Más que la fruición de los seres, le era valioso el clima de nostálgico recuerdo que ellos le dejaban. Y este sentimiento quizá le haría aparecer toda posesión o realización como decepcionante, trivial e insuficiente, frente a esa imagen creada por su espíritu, condenado a la insatisfacción por su exigente expectativa.

Su mundo interior era para él más importante que la realidad. Aunque amaba la vida, también se le hubiera podido aplicar lo que dijo de Ángel Estrada: estaba más próximo al arte que a la naturaleza.

La fugacidad y la pequeñez parecían a Becher la esencia íntima del mundo. En esto coincide con Calderón, con Manrique y ese linaje de autores que niegan valor a las realidades humanas precisamente por ser pasajeras y dejar insatisfechas la sed de infinito. Todo o nada, eternidad o vana ilusión.

14. Aristippus, "Emilio Becher, frío e indiferente ante el dinamismo y el progreso", *Caras y Caretas*, 25 de mayo de 1930.

“La abrumadora monotonía de la realidad”, decía. Y revalorizaba en cambio el sueño, la quimera, la pasión, el heroísmo, el sentimiento bello que mejora la vida. Juzgaba al amor mismo como “una vasta ilusión, noble, violenta y fecunda; una ilusión suprema a la que el hombre debe la excelsitud de su condición”.¹⁵

Esta posición espiritual, llevada al campo de la política, conduce de modo obligado a la crítica total de la sociedad, al vago deseo de una radical transformación que no reconoce objetivos concretos, a la búsqueda de la belleza, de lo nuevo. Nunca a la tolerante, progresista, reformadora y en apariencia opaca democracia.

“Los partidos de oposición no denigran sino los procederes ministeriales o las mociones del congreso. Pero el Carnaval –símbolo para Emilio de esa angustiada repulsa de «las miserias vulgares de la existencia»– extiende su diatriba a la organización entera de la República. El individuo que se enmascara afirma, sin saberlo, que la sociedad es defectuosa y que sus formas actuales no satisfacen su ideal. En las líneas de su carrera o en la extravagancia de su traje manifiesta su aspiración confusa hacia una civilización distinta, un mundo imaginario donde se truequen los destinos y donde la opresión de las leyes no le obligue a ser tan diferente de como lo sueña su ambición.”¹⁶ Esta es la profunda consecuencia política de la actitud de Becher. Tanto su nacionalismo como su rechazo de la democracia y su desprecio de la ciencia tienen su origen en la estima que otorga a lo subjetivo; a lo intuitivo, a lo incommunicable del hombre, frente al desafecto que siente por la vulgaridad y chatura que subyace a la sociedad civil.

Becher es el primer pensador argentino que demuestra –mejor y antes que el mismo Lugones, por cierto– los efectos políticos de una filosofía antiintelectualista. La primacía del sentimiento y la pasión sobre lo conceptual es, históricamente, la fuente inagotable del tradicionalismo y de las posiciones de derecha. Harto conocida es la influencia de Henri

15. “La promesa de la serpiente”, p. 159.

16. “Carnaval”, artículo publicado en *La Nación* el 25 de febrero de 1906, reimpresso en *Diálogo...*, p. 145.

Bergson sobre Georges Sorel y de este sobre el fascismo, y los ejemplos podrían multiplicarse.

Para Emilio, el predominio del elemento racional, activo y expansionista, transformador de la naturaleza y organizador de una sociedad masiva, llevaba a la sustitución de la fe trascendente por la “moral de Mr. Franklin”, del ocio contemplativo por la ciega e incesante tarea, del amor a la patria y a los antepasados por un cosmopolitismo pragmático y despreocupado, del respeto de las virtudes superiores por el igualitarismo gris que él identificaba con la democracia. Por el camino del sentimiento, reencontraba en cambio los lugares que la civilización moderna había abandonado: la religión: la belleza, la tierra, un orden en que se respetara el heroísmo, el genio y la santidad.

Más allá de su postura política, la indisoluble unión de esta filosofía de la vida con su íntima experiencia personal no fue menos importante. Ese enmascarado, que abomina de “la organización entera de la República”, abomina de toda la realidad, y naturalmente también de sí mismo. “Estamos ávidos de no ser nosotros mismos, de salir de nuestro propio yo, de abolir, siquiera durante la fugaz ilusión de un minuto, la abrumadora monotonía de la realidad.”¹⁷

Es enorme la carga de orgullo y de desesperación que esta frase encierra. El orgullo tan típico en el refinado intelectual que él fue, transparente en su correspondencia y prosa: “Soy demasiado orgulloso. Nada me desagrada más que la modestia, virtud de sacristán cuando no es simple estratagema de arribista”, decía.¹⁸

Pero también está presente la desesperación, fruto de advertir la distancia intransitable entre el yo real y el yo ideal. Este estado de ánimo lleva, por fin, a la fuga y a la destrucción.

En última instancia, Emilio parece haber quedado aprisionado, sobrecogido y paralizado entre dos abismos sin fin. Uno es el de la oprimente miseria del hombre, que ya entrevió azorado en 1902, cuando dijo: “he cambiado mucho”. Esa visión fue posesionándose de su espíritu y no lo

17. *Ibíd.*, p. 146.

18. Carta a Manuel Ugarte, mayo de 1905. Archivo citado.

abandonaría jamás. El otro insondable intuido por su imaginación es el de la infinita belleza, la absoluta perfección, aquella que los poetas alcanzan a presentir en la inimitable curva del alto cielo o en la delicada insinuación del vuelo de un pájaro.

Coexistir con estas dos heridas en su alma fue el precio que tuvo que pagar por su extrema lucidez y su extrema sinceridad. No supo engañarse ni mentir, proponiendo falsas maneras de unir esas dos simas. Vivió esa tensión cotidianamente, y no pudo soportarla.

Tensión que es, por otra parte, tan del espíritu del europeo del norte que habitaba en él por su sangre paterna. Tan íntima a la actitud protestante que recibió por esa misma vía. Tan vivamente presente en su propio padre, quien, como se ha visto, recordaba en sus torturados días de Niza, acechado por quién sabe qué visiones y remembranzas, la terrible dualidad de la naturaleza humana, carcomida por la miseria y refrescada por el sople divino.

Pero este vivir plenamente esa encrucijada del corazón es también muy español, y bien española era la sangre que Emilio recibió de Matilde Irigoyen. Es la sangre del Quijote, de San Ignacio, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, que saben bien que Aquel es Su Majestad, el perfecto, el innombrable Señor frente a quien todo lo nuestro es impureza.

Becher, que por su espíritu debió ser un místico, no supo o no pudo saltar el abismo con la loca convicción de esos grandes españoles; con la segura fe con que su tatarabuelo Manuel Mariano, tantas leguas distante de su rey ya puesto preso, le rendía devota fidelidad.

Se quedó con el dolor insoportable en su corazón. No lo llevó esta actitud, sin embargo, al desprecio de la flaqueza de sus semejantes, ni a una acre ironía o a la sangrienta burla, que le hubieran sido tan fáciles. Por el contrario, todos sus contemporáneos nos muestran a un Becher bueno, comprensivo, interesado por quienes le rodeaban. Así lo describió José María Salaverría, que lo conoció bien en esos años:

Le estoy viendo con su cabeza rubia, sus ojos azules y penetrantes, su desaliño habitual, mucho más ostensible y chocante en un país donde todo el mundo presume de vestir bien y de bañarse a menudo. Emilio Becher iba mal trajeado, mal afeitado

y con el aspecto de no bañarse nunca. Sin embargo, toda su persona emanaba una distinción suprema, todo él inspiraba simpatía y respeto, y aun en las tristes horas en las que se presentaba alcoholizado; todo él ofrecía una presencia elegante aun cuando su corbata estuviese rota y sucia. Fumaba con voracidad unos cigarrillos orientales endemoniadamente fuertes y bebía del “whisky” más graduado y encabezado que se encontraba en el “bar” de la esquina. “Y el caso es que no me gusta su sabor” solía confesar. Lo que le gustaba era lo que hay de arrebatado, de quimera y de fantasía en el alcohol. Y sobre todo le gustaba conversar entre amigos. Hablar de todo, de lo divino y humano, con aquella fuerza de agudísima penetración y enorme cultura que hacía de sus charlas una verdadera fiesta intelectual.¹⁹

Becher no se transformó, entonces, en un hombre amargo. Melancólico, extraordinariamente dulce y comprensivo, estaba anonadado por el misterio de la existencia. En uno de sus últimos comentarios de *La Nación*, en torno a *Los lises del blasón*, de Ricardo Rojas, publicado en 1911, expresaba:

La humanidad antigua adoró, como nosotros, las fuerzas oscuras y terribles que mueven el universo; pero los protagonistas de su tragedia podrían ser nuestros contemporáneos porque es la tragedia del corazón humano. Tan ambiguo como para los peregrinos de Delfos es para nosotros el oráculo de la fatalidad. Hacemos por dolor de amor lo mismo que hacía el suplicante de la Pythia; buscamos el olvido, como él, en la obstinación de la tarea o en el furor de la orgía.²⁰

Un notable análisis de su caligrafía lo describe de esta manera:

19. “Una visión espectral de Buenos Aires”, *La Nación*, 1933.

20. *La victoria del hombre y otros cantos*, p. 138.

Hubo en él la contradicción que marca una clase de espíritus superiores: tenía la melancolía de todos los sueños magníficos que jamás realiza la vida, pero no era esencialmente un triste, como no lo son nunca aquellos que por la riqueza de su mundo interior constituyen la verdadera aristocracia humana.

Tal vez su aptitud para comprender –que en sus últimos años es infinita– sirvió para apaciguar el desencanto de su corazón, con una resignada sabiduría de renunciamiento. De la sensibilidad ávida y dulce, espontánea de pasión y de esperanza que transparenta el grafismo de la juventud lejana, queda tan solo la emotividad violenta, bruscamente traducida en decisión, en reserva, en disimulo, en hábil hermetismo defensivo. Ya no le tientan las grandes acciones de caballería, y ante los molinos de viento de los paisajes sentimentales, sonrío y pasa, filosóficamente.

Lo único que no le dio paz fueron sus inquietudes morales. No percibía con claridad el límite entre el bien y el mal. Estaba, con su inteligencia, por encima del campo por donde corrían los arroyos de sus pasiones, y el mal debió parecerle quizá algo objetivo y circunstancial. Pero lo torturó el doloroso problema del hombre que se siente superior a sus instintos y no acierta a resolver la antinomia de su libertad y de su responsabilidad. Vuelta a vuelta la pluma hace un pozo de tinta del bucle que debió ser limpio y claro... Y al instante siguiente, el chispazo de la intuición metafísica quiebra el hilo sacudido y turbio en inquietos perfiles de idealismo. Esta alternativa de sombra y de claridad persiste sin solución entre las dos épocas de su vida que traducen sus autógrafos. Becher no tuvo la voluntad de ser perfecto, único don de milagro con el cual se cura, sobre la tierra, la angustia de sentirnos ajenos a ella.²¹

21. Alfonsina Masi Elizalde, “Un estudio grafológico”, *La Nación*, 10 de junio de 1928.

En lugar de realizarse a sí mismo, Becher estaba ávido de no ser él mismo. Por este motivo no creó una obra. Y para terminar de no ser él mismo, destruyó sistemáticamente su vida, signada desde entonces por un silencio que solo la Primera Guerra Mundial logró romper.

La primera guerra y el último clamor

Los argentinos de principios de siglo tenían estrechos lazos de unión con el mundo europeo; numerosos hijos de sus tierras meridionales habían llegado a sus campos y ciudades; las letras y el pensamiento franceses eran recibidos con admiración y avidez; las instituciones británicas inspiraban a los estudiosos de la política y aún más importante era la decisiva influencia inglesa en todos los puntos vitales de la economía del país.

Nadie permanecía, entonces, insensible a los acontecimientos que ocurrían más allá del Atlántico, difundidos y comentados en los diarios de mayor relieve, con prolijidad y amplitud, por afamados corresponsales. Los distintos sectores de la opinión pública fueron reconociendo así, paso a paso, las tensas alternativas que marcaron las relaciones entre las grandes potencias.

Las rivalidades por la conquista de los mercados coloniales, el inestable equilibrio en la tenencia de los recursos bélicos y la no menos preocupante desarmonía yacente bajo la poderosa organización interna de las principales naciones convocaban a la meditación y a la reflexión a los más sensibles observadores.

Estos advertían que las vicisitudes no implicaban solo conflictos de fuerza y diplomacia. Ellas ocultaban mal la proximidad del fin de una época que había perdido ya la admiración irrestricta por la certeza y la bondad de la ciencia, las posibilidades estéticas y el valor pedagógico del arte realista y la firme convicción de la infinita capacidad del razonamiento humano para lograr la plenitud del conocimiento.

Becher, ya en 1903, cuando era todavía un joven lleno de proyectos y esperanzas, escribía en la revista *Ideas* un comentario sobre las más

eminentes figuras de la política francesa, donde decía que detrás de tantas teorías contradictorias y de tantos sistemas hostiles, se encontraba la constatación de que el estado social de aquella república era ya insostenible, y que la catástrofe se había hecho inminente. “Debajo de todos estos videntes”, agregaba, refiriéndose a los destacados políticos galos, “el alma vasta y confusa del pueblo crea el destino futuro, la humanidad de mañana. Nadie, hasta ahora, ha sido capaz de penetrar en este profundo secreto; pero es indudable que algo está por venir, algo que se oye, vagamente, crecer en la sombra”.¹

Emilio había logrado por entonces presentir en la compleja trama europea los trágicos acontecimientos que amenazaban el futuro.

Esta inquietud permaneció en su espíritu, a pesar de la honda crisis interior que vivió con agudeza a partir de 1907, y que se acentuó con el correr de los años. Hacia 1911, en *La Nación*, donde continuaba trabajando, sus sueltos, breves y anónimos, tenían la gracia y la elegancia de siempre, pero aparecían cada vez más espaciados. Cuando sus compañeros se los celebraban, se sonreía, ruborizándose del éxito, sabiendo que por un largo tiempo no volvería a tomar la pluma. Y Becher, cada vez más desaliñado, se iba para perderse, con docilidad y resignación, en el mundo de los ensueños y de las atrayentes conversaciones sin fin, desvaído en la niebla del cigarro, bebiendo uno tras otro los vasos de whisky, con tal de no quedarse solo con sus angustias.

Él vivía, como siempre, con su padre y sus hermanas. Cuando estas se iban en el verano, por lo general a Mar del Plata, Enrique y Emilio hacían “vida monacal”, según les informaba el padre a sus hijas.² Emilio, por su parte, mostraba en las pocas cartas que escribía a su hermana mayor su creciente apatía, pero también su afecto por ella y por Matilde, y cómo conservaba intacta la precisión de su prosa. “Por un lado, ya se ha hecho costumbre en mí el no escribir y estoy tan harto de mi oficio que solo ver una pluma me da horror; y por otro, cada vez que me siento a escribir una carta no puedo menos que preguntarme: ¿qué voy a decir?

1. Comentario a *Les prophètes* de Adolphe Brisson, publicado en *Ideas*, junio de 1903, reimpresso en *Diálogo*, p. 48.

2. Carta de Enrique a Virginia (Tota), desde Buenos Aires, 14 de enero de 1915.

Llevo una vida tal que no tengo novedades que contar, y es lo que me pasa en este momento.” Lo que de verdad siente es el intenso calor del verano porteño: “Llegado a la ancianidad me he convencido de que sentir frío es la única cosa verdaderamente agradable de la vida”, comenta. “Me alegro mucho de que estén tan contentas. En cuanto a mí, haces muy mal de extrañarme. Los viajes me horrorizan y dos horas de tren me parecen uno de los más extravagantes sacrificios. Además, la naturaleza me ataca los nervios. Dejame tranquilo en Buenos Aires. Ustedes diviértanse a más no poder. El ideal de una persona sensata debe ser no trabajar en nada y entretenerse todo lo posible. Y no te aflijas pensando zonceras y creyendo que porque ustedes no están aquí, nosotros nos vamos a morir de hambre o vamos a tener miedo de noche.”³

Sin embargo, a pesar de su ensimismamiento, Emilio conservaba interés por las cuestiones del Viejo Mundo, y había visto de modo crítico la tentativa del jefe del socialismo francés, Jean Jaurès, de lograr la conciliación, entre su humillada patria y la Alemania que le había arrebatado Alsacia y Lorena. Este dirigente había puesto de manifiesto sus ideas en el discurso que pronunció en el Parlamento de su país en 1911.

Emilio y su amigo Joaquín de Vedia admiraban la inigualable belleza de la oratoria del fogoso Jaurès, pero diferían en cuanto a la valoración de sus proyectos. Para Becher, el acuerdo franco-prusiano era una generosa quimera que no le inspiraba simpatía. “Discutimos el punto”, relata de Vedia. “Becher con su admirable calma, en que brillaba la diáfana claridad de su talento, y yo con mi vehemencia habitual, que aumenta mi convicción tanto como disminuye mi facultad de convencer o persuadir al interlocutor, y al día siguiente, el grande y querido amigo me obsequió con una colección de discursos parlamentarios de Jaurès, diciéndome: «Aquí le traigo armas para que me ataque».”⁴

Los esperanzados esfuerzos de Jaurès fueron desbaratados, como tantos otros intentos de encauzar por el camino de la moderación las encontradas posiciones diplomáticas. Becher, al demostrar reserva y

3. Cartas de Emilio a su hermana Virginia (Tota), escritas desde Buenos Aires en el verano de 1914-1915, sin fecha precisa.

4. Joaquín de Vedia, *Como los vi yo*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922, p. 74.

desconfianza hacia los planes del líder socialista, anticipaba la posición que adoptarían los estadistas durante el verano de 1914, prefiriendo las tradiciones y los valores nacionales a cualquier ideología.

En ese momento, cada pueblo se consideró amenazado en su misma existencia por un enemigo hereditario con el que debía luchar a vida o muerte. Y esta idea, que dominó a todos, jugó un papel preponderante, junto con las rivalidades imperialistas, en el origen del conflicto global.

Luego del atentado de Sarajevo, ni las gestiones de las cancillerías o de las figuras de los grandes negocios, ni tampoco por cierto los tibios discursos de los dirigentes de la II Internacional, pudieron impedir que se desatara la lucha, en medio de un clima de irreflexiva pasión.

El tremendo choque entre los grandes ejércitos no bastó para enfriar la fiebre de patriótico entusiasmo: que siguió al desencadenamiento de la guerra. En menos de tres semanas los ejércitos del káiser acampaban a las puertas de París, luego de una audaz y exitosa ofensiva por el territorio de la Bélgica neutral.

Sin embargo, los franceses lograron rehacerse, y la calma imperturbable del general Joffre permitió a sus tropas obtener la victoria del Marne, sobre el filo del otoño. De este modo, a fines de noviembre de 1914, a pesar del fracaso de su estrategia, los alemanes seguían ocupando todo el norte de Francia y los aliados, luego de las duras heridas recibidas, se encontraban debilitados para iniciar un vigoroso ataque: la gran contienda quedaría inmovilizada por casi cuatro años.

El gobierno argentino estaba encabezado en aquellos días por el dirigente conservador Victorino de la Plaza, y sus relaciones exteriores se encontraban a cargo del exjefe de redacción del diario *La Nación*, José Luis Murature, amigo de Becher. Tan pronto se tuvo conocimiento del comienzo de las hostilidades, se reunió el gabinete en la casa del presidente y resolvió mantener al país en una posición neutral. Esta decisión estaba inspirada por la necesidad de seguir comerciando con todos los países beligerantes, que en mayor o menor grado compraban los productos argentinos, y por la variada composición étnica y cultural de la población, que comprendía inmigrantes de países enemigos en la contienda.

Las clases medias y bajas, compuestas en su mayor parte de viejos criollos del interior y de la reciente inmigración italiana y española, recibió

con beneplácito la iniciativa oficial. Se sentían interpretadas por esta actitud prudente, que mantenía alejado al país de una lucha seguida con apasionamiento, pero a la cual, en última instancia, eran ajenas.

Los miembros de la clase tradicional tenían, por su herencia cultural y sus vínculos económicos, una sincera y decidida simpatía por Francia e Inglaterra. Sin embargo, en los primeros tramos del combate aceptaron la distancia que el país ponía con sus protagonistas. “Ser aliado fue, en seguida”, comenta una joven de este medio, “de buen tono y consistía en aplaudir ostensiblemente los noticiosos cinematográficos, particularmente si entre el público reconocíamos a algún germanófilo; después, en no perder la ocasión de cantar la Marsellesa, la Madelon y Tipperary, y en llamar boche a todo neutralista. Pero también era de buen tono limitar la virulencia de las bromas dirigidas a los del bando opuesto: ganara quien ganase, nuestras propias vidas no iban a cambiar”.⁵

Todos seguían atentamente los artículos que con prosa fuerte y rica escribía Leopoldo Lugones en *La Nación* y otros periódicos. El poeta cordobés, que por entonces interpretaba la historia universal como una lucha entre el principio de la libertad y el nefasto dogma de la obediencia, identificaba con el primero la causa de los aliados y al segundo con “el pueblo del imperio, engañado por su déspota”. Veía en el francés a “un pueblo fuerte y grave, quien comprendía con su fácil inteligencia que había llegado para él una hora suprema; era el pueblo de la república, consciente de sus destinos y su serenidad no era otra cosa que la manifestación de su conciencia [...] La actitud análoga del pueblo inglés, con ser tan distinta”, decía, “enseña que los resultados del autogobierno son también análogos, robusteciendo una vez más la idea, superior que asigna a todos los hombres, sin distinción de raza, igual capacidad para la vida libre”.⁶

No obstante, dentro del núcleo de los intelectuales de elevada posición, existían algunos que, como el destacado historiador y sociólogo Ernesto Quesada y el jurista Estanislao Zeballos, alegaban que un país que, como Alemania, había sido capaz, “en menos de medio siglo, de un

5. María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, pp. 85-86.

6. “Las vísperas trágicas”, artículo publicado en *La Nación*, septiembre de 1914, reimpresso en *Mi beligerancia*, Buenos Aires, Otero y García, 1917, p. 93.

esfuerzo tan gigantesco en todos los órdenes, tenía derecho por lo menos al respeto de los neutrales”. Quesada, a la vez que atribuía a la competencia mercantil inglesa el origen de la guerra, concluía sosteniendo que era “abusar de los términos decir que «la causa de Francia es la causa de la humanidad», como si la Alemania, culta y científica, intelectual y material, no fuera tan alto exponente de la humanidad como aquella”⁷

Algunos acontecimientos aproximaron al país al escenario de la pugna. En agosto de 1914, cuando los alemanes ocupaban el territorio belga, sus tropas fusilaron, en la ciudad de Dinant, al vicecónsul argentino Remy Himmer, comerciante local. Después de una breve investigación, el gobierno concluyó que la actitud alemana –según lo indicaban las circunstancias– no constituía un agravio.

Meses más tarde, en noviembre de 1915, la marina inglesa apresó al buque mercante argentino Presidente Mitre en aguas jurisdiccionales del país, y justificó su acción con la nacionalidad alemana del propietario de la nave. Luego de una discreta negociación, las autoridades británicas devolvieron el barco y declararon a la vez “que conservaban ilesos los incontestables derechos que les asistían para capturar a los buques mercantes neutrales”.

Estos hechos tuvieron la virtud de afirmar a aliadófilos y neutralistas en sus respectivas convicciones. Manuel Ugarte, que recientemente había vuelto a Buenos Aires luego de concluida su campaña latinoamericana denunciando el imperialismo de Estados Unidos, se encontraba al filo de los cuarenta años, aislado y deprimido, pero con la energía suficiente como para fundar un diario, *La Patria*, donde sostuvo la neutralidad. “Es intolerable que los pueblos que están en lucha en Europa fiscalicen nuestra vida y lleguen hasta atribuirse el derecho de arriar nuestra bandera”, decía con motivo del apresamiento del *Mitre*. “Lo que ha hecho Inglaterra en este caso, puede pretender hacerlo mañana Alemania o cualquier otra nación. Y no es posible transformar a la Argentina en un ring donde

7. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. 49, p. 162.

miden sus fuerzas los campeones del mundo. Tenemos derecho a vivir en paz en nuestra casa”.⁸

Exactamente lo opuesto pensaba su amigo Emilio Becher, quien confesaba que no solo no era indiferente, sino que ni siquiera era imparcial. “No, no podemos ser indiferentes”, decía, “en una guerra de la cual depende el espíritu de la civilización europea, que es la nuestra”.⁹

Su cansado y derrotado ánimo pareció revivir una vez más convocado por el grito de su querida y asolada Francia. La resistencia que oponía a escribir artículos de envergadura cedió en parte durante estos años, ante la exigencia moral que para él significaba la defensa de la civilización latina, que juzgaba amenazada.

En publicaciones nacionales y extranjeras, como *La Nación*, *Le Courrier de la Plata* y *La Gazette de Lausanne*, aparecieron sueltos y artículos en su inconfundible prosa castellana o en un francés que los concedores consideraron sorprendente por su espontaneidad y por la elegancia de sus giros perfectamente personales. “La guerra me ha convertido en un periodista bilingüe, a mí, que ya no quería ni hablar”, escribía a Joaquín de Vedia.¹⁰

La prevención de Emilio contra el mundo germánico se ponía de manifiesto cada vez que eran heridos los valores que él apreciaba, y en esas ocasiones reaccionaba con una violencia cercana a la incompreensión. Así, en mayo de 1902, cuando todavía comulgaba con la doctrina espiritista, una decisión del káiser Guillermo II que limitaba la actuación de sus difusores lo llevó a calificar al emperador como “la más exacta personificación de su pueblo, el realizador de sus más recónditas ambiciones, que ante todo se satisfacen con el amor a la autoridad, el deseo de regimentación y la locura de las jerarquías”.¹¹

8. Manuel Ugarte, *La patria grande*, Madrid, Internacional, 1924, pp. 257-258.

9. “La guerra europea y sus consecuencias”, publicado en *Nosotros*, año IX, t. XVII, N.º 70, febrero de 1915, reimpresso en *Diálogo...*, p. 316.

10. Citado por Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 389.

11. *Constancia*, 11 de mayo de 1902.

Muchos años después, en 1915, al responder a una encuesta formulada por la revista *Nosotros*, Becher amplió y profundizó su juicio negativo sobre los alemanes:

Ignoran que la barbarie es compatible con el progreso de la erudición y con el desarrollo de una intensa cultura técnica y aún filosófica; y precisamente el dato que certifica la barbarie profunda de Alemania es que se ha asimilado el contenido intelectual de la civilización, que es la ciencia, y no se ha asimilado tu contenido moral, que es la justicia.¹²

Esta arrebatada apreciación lo llevaba a concluir que “la víspera de la batalla del Marne, el mundo había estado en la misma situación que la víspera de la batalla de Lepanto. Una vez más la fuerza inteligente de los latinos triunfaba de la fuerza ciega de los bárbaros”.¹³

En su pasión por Francia, Emilio atribuía ahora a su enemiga –en quien encarnaba la violencia arrolladora de una ciencia y una técnica carentes de sentido moral– todos los vicios que antes había endilgado a la civilización moderna en su conjunto. En un artículo publicado en 1906 en *La Nación* había dicho que “nuestra civilización es toda bélica, a pesar de sus detalles externos, porque tiende, como objeto exclusivo, a desarrollar en el hombre las cualidades de fuerza y de velocidad, solo necesarias para la expedición militar. El ferrocarril, el telégrafo, el automóvil y todas las máquinas de las industrias son en realidad aparatos guerreros aplicados por extensión a fines pacíficos y comerciales. Y el comercio mismo, basado sobre la competencia y la asociación, no es sino una forma incruenta y espiritual del militarismo”.¹⁴

Pero ahora Francia e Inglaterra aparecían a sus ojos libres de toda culpa, como si fueran ajenas a ese expansionismo pragmático que contribuyeron a derramar sobre el mundo:

12. “La guerra europea...”, p. 314.

13. *Ibíd.*, p. 308.

14. “Elogio de la pereza”, pp. 117-118.

En tanto que la cultura francesa procede por persuasión, la cultura alemana procede por intimidación. En tanto que Inglaterra tiende a hacer del Imperio Británico una federación de democracias libremente unidas por el doble vínculo del interés y el sentimiento, Alemania concibe su imperio como una reducción de las naciones a la servidumbre.¹⁵

En su vehemente alegato en pro de la entente, utilizaba también argumentos que atañían a la posición particular de la Argentina, y sostenía que el triunfo de los alemanes, con su ambición desmedida, pondría en riesgo la independencia nacional. El país, heredero de la cultura latina y necesitado de la libertad de los mares, se vería así ante una terrible prueba.

Al comenzar 1917, la decepción y la impotencia parecían dominar el espíritu de todos los contendientes. Los alemanes, después de su largo esfuerzo ante la fortaleza de Verdún, debieron renunciar a convertir esta batalla en una victoria decisiva. Las tropas francesas, agotadas por las prolongadas resistencias, comenzaban a ser corroídas por el escepticismo y el descontento. Los prolijos cuidados y la prudente dirección del general Pétain lograrían costosamente restablecer la moral y la disciplina. Mientras tanto, en el lejano frente oriental, el imperio de los zares se derrumbaba, socavado por el desquicio administrativo y económico, y la derrota militar.

El fracaso de Verdún provocó la decisión del káiser de quitar el mando del ejército al general Falkenhayn y entregarlo a los generales Hindenburg y Ludendorff. Estos aconsejaron la guerra total, que incluía el ataque indiscriminado a la navegación, con la esperanza de impedir el abastecimiento de Gran Bretaña y lograr así su rápida rendición antes de que interviniese Estados Unidos en la contienda.

El cálculo del Estado Mayor alemán resultó inexacto, y sin conseguir su objetivo provocó la decisiva declaración de guerra del presidente Thomas Woodrow Wilson, en abril de 1917, precedida de un sonado mensaje ante las Cámaras.

15. "La guerra europea...", pp. 312-313.

La beligerancia norteamericana entusiasmó a muchos aliadófilos argentinos, y un núcleo selecto de ellos envió una nota de adhesión al mandatario estadounidense, donde alababan su gesto y lo llamaban “inmortal enseña de la democracia y de la libertad”. Entre los firmantes estaba Emilio Becher, acompañado por Luis María Drago, Enrique Larreta, Manuel Láinez, Norberto Piñero, Francisco Sicardi, Leopoldo Lugones, Ernesto Bosch, Adolfo Orma, Aarón Anchorena, Joaquín de Vedia, Manuel Augusto Montes de Oca, Rodolfo Rivarola y muchos otros.¹⁶

El 4 de abril de ese mismo año, un submarino alemán hundió en aguas del Atlántico a un velero argentino, el *Monte Protegido*. El país estaba gobernado desde octubre de 1916 por el radical Hipólito Yrigoyen, quien había persistido en una neutralidad firme, basada en sus principios éticos y en una acertada visión de los concretos intereses argentinos. El evento trajo la enérgica reacción de las nuevas autoridades, que obtuvieron de los agresores una amplia satisfacción: el desagravio a la bandera y el pago de los daños.

Los partidarios de la entente encontraron en el episodio una oportunidad para agitar a la sensibilizada opinión pública en favor del rompimiento de relaciones con los imperios centrales, y a la vez hallaron un pretexto para vigorizar su campaña contra el presidente Yrigoyen, a quien llamaban despectivamente “el peludo”.

Por las calles céntricas desfilaban, por este motivo, con peludos muertos colgando de piolines, vociferando a todo pulmón. Alberto Gerchunoff se atrevía a afirmar que “el Sr. Yrigoyen es lógicamente germanófilo, lo es por su psicología y por su moral”, agregaba que “no le importaba el prestigio de la República, ni la dignidad de la patria, ni el honor. Para él, estas eran cosas del régimen”. Y continuaba: “El Sr. Yrigoyen es germanófilo y sus ministros son lo que él quiere que sean, son mansos y obedientes y le acompañan en el propósito de entregar la República al enemigo”.¹⁷

Se organizó un acto en el Frontón el 22 de abril de ese año. Allí Ricardo Rojas y Alfredo Palacios hablaron a varios miles de concurrentes. Rojas,

16. *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, t. 14, p. 102.

17. “Los neutrófilos”, *La Nota*, N.º 120, 24 de noviembre de 1917, y “La diplomacia de Yrigoyen”, *La Nota*, N.º 125, 29 de diciembre de 1917.

fiel amigo de Emilio Becher, que había continuado una carrera ascendente de escritor desde los lejanos años de la Facultad en que se habían conocido, exhortó al auditorio, con sus palabras algo ceremoniosas y su voz firme, a dejar a “los burgueses precavidos, a los abúlicos, los amorfos, los ignorantes y los mediocres” y a abandonar la neutralidad, que “es hoy la forma encubierta del germanismo”. Identificaba, en efecto, la actitud prescindente con la posición cómoda de los enriquecidos egoístas que solo buscan su propia e inmediata satisfacción. La causa de los aliados, por el contrario, coincidía para él con los intereses profundos y duraderos de la patria.¹⁸

Mientras tanto, la autorizada voz de Leopoldo Lugones, desde las páginas del diario *La Nación*, enfervorizaba a los lectores porteños con su famoso artículo “Neutralidad imposible”, donde afirmaba:

La guerra está en casa; y este acontecimiento nos compele a las resoluciones ineludibles. O respetamos la integridad de nuestro pasado, en nombre de la solidaridad americana, que es ley de vida y de honor para todos los pueblos del continente, revelando, al mismo tiempo, la inteligencia necesaria de nuestro presente y nuestro porvenir, o nos subordinamos por grosera cobardía al terrorismo de los déspotas. Tal es el dilema.¹⁹

Emilio Becher participó en todos los actos realizados por aquellos días, escuchó la vibrante palabra de su amigo Rojas y leyó los conceptos de su admirado Lugones. Tomó entonces la pluma y en el semanario *La Nota*, fundado por el emir Emin Arslan para sostener la propaganda en favor de la alianza, escribió:

Que la fuerza haya sido concedida para acrecer nuestra acción social, para tornar más útil el vigor de cada uno, para hacer menos miserable la vida, para amparar al débil, para establecer

18. *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, La Facultad, 1924, pp. 15 y 21.

19. *Mi beligerancia*, p. 160.

la justicia y la paz, tal es la moral de los civilizados, la nuestra, el ideal que animó, en todo tiempo, a esa gran comunidad de las sociedades mediterráneas y románicas, el mismo que crea sucesivamente la cultura helénica, la filosofía estoica, la caridad cristiana, la caballería feudal, la democracia de América.

El día en que los alemanes cruzaron la frontera belga, iniciando la devastación sistemática del territorio, atacaban esa civilización en lo que tiene de esencial y de permanente: la noción del derecho y el sentimiento de la simpatía. Era, desde ese instante, inevitable que la guerra –probablemente limitada en su plan primitivo a un ataque a muerte contra Francia– degenerara en un conflicto mundial. Tarde o temprano, todos los pueblos tendrían entonces que definirse. La humanidad entera tenía que ponerse en contra de Alemania, con un acto que fuera su castigo o con una palabra que fuera su execración.²⁰

En los diarios y en las revistas de mayor prestigio, los escritores y periodistas de nombradía escribían casi con unanimidad en favor de la entente. Emilio veía con gozo la compañía intelectual en que se hallaba la causa que alentaba. En un artículo sobre “Francia y los escritores argentinos”, escrito en francés y publicado en *Le Courrier de La Plata*, recordaba el apoyo que Francia recibía del poderoso talento de Lugones, del admirable estilo de Larreta, de la excelencia artística de Ángel Estrada, del exquisito gusto de Atilio Chiappori, de la incontestable maestría de Paul Groussac, del fino espíritu de Julio Piquet y de la apasionada elocuencia de Joaquín de Vedia.

Pero por encima de todo destacaba a Roberto Payró, “ese grande y valiente escritor que había osado decir, en Bruselas, ante la cara misma de los conquistadores, su indignación y rebeldía”.²¹ El autor de *Pago Chico*, que residía allí desde hacía años, a pesar de la invasión alemana denunció reiteradamente, en su correspondencia al diario *La Nación*, las medi-

20. “Notas sobre la guerra”, *La Nota*, N.º 90, 28 de abril de 1917.

21. “La France et les écrivains argentins”, publicado en *Le Courrier de la Plata*, 12 de mayo de 1916, reimpresso en *Diálogo...*, pp. 321-323.

das de las autoridades ocupantes, que juzgaba arbitrarias y brutales. Esta conducta le valió más de un registro domiciliario y diversas detenciones, pero también le otorgó para siempre el respeto y la gratitud de Becher, quien después diría de él que “antes de irse a Europa era un gran escritor, ahora es mucho más, es un gran hombre”.²²

La campaña de los partidarios de la alianza continuó, exacerbada por los hechos que se sucedieron. En junio, los alemanes volvieron a hundir otro barco argentino, el *Toro*, y en agosto los rupturistas festejaron la llegada de la flota americana al puerto de Buenos Aires.

De todos modos, la actitud de Yrigoyen continuó inalterable, y recogió como fruto que el gobierno alemán, luego del incidente del *Toro*, no solo indemnizara los daños, sino que reconociera la libertad de los mares para la navegación argentina.

Este encauzamiento del conflicto se alteró al darse a publicidad en Washington los telegramas cifrados que envió a Berlín el representante alemán en Buenos Aires, el conde Luxburg, donde decía que si fuera necesario volver a hundir buques argentinos, esto se hiciera “sin dejar rastros” y calificaba al ministro Pueyrredón de “notorio asno anglófilo”.

Luxburg fue declarado persona no grata y se le entregaron sus pasaportes. Pero esa misma noche, distinguidos jóvenes aliadófilos salieron a las calles en manifestaciones de protesta contra la neutralidad, y atacaron un diario de esta tendencia, el Club Alemán y otros locales vinculados a la colectividad germana.

Sin embargo, los mismos que se desgañitaban pidiendo que se aplicaran sanciones al conde von Luxburg, no que estaban entre cuatro paredes, celebraban complacidos los epítetos con que ese diplomático había creído definir al canciller radical.²³

Yrigoyen se mantuvo impertérrito, aun cuando días después la Cámara de Diputados, con el voto de varios de sus propios partidarios, le

22. Carta a Ortiz Grognet, de 1920 (sin día ni mes). La revista *Nosotros* supone, por error, que esta carta fue escrita en 1919.

23. María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, p. 100.

recomendó romper las relaciones, y su representante en París y viejo amigo político Marcelo T. de Alvear le aconsejó alinearse cuanto antes con quienes pronosticaba vencedores.

El periódico agredido la noche del 12 de septiembre era *La Unión*, sostenido por los residentes alemanes, en cuyas páginas escribía un grupo de intelectuales. Algunos de ellos mantenían un decidido neutralismo, como Belisario Roldán y Manuel Gálvez, para quienes lo importante era mantener alejada a la Argentina de un conflicto en el que no se jugaban sus intereses y cuya solución hasta podía favorecerlos. Otros simpatizaban con la causa de los imperios centrales y veían con buenos ojos la garantía de seguro orden y de potente desarrollo que el colosal imperio prusiano representaba. Entre estos últimos se encontraba Ernesto Quesada. Y Emilio Becher, en su artículo sobre los escritores argentinos, no se privó de señalar:

Se ha hecho recientemente algún ruido alrededor del doctor Ernesto Quesada y de sus opiniones sobre la guerra. No valía, en verdad, la pena, pues el doctor Quesada es bien poca cosa; pero esa mima bulla ha servido para revelarnos que es, probablemente, el único germanófilo argentino, y su éxito de curiosidad muestra la rareza extrema de la especie. Quesada ha escrito mucho, pero ha escrito demasiado. Este profesor, tan sabio y tan prodigiosamente aburrido, realiza la paradoja de ser autor desconocido por exceso de producción y de hacerse olvidar a fuerza de trabajo. No se puede juzgar la obra de Quesada, porque no se la puede leer.²⁴

La singular figura del general Uriburu, quien años atrás había estado incorporado a las fuerzas del káiser, formaba parte de los colaboradores de *La Unión*. Su fervor llegó a tal grado que en vísperas de la crucial batalla del Marne pronunció una conferencia, pronosticando que “la marcha del ejército alemán sobre París era invencible, imbatible e indomable”

24. “La France et les écrivains argentins”, pp. 321-323.

y que “la Francia de hecho estaba ya aplastada, arrasada y aniquilada”. El desacierto no abochornó a Uriburu, quien dueño aún de sí mismo y firme en sus convicciones, sostuvo tiempo después desde *La Nación* que “la batalla del Marne había sido una victoria táctica de los alemanes; que estos no habían tenido intención de apoderarse de París y que su ejército se conservaba siempre como el mejor del mundo”.²⁵

Hasta los más vehementes germanófilos y los no menos apasionados partidarios de la entente contuvieron la respiración, como queriendo poner todo el cuidado y guardar todas sus fuerzas, para la etapa decisiva y final de la lucha, que se iniciaba en los primeros días de 1918.

Las tropas alemanas, alentadas por la desertión rusa que luego se formalizaría en la paz de Brest-Litovsk, se preparaban para golpear, con sus últimas reservas, el conmovido frente occidental. En este, la presencia americana era esperada por ingleses y franceses como un refuerzo físico y moral.

Ferdinand Foch, con su estrategia combativa, apareció como la figura ascendente, apta para reemplazar a las ideas defensivas de Pétain. Sin embargo, no fueron los franceses, sino Hindenburg y Ludendorff quienes, en la primavera, lanzaron una nueva y desesperada ofensiva, que culminó en julio con el fracaso alemán, en la llamada segunda batalla del Marne, donde la meditada pericia de Pétain provocó el giro definitivo de la guerra.

El 14 de julio de ese año, en el aniversario de la revolución de 1789, Emilio Becher publicaba en un diario de la colectividad gala, *Le Courier de la Plata*, un artículo en francés: “Les trompettes de Roncesvalles”. Allí recordaba la epopeya de Rolando, el paladín de Carlomagno, quien en el año 778 protegía con las tropas de retaguardia la retirada del ejército del emperador. Acechado en una garganta de los Pirineos, sus soldados fueron destrozados por los vascos y él mismo fue herido de muerte, después de haberse batido con denuedo.

Emilio, emocionado ante la noble hazaña del par de Carlomagno, relataba que “Rolando, que se había negado obstinadamente a pedir

25. Citado en *La Nota*, N.º 11, 23 de octubre de 1915.

auxilio, comprende que todo está perdido, y que si tuvo derecho a dar su vida, tiene el deber de salvar la Francia. Rodeado de cadáveres, herido de muerte, lleva el olifán a sus labios y toca hasta que sus sienas estallan y su boca se llena de sangre”.²⁶

El emperador escuchó el llamado de los moribundos, volvió sobre sus pasos, y formó su tremendo ejército frente a las imponentes filas enemigas. En aquel ondeaban las banderas azules, blancas y rojas. Entre los adversarios, en cambio, Emilio encontraba una figura anticipada de los imperios centrales: “[T]reinta columnas reunidas por el Emir de los infieles en torno a la enseña del Dragón, todo el mundo bárbaro, los «enemigos de Dios»”. Allí estaban los prusianos y sus aliados de 1914, los turcos, búlgaros y húngaros.²⁷

Carlomagno hizo sonar las trompetas “y sobre todo el olifán que a todas domina. Es al son de este cuerno sagrado que se decide la victoria cristiana, y se hunde el imperio de los infieles”.²⁸

Para Emilio, la gesta de Roncesvalles era un símbolo de la entera historia de Francia y de la contienda que culminaba. “Este poema, que cuenta ya mil años, tiene una actualidad punzante”, decía. “Porque lo que canta es la eterna tragedia de Francia, su interminable duelo con las potencias de destrucción, su creencia inquebrantable en su misión en favor de un gran ideal humano. Hace diez siglos este ideal era la fe cristiana, hace cien años era el derecho de los hombres, ahora es la libertad de las naciones. Una sola verdad expresándose en fórmulas consecutivas pero idénticas. La guerra legendaria de Roncesvalles y la guerra histórica de 1914 forman dos episodios extremos de una sola época”.²⁹

En este artículo se encuentra quizá la motivación más profunda de Becher para hacer tan suya la causa de Francia. No eran, por cierto, las inclinaciones socialistas y anticlericales del gobierno de la Tercera República las que lo decidían, como a otros, por ese partido. Era, por el contrario, la Francia grande y heroica de los Capetos y de las cruzadas

26. Reimpreso en *Diálogo...*, p. 328.

27. *Ibíd.*, p. 329.

28. *Ibíd.*, p. 329.

29. *Ibíd.*, p. 326.

la que él admiraba y defendía. La Francia de la guerra justa y leal, de fines grandes y nobles.

Cualquiera sea la idealización de la historia que Emilio hiciera, siguiendo la magnífica crónica del anónimo trovador, lo cierto es que en ella encontró una adecuada imagen de sus propias concepciones.

Ese cuerno de Rolando, ese cuerno sonando a la tristeza y la fe, la desesperación y el valor, la certidumbre de morir y la decisión de vencer, ese cuerno pesado de sangre, donde se siente pasar en un solo llamado heroico el clamor de la batalla y el aliento de los agonizantes, ¿acaso no lo hemos oído nosotros, en ese espantoso silencio, cuando el número infinito de Bárbaros se reunía, como en los tiempos de Aktius, para pasar al asalto los muros de la ciudad latina? También, con qué alegría, oiremos bien pronto el cuerno de Carlos, el olifán que anunciará la venganza francesa. Con qué alegría veremos reflorar esa tierra generosa y planear nuevamente las alas de la victoria sobre el cielo espléndido, esa victoria que el humilde poeta anónimo de la *Canción de Rolando* llama con su nombre de Venganza y también con el de Justicia!³⁰

El triunfo llegó, en efecto, poco después, en el ataque general que, ya como comandante supremo, dirigió el mariscal Foch y que llevaría al derrumbe de la resistencia de los imperios centrales. La monarquía cayó en Berlín y mientras el káiser cruzaba la frontera holandesa en busca de refugio, las nuevas autoridades de la naciente República aceptaban las condiciones del armisticio que se firmó en los bosques de Compiègne el 11 de noviembre de 1918.

Aquel atardecer, en Buenos Aires, las calles céntricas se llenaron de una multitud plena de alegría, que agitaba las banderas de las naciones victoriosas, aclamaba la gloria de su éxito y se regocijaba de la llegada de la paz, luego de la terrible guerra. La Marsellesa, convertida en un

30. *Ibid.*, p. 330.

símbolo, “resonaba como un rumor de mar, a todo lo largo y lo ancho de la Avenida de Mayo”³¹

Emilio Becher, perdido en medio del bullicio del gentío y el canto del himno heroico, se dejaba llevar por el delirio del festejo. Pero, al caer la noche, la manifestación se disolvía y pequeños grupos jalonaban la soledad de la calle, que mostraba el desamparo de luces, banderas y papeles. Emilio era de los últimos y, caminando algo agachado, sin exaltación ya, pensaba que con el triunfo terminaba para él la tarea a que lo había convocado esta jornada de su vida. Quedaba ahora con su horizonte vacío, solo con su renovado tormento.

31. María Rosa Oliver, *La vida cotidiana*, p. 108.

La muerte, imagen de toda belleza

“Yo ya he visto lo único que he querido realmente ver: la victoria de los aliados; ahora, nada me interesa”, confesaba Emilio a Joaquín de Vedia.¹ Y, en efecto, su vida transcurrió desde entonces silenciosa y oscura hasta extinguirse.

Una de sus últimas misivas estuvo dirigida a su entrañable Atilio Chiappori, con motivo de la publicación de *La belleza invisible*, en 1919. Su contenido excede el comentario del libro. “Muchas gracias por todo”, le escribió Emilio con una letra ordenada, como la que hacía tiempo no usaba. “En primer término por sus cartas, de tan fraternal cariño, por el libro que me envía, pero gracias, sobre todo, por *La belleza invisible*. Sí, gracias, no solo por ser un gran libro, sino porque me acaba de traer a la memoria todo un tiempo, y me hace pensar, mi querido Atilio, que si somos amigos ahora es porque lo hemos sido antes. Quiero decir con esto que no creo nuestra amistad efecto de circunstancia casual sino de afinidad fundamental [...] es fuerza reconocer en su libro [...] una sensibilidad que va hasta las más hondas realidades del más acerbo dolor y de la más aciaga vida.”²

El deterioro físico de Emilio Becher para ese entonces era tan visible, que causaba sentimientos encontrados en su padre y sus hermanas, con quienes convivía. Para evitar el encuentro permanente con ellos, de buenas a primeras tomó una pieza en el hotel Apolo, sobre San Martín,

1. Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 388.

2. Carta de Emilio Becher a Atilio Chiappori, 15 de octubre de 1919.

vecino a los talleres del diario *La Nación*. Se evitaba así también las molestias del viaje. Todos los días caminaba con su paso corto y veloz, la cabeza algo agachada, los pocos metros que separaban el hotel de la imprenta, por donde entraba para no ser visto.

Continuó trabajando en el archivo del periódico, cumpliendo una labor seria, anónima y generosa, pero que le ahorraba la obligación de escribir y crear. Su proverbial bondad, su singular dulzura, su magnánima generosidad y su erudita y aguda conversación siguieron reuniendo a su alrededor a cuantos necesitaban consejos o dinero, o simplemente querían gozar de un momento espiritual. Sus íntimos amigos, Rojas, Chiappori, Eduardo Mariño –el hijo de Cosme, su padrino–, Joaquín de Vedia, y sus colegas de *La Nación* estuvieron siempre a su lado, tratando inútilmente de estimularlo.

Mariño, que era su médico, llegó incluso a invitarlo a ir con él a París, en un viaje que estaría a su cargo. La capital francesa era la ciudad del mundo que Emilio más conocía, a pesar de que nunca había estado allí. Y sin embargo, tanto era su decaimiento, que contestó:

Yo no cambiaría la vida de Buenos Aires por la de París. Imagínate, Eduardo, que una noche, al ir de mi barrio al otro extremo de la ciudad, hubiera dejado en mi cuarto el chaleco con mi dinero, y que hubiera tomado un *fiacre*, porque a mí no me gusta andar a pie, y al ir a pagarle al cochero, resultara que yo, un forastero desconocido, había querido estafar al auriga. ¡Pues una tragedia! En cambio, si eso me ocurre aquí, no tengo sino que ir en el mismo coche hasta la “administración” y decirle a Puig que me le pague al cochero. Eso sí que es agradable, y eso no podría ocurrirme sino en Buenos Aires.³

Emilio Ortiz Grognet, siempre en Rosario debido a su enfermedad, seguía siendo el amigo de alma más cercana a la de Becher, pero este, con su espíritu agonizante, apenas si le escribía ya.

3. Ricardo Rojas, “Evocación...”, pp. XXXVIII-XXXIX.

No creas, mi querido Emilio –ya sé que no lo crees–, que mi silencio epistolar sea indiferencia ni olvido. Cómo podría olvidarte, cuando hasta los que son menos amigos tuyos te recuerdan, no te puedes imaginar con cuánta admiración, con cuánto afecto. No me acuerdo ahora de qué personaje de una de sus tragedias dice Shakespeare que tenía un filtro para hacerse querer. Tú lo tienes. Y toda aquella muchedumbre que iba al Helder me pregunta por ti.⁴

Esta carta, de 1920, revela la emoción del hombre que, en la soledad y la aridez, rememora pasados días viéndolos llenos de felicidad y amistades: “El Helder! Creo que es el único recuerdo grato que me ha dejado la vida”, continuaba. Y al decirlo, vería con los ojos de la imaginación el sencillo cuartito, y en él a la morena figura de un Rojas de veinte años recitando sonoras poesías, ante la mirada de Gálvez siempre serio, el gesto malicioso de Ingenieros, el gracioso y querido perfil de “Gerch”, la dura expresión del buen López Prieto, el espiritual y recatado Chiappori, el intransigente y melenudo Bravo y el soñador bohemio Soussens.

Se refería también Emilio a “nuestra querida ciudad del Rosario”, aquella de sus años de bachillerato, de las fascinantes lecturas, del deslumbramiento ante el nuevo mundo de la filosofía, de las letras, de la historia, de las religiones. Volvería a su recuerdo la antigua casona del Colegio Nacional, y quizá vería avanzar una vez más por la galería colonial a la pequeña figura de Bianchi, recién llegado.

En su memoria aparecería entonces, con la nitidez que da el afecto, la jovial personalidad del otro Emilio –aquel a quien le escribía–, vuelto luego a encontrar en la Buenos Aires tremenda y bulliciosa de 1900, refugio de sus angustias y asilo de los sentimientos que su pudor y timidez ocultaban.

Su recuerdo se demoraba aún en el estreno de una obra teatral de su amigo:

4. Carta a Ortiz Grognet, 1920.

Nunca me voy a olvidar de la noche en que Tina di Lorenzo estrenó *En la sombra*, porque nos habíamos sentado juntos, naturalmente, y yo estaba tan afligido que parecía el autor, y tú tan tranquilo que pasabas por no ser sino un espectador, y el más indiferente de todos. Es que indiferente lo estabas, y sin embargo no son tantos los autores argentinos que se han visto representar por compañías europeas. Cuando te vi aparecer en el escenario junto con la Tina, para agradecer los aplausos del público, se me quitó un peso del alma. No creía, desde luego, que la obra fuera mala –ya te digo que, a mi juicio, es lo mejor que has hecho– sino que me parecía más obra lírica que dramática, más poema que pieza de teatro, por eso tenía miedo. Pero el público sintió, y entendió bien; fue un éxito, y una alegría, para mí, aún más que para ti.

Se dejaba llevar por su nostalgia, y concluía casi pidiendo disculpas: “Qué carta te estoy escribiendo! No sé si vas a poder leerla. Pero cuando me pongo a pensar en aquellos tiempos, me acuerdo de demasiadas cosas”.

Uno de sus últimos actos fue enviarle a su padre una carta pidiéndole perdón. Allí, con desastrada letra le decía:

Querido papá: No quiero dejar pasar más tiempo sin darte una explicación que tienes derecho a exigir de mí, y que he ido demorando, no por indiferencia o dejadez sino por el estado de debilidad y abatimiento en que me hallo. No pretendo justificar mi conducta, pues los hechos me condenan, y demasiado sé que debo haber dado la impresión de un hombre indiferente, insensible, egoísta, sordo a todo sentimiento y cerrado a toda conciencia de su responsabilidad. Todo eso lo sé. Pero vista por dentro mi conducta quizá se explicaría, aunque no se justificara y creo que soy todavía más digno de compasión que de censura.

De compasión. Vivo desde hace tiempo una crisis muy grave. Padezco un estado tal de postración de la voluntad, que en algunos momentos me ha parecido llegar casi hasta la desintegración

de la personalidad. Me siento incapaz –pero incapaz en absoluto– de determinarme ni aun para los actos más simples, una abulia total, con una conciencia clara de lo que me sucede y de lo que hago, pero sin la mínima fuerza para reaccionar. Es una especie de parálisis psíquica, y la lucidez mental con que puedo seguir este proceso no hace sino naturalmente más que agravarlo.

No hago más que indicar apenas las líneas generales de este estado de ánimo: analizarlo en detalle sería penoso y cruel. Solo te diré que he sufrido horriblemente; nunca mi melancolía congénita y mi pesimismo natural habían asumido formas tan agudas, y esto es quizá lo único que puedo alegar a mi favor. Sería necesario un fenómeno físico que se resolviera en una falla violenta e inesperada del sistema nervioso, para que mecánicamente pudiera levantar cabeza de nuevo. Pero, en fin, no quiero insistir más.

Papá: si me escribieras dos líneas me harías mucho bien con ellas.

Soy siempre tu hijo que te quiere y que ni por un momento ha dejado de pensar en ti. Emilio.

No tenía más que treinta y siete años, pero solo parecía tener pasado. Seguía bebiendo, sin vicio ni alegría: “Yo soy un bebedor estoico”, solía decir, “porque el whisky me resulta de un sabor detestable”.⁵ Lo hacía por esa íntima necesidad interior que lo impulsaba hacia la muerte.

¿Acaso esta actitud de Emilio no armonizaba, de modo inquietante, con su pensamiento de madurez? Un adolescente que desde niño admiraba a Zola, pleno de arrebatos románticos y socialistas, henchido de esperanza en una humanidad combatiente, alegre y poderosa, descubría a los veinte años que todo aquello en que había creído no era sino la máscara que ocultaba el rostro gesticulante del dolor. Con el tiempo, encontró a la realidad de la vida cada vez más miserable, triste, mezquina y torpe, al compararla con el valor y la variedad de la belleza innumerable, que

5. José María Salaverría, *Retratos*, Madrid, Enciclopedia, 1928, pp. 234-235.

su alma de artista presentía: “No hay de qué reír”, decía. “Nos reímos de puro malos o de puro brutos que somos”.⁶

Maduro ya, proclamó su convicción de que la existencia cotidiana era inhabitable si no se la embellecía con los suaves matices del amor y la piedad, los violentos tonos del heroísmo y la pasión, o los seguros trazos ojivales de una fe puesta en lo invisible.

Desde esta posición, enjuició con severidad la civilización moderna, que negaba lo misterioso y se apoyaba en la matemática verdad científica, en una técnica avasallante, en las frías especulaciones financieras y en una democracia que él veía carente de virtud, sacrificio y riesgo.

En su interior, Emilio no pudo o no quiso aceptar la natural limitación de lo humano, y entregarse confiadamente a su Creador. Su desvío por lo mundano, insignificante al lado de la belleza oculta, se tradujo entonces en una huida, un rechazo a crear, a participar plenamente de esta vida. Fue un compasivo espectador que espera con ansia que termine rápido la grotesca función.

Aceleró cuanto pudo la venida de la muerte, la gran reveladora de lo escondido, la gran esperada. Tenía solo veintiún años cuando decía que “la muerte es la única, la eterna, la pura, omnipresente, omnipotente. En ella está la imagen de toda belleza, el germen de las santidades, la obscura raíz de las sabidurías. De su tiniebla sube, como una tierra profunda, la savia continua de las renovaciones. El espectáculo de su inaccesible misterio fue delante de las pupilas humanas, como una perpetua aparición de la fuerza divina, el alma resplandeciente y secreta del mundo, consuelo definitivo y esperanza suprema para las fatigas y los dolores humanos”.⁷

En la infancia había tenido premoniciones de la muerte, y luego en la madurez “la temía, le horrorizaba; a veces hablaba de la posibilidad del dolor en el cadáver. Otras veces se refería al suicidio, y hacía el gesto de ponerse una pistola en la sien, pronunciando el ¡crac! característico del disparo”.⁸

6. Citado por Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 389.

7. Comentario a *L'Imitation de la mort* de Rachilde, pp. 77-78.

8. José María Salaverría, *Retratos*, p. 234.

Pero algunos meses antes de morir, sonriendo con serenidad, le decía a de Vedia: “Yo me voy a morir muy pronto, Joaquín”. Y a las naturales protestas de su amigo, contestaba:

Piense en esto: morirme es lo mejor que me puede ocurrir. En primer lugar, eso explicará mi vida o mi manera de vivirla. Usted sabe que el mundo, la vida, para mí son lo que era Córdoba para Vélez Sarsfield, según un cuento que usted me ha hecho: hay algo de bueno en pasar por ellos, porque no hay placer comparable al que se experimenta cuando se los deja... Sí, hay uno: el que da la certidumbre de no volverlos a ver...⁹

El 8 de julio de 1920 Emilio se enteró de que su padre, Enrique, había tomado una decisión abrupta e inesperada para un hombre de sesenta y cuatro años: se embarcaba al día siguiente con destino a Europa. Emilio dejó reflejado el estupor y la pena que le produjo la conducta paterna en estas líneas: “Querido papá: Acabo de saber que piensas embarcarte mañana en el Infanta Isabel de Borbón. No acierto a explicarme qué te puede haber movido a hacer este viaje, sin darnos siquiera la noticia de que pensabas hacerlo, pero te suplico que, por lo menos, nos digas a dónde vas y a qué dirección podemos escribir. No tengo ninguna esperanza de torcer una resolución ya tomada; de otro modo te rogaría que desistieras de una determinación que puede ocasionarnos a todos tantos disgustos. Piensa siquiera en tus hijas que están muy afligidas. Tu hijo Emilio”. Pero la resolución paterna era inquebrantable y Enrique se fue, movido quizá por el horror de ver tan hundido al hijo en quien había puesto tantas esperanzas y tanto afecto, y nunca volvió: de España pasó a Francia y se radicó en Niza.¹⁰

En ese mismo año 1920 Emilio sufrió un edema de pulmón que lo puso en serio peligro, y gracias a la intervención de sus más íntimos –Rojas, Gerchunoff, Chiappori, Piquet, Zabala– pudo superarlo. Por este motivo,

9. Citado por Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, p. 388.

10. Pasaporte de Enrique Carlos Becher, emitido por la policía de Buenos Aires el 5 de junio de 1920.

hubo de recluirse unos días en su habitación, sin recibir visitas, lo que ocasionó una airada protesta de Charles de Soussens. Emilio le respondió con una impecable carta escrita en versos franceses, donde entre bromas e ironías dejaba entrever el estado de su alma, al decir:

Je suis perdu, fourbu, moulu, défait;
Je dis: “rien ne va plus” et je dis: “C’ en est fait”.
Suis-je mort? C’est possible... Suis-je vivant? Peut-être.¹¹

Luego, a instancias de sus amigos, se internó en un sanatorio donde su salud aparentemente mejoraba, y al poco tiempo se le permitió hacer salidas hasta *La Nación*. Pero las cartas estaban echadas. El 25 de febrero de 1921, mientras caminaba hacia allí por la vereda de la calle San Martín, tuvo la acabada impresión de contemplarse a sí mismo, a su “doble”, según lo confió momentos después a Rómulo Zabala, en el diario. Era la última premonición de la muerte, similar a aquellas que había tenido en la infancia.

Almorzó y conversó animadamente con sus compañeros de tareas, quienes lo encontraron alegre y decididor. Pero al volver al sanatorio, alrededor de las seis y media de la tarde, le señaló al empleado que lo atendía que tenía una incomodidad en el pecho, y minutos después murió de una angina cardíaca.

Sus amigos y compañeros sintieron enormemente su muerte y su ausencia. Algunos de ellos tuvieron ocasión de expresar el dolor de todos a la hora de los discursos póstumos. Lugones, que no solía alabar sin motivo, leyó ante su tumba un soneto viril y perfecto, ofrenda que, según decía el poema, convenía al alma de Emilio como el vaso a la flor.¹² Las emocionadas palabras del cálido Gerchunoff trazaron la exacta figura del querido Becher, y señalaron que, si este había muerto, “todos saben que

11. “Vencido, roto, molido y amargado, / Digo «no va más», y digo «no he terminado». / ¿Estoy muerto? Es posible ¿Vivo? Puede ser” (transcripto en Atilio Chiappori, *Recuerdos de la vida literaria y artística*, Buenos Aires, Emecé, 1944, p. 113).

12. Publicado como “Póstuma” en *Diálogo...*, p. 333.

el más grande de sus hermanos ha muerto”.¹³ Muchos otros hablaron de su bondad y de su inteligencia, en nombre del diario *La Nación* y de los colegas del periodismo.

Joaquín de Vedia, por segunda y última vez en su vida, se negó a escribir la nota necrológica, por la emoción que le inhibía hacerlo. Poco después dibujó el perfil de Emilio con la sinceridad, justeza y emoción que le eran propias.¹⁴ Otros de sus amigos –Chiappori, Rojas, Gálvez, Salaverría– dejarían escrito también el recuerdo de aquel “a quien no se nombra sin un asombro de la inteligencia y un sobresalto del corazón”.¹⁵

Las hermanas de Emilio, Virginia y Matilde, anonadas por su muerte, viajaron a Europa a encontrarse con su padre. Vivieron con él en Francia durante cinco años, residiendo en la ciudad de París, hasta que Enrique Becher decidió trasladar su domicilio a Niza, donde, de modo tan repentino como había resuelto su viaje al Viejo Continente, puso fin a su vida en 1926.

Como los personajes que evocó para siempre, Emilio había cambiado el aparente encanto de esta vida, por la muerte en que él veía la belleza pura y amada:

Me. Martin Belléme: No puedo recordar sin un secreto dolor aquellos días de Florencia. Aunque cargada de penas y de trabajos, es dulce la vida terrestre. Me cuesta resignarme a ser, como soy ahora, una sombra errante y una vana ilusión.

M. Bergeret: No hemos sido otra cosa cuando vivíamos en la tierra. La realidad no existe, señora. Lo que llamamos realidad no es sino una alucinación tan violenta, que solo se desvanece con la muerte.¹⁶

13. *Ibíd.*, pp. 337-343.

14. Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”.

15. Atilio Chiappori, *Recuerdos de la vida literaria y artística*, p. 11.

16. *Diálogo de las sombras*, p. 27.

Cronología

1725. Nace Ignacio de Irigoyen Echenique, chozno materno de Emilio Becher.
1762. Nace Manuel Mariano Irigoyen de la Quintana, tatarabuelo de Emilio Becher.
1794. Nace Manuel Mariano Irigoyen Calderón, bisabuelo materno de Emilio Becher.
1823. Nace Emilio Irigoyen Salas, abuelo de Emilio Becher.
1829. Nace, en Ámsterdam, Enrique Carlos Becher, abuelo paterno de Emilio. Luego, ese mismo año, el padre de aquel, George Philipp, se instala en Buenos Aires.
1856. Nace el padre de Emilio Becher, Enrique Carlos (h.), y su madre, Matilde Irigoyen Antonini Pueyrredón.
1882. Nace Emilio Carlos Becher, el 7 de mayo, en Buenos Aires. Su niñez transcurre en el pueblo de Caballito.
1894. Ingresa en el Colegio Nacional de Rosario, donde traba amistad con Emilio Ortiz Grognet y Alfredo Bianchi.
1898. Comienza a publicar en la revista *Constancia*. Termina el bachillerato y resulta laureado en los juegos florales.
- 1899 -1900. Los Becher vuelven a Buenos Aires. Emilio ingresa a la Facultad de Derecho, donde reencuentra a Ortiz Grognet y se relaciona con Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Ricardo Olivera.
1901. Comienza a publicar en las revistas *Preludios*, *El Globo* y *Letras y Colores*.
1903. Se funda la revista *Ideas*, donde Emilio escribe crónicas literarias.
1904. Emilio es redactor en *El Heraldo*, *Libre Palabra*, *Buenos Aires Herald* y el *Diario Nuevo*.
1905. Pasa a la redacción de *El País*.

1906. Emilio entra a la redacción del diario *La Nación*, donde publica sus trabajos más importantes.
1907. Comienza una grave crisis espiritual. Emilio Ortiz Grognet retorna a Rosario, donde permanece. Rojas viaja a Europa.
1908. Aparece *Diálogo de las sombras*, el 3 de enero.
1914. Comienza la guerra europea. Emilio escribe en favor de los aliados en *La Nación* y otros diarios y revistas nacionales y extranjeros.
1921. Muere Emilio Becher, en Buenos Aires, el 25 de febrero.

Bibliografía

En *Diálogo de las sombras y otras páginas de Emilio Becher*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1938, han sido incluidos:

Ricardo Rojas, “Evocación de Emilio Becher”.

Alberto Gerchunoff, “Emilio Becher”, artículo sin firma publicado en *La Nación* el 26 de febrero de 1921.

Carlos M. Muape, “Emilio Becher”, palabras pronunciadas en nombre de la Dirección de *La Nación*, publicadas en este diario el 27 de febrero de 1921.

Tito L. Arata, “Emilio Becher”, palabras pronunciadas como presidente del Círculo de la Prensa y en nombre de los compañeros de tareas de *La Nación*, publicadas en este diario el 27 de febrero de 1921.

Alfredo A. Bianchi, “Emilio Becher”, *Nosotros*, año XV, t. XXXVII, N.º 141, febrero de 1921.

José María Salaverría, “Emilio Becher”, *La Nación*, 19 de mayo de 1921.

Alberto I. Gache, “Un muerto ilustre, Emilio Becher”, *La Vanguardia*, Barcelona, 27 de marzo de 1921.

Alejandro V. Murguiondo, “Emilio Becher”, *La Nación*, 22 de mayo de 1921.

Muñoz Leao, “Emilio Becher”, *La Nación*, 12 de febrero de 1922.

Joaquín de Vedia, “Emilio Becher”, *La Nación*, 18 de junio de 1922 (incluido también en *Como los vi yo*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922).

Enrique Loncán, “Emilio Becher”, *La Nación*, 28 de febrero de 1923.

Armando Tagle, “Emilio Becher”, *La Nación*, 12 de agosto de 1928.

Armando Tagle, “El drama extraño de Emilio Becher”, *La Nación*, 16 de julio de 1933.

Además, dedican páginas a Emilio Becher:

Roberto Giusti, *Visto y vivido*, Buenos Aires, Losada, 1965, y *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954.

- Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961.
- Atilio Chiappori, *Recuerdos de la vida literaria y artística*, Buenos Aires, Emecé, 1944.
- José María Salaverría, *Retratos*, Madrid, Enciclopedia, 1928.
- Oreste A. D'Aló, *Algunos hombres, algunas ideas*, Santa Fe, Castellví, 1955.
- Armando Tagle, *Estudios de psicología y de crítica*, Buenos Aires, Cappellano Hnos., s/f.
- Cosme Mariño, *El espiritismo en la Argentina*, Buenos Aires, Constancia, 1903.
- Núcleo Diógenes, *Ideario nuclear*, Buenos Aires, 1928.
- Hugo Acevedo, "Emilio Becher", *Atenea* (Concepción, Chile), septiembre-octubre de 1956, y "Recuerdos de Emilio Becher", *La Nación*, 26 de febrero de 1956.
- Oscar Bietti, "Emilio Becher", *Nosotros*, segunda época, año IV, vol. 10, N.º 38-39, mayo-junio de 1939, y "Emilio Becher", *La Prensa*, 24 de junio de 1945.
- Horacio Castillo, "Becher o la perfección", *La Nación*, 22 de marzo de 1964.
- Estanislao Rivas, "Los de ayer: Emilio Becher", *Nosotros*, vol. 49.
- Alfonsina Masi Elizalde, "Emilio Becher, un estudio grafológico", *La Nación*, 10 de junio de 1928.
- José María Salaverría, "Una visión espectral de Buenos Aires", *La Nación*, 1933.